Carlo Clerico Medina

Los cuentos de Luca

Un modelo de acompañamiento para niñas y niños en cuidados paliativos

Desclée De Brouwer

© 2011, Carlo Clerico Medina
© 2011, Editorial Desclée De Brouwer, S.A.
Henao, 6 - 48009
www.edesclee.com
info@edesclee.com

ISBN: 978-84-330-3567-7

Impreso en España - Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos –www.cedro.org–), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para Ane y Cristina por ser la luz que ahora guía a esta familia
…y por enseñarme a decir “vale”, “güai” y “mundo mundial”.

Carta a los padres y familiares de niñas y niños enfermos

Visito semanalmente a familias que como la tuya, viven en la frontera de lo humano, en el límite.

Los visito para acompañarlos, para brindarles un espacio seguro en el que puedan decir lo que necesiten pero sobre todo para que juntos podamos deslumbrarnos con la luz extraordinaria de sus hijos y muchas veces de la familia entera.

Todos ustedes, son durante este tiempo, alumnos y maestros.

Alumnos de sus hijos y maestros de quienes tenemos oportunidad de estar cerca.

La enfermedad de un niño pequeño, sin duda alguna es uno de los límites más demandantes y complejos de la vida humana. Es quizá la frontera más dura, la más lejana, la más profunda. Al menos así lo es en nuestra cultura latina.

Cada vez que puedo acompañar a alguna familia como la tuya,

busco hacer un esfuerzo por tratar de sentir el dolor, la frustración, el enojo o la desesperanza que muchos de ustedes sienten. Lo intento, para poder acercarme de un modo más honesto y más útil. A veces lo logro, a veces no. Es difícil por que como tú sabes mejor que nadie, el dolor es demasiado grande.

Pero es también parte de mi trabajo, ayudar a las familias a identificar y clarificar la luz que surge siempre desde la cama de un niño o una niña pequeños, que por causa de la enfermedad, parecen estar más cerca de Dios que de nosotros. Estos niños sensatos, sabios, profundos, que nos enseñan a vivir en el presente, a desprendernos de lo material, a soltar sin miedo ideas, paradigmas o costumbres nos permiten descubrir desde su enfermedad y su dolor caminos más sencillos y ligeros para vivir.

Llevo casi una década observando niñas y niños pequeños que están cerca de la muerte. Muchas veces se salvan, se recuperan, algunas veces ocurren verdaderos milagros. Otras no. Los pequeños saben casi siempre cuándo ocurrirá un milagro y cuándo no. No tiene caso preguntárselo pues no lo saben a un nivel tan consciente pero lo intuyen con una claridad asombrosa. Es importante por eso aprender a guardar silencio alrededor de sus camas, procurando estar por completo presentes y disponibles. Hay muchas cosas que enseñar y que aprender, y por extraño que suene este proceso de formación humana sólo puede darse estando en silencio.

Esta carta que hoy te escribo para introducir las historias de Luca, no pretende ser una receta para estar mejor, o una lista de verificación que te permita estructurar de mejor manera tus actividades durante estas semanas tan complejas. Pretendo únicamente compartir contigo las principales claves del cuento que leerás y algunas sugerencias que idealmente te permitirán respirar más profundo.

Mas que suerte, te deseo mucha conciencia, mucha claridad espiritual y algo de sabiduría.

Atención bio-psico-social y espiritual

Ser cuidador primario de un niño pequeño es sin duda una de las tareas humanas más desgastantes y exigentes. No es solo el cansancio físico, que sin duda ya es bastante, sino el desgaste psicológico, social y espiritual el que termina por drenar mucha de la energía de quien lo desempeña.

Es por ello fundamental que los miembros de la familia, amigos y profesionales de la ayuda, entiendan que es necesario desarrollar una estrategia concreta *de trabajo* en las cuatro dimensiones propias de la persona humana: la biológica, la psicológica, la social y la espiritual.

Porque ¿quién ayuda al que ayuda?

Dimensión Biológica

Pareciera que este no es el tiempo propicio para hacer ejercicio. Pareciera hasta socialmente incorrecto el tomar un par de horas, dos o tres veces a la semana para ir a un gimnasio, a alguna clase de yoga o simplemente salir a correr un poco en el parque vecino. Pareciera que al hacerlo estamos de alguna forma traicionando a nuestro hijo, a nuestro hermano, a nuestro amigo enfermo. Todo lo contrario. Es fundamental estar lo mejor posible en lo físico, para poder soportar las semanas, meses y en algunos casos años que tomará el proceso de la enfermedad. De nada sirven dos enfermos (o más) en casa. Caer enfermos por desatención sería la “traición”.

Es además un modo congruente de predicar con el ejemplo. Cuando nuestros niños y niñas enfermos se enteran de que papá o mamá han (re)iniciado una rutina de ejercicio, se alegran y aprenden a cuidarse. Es también una buena fórmula de negociación con los pequeños, para que tomen las medicinas, acudan con mas entusiasmo a las sesiones de rehabilitación o simplemente se alegren por nosotros, lo que ya constituye una buena medicina para el alma y a veces para el cuerpo.

Sin embargo el ejercicio o las rutinas de yoga no son suficientes.

Es necesario también dormir, descansar y comer bien. Entiendo que estas tres sugerencias te sonarán casi como los tres pecados capitales para un padre o una madre que tienen cosas *mucho más importantes en que ocuparse* durante el tiempo de la enfermedad de un hijo. Todo lo contrario, son estas, tres virtudes capitales.

Pide ayuda. No hay otro modo de conseguir dormir lo suficiente.

Confía en otros. Es necesario para recuperar espacios de descanso diurno.

Recupera a la comunidad. Es la única manera de empezar a comer sistemáticamente mejor.

Tienes que lograr diseñar una agenda que te permita dormir, contar con un tiempo personal (aunque insistas en que sea pequeño) y comer de manera bien equilibrada.

Que tú estés bien físicamente, resulta congruente con tu propio desarrollo, genera una sensación de esfuerzo compartido con tu niño enfermo, y le da un ejemplo claro y contundente a tus demás hijos (en caso de que los tengas) y hasta a tu pareja. No es cuestión de ponerse guapa o guapo,

es sobre todo, estar listo para las semanas o meses más duros de toda tu vida.

Dimensión Psicológica

Cuatro palabras: Terapia. Libro. Música. Grupo.

Terapia

Cuando eres el cuidador primario durante una enfermedad larga, la psicoterapia no es un lujo, es una obligación. No es posible acompañar a tu hijo y ser ejemplo de salud mental y claridad espiritual sin ayuda profesional. El amor de la pareja, de los amigos y de la familia no resultan suficientes (cuando se tienen) y no por que no sean profundos o reales, sino porque normalmente no están preparados para contener y clarificar los procesos que se viven en esta frontera de lo humano. Por eso existen los profesionales de la ayuda (quienes a su vez por cierto, buscan para sí quién los pueda acompañar en sus propios procesos de dolor y saturación).

La terapia es necesaria para liberar vapor, y como todas las cosas buenas de la vida, regala mucho más que eso, abre puertas que son a la larga necesarias para transitar hacia la comprensión psico espiritual del proceso que hoy vives. A pesar de darse en un espacio artificial y un tanto extraño, es la psicoterapia un lugar propicio para algunos de los aprendizajes más significativos, ya que es ahí donde podemos *traducir* la experiencia que estamos viviendo en símbolos y significados que poco a poco van tomando forma, y es donde ocurren algunos de los descubrimientos más importantes sobre nosotros mismos.

Por su naturaleza respetuosa y confidencial es en la psicoterapia donde logramos –a veces– hacernos las

preguntas más profundas y gritar confiadamente nuestras quejas más desgarradoras. Recuperamos la voz que hemos perdido en medio de tanta angustia, miedo, enfermedad, tratamientos, dolor y medicina. Solo en la Dimensión Espiritual somos capaces de preguntar más profundo y más fuerte, pero nuestras preguntas a Dios o a la vida son distintas.

Ve a terapia. La necesitas. Regálate cincuenta minutos cada quince días (idealmente cada semana) de desahogo y salud. Hazlo por ti, por tu hijo, por toda tu familia, pero sobre todo, por ti, porque ya es mucho lo que está hoy sobre tus hombros.

Libro

Hoy tienes un libro en las manos así que en ese sentido tengo poco que añadir, pero es sumamente importante lograr variedad. No es solo en los libros dirigidos a facilitarte un poco el camino que hoy transitas, en los que encontrarás salud y bienestar. Es también en aquellos que siempre has disfrutado: novelas, cuentos, libros de historia, revistas, lo que sea. Son compañeros importantes que ayudan a mantener un sano equilibrio frente a una situación que demanda más de lo que casi cualquiera es capaz de dar.[1]

Música

La música ha sido compañía de la persona humana prácticamente desde el inicio de la historia. Es un gran vehículo emocional y un extraordinario escape, temporal, sano, útil. Es además una gran compañía para los pequeños. Un cuarto de hospital (o de la casa) acompañado de música bonita que tranquiliza el espíritu y ayuda a todos a relajarse, es siempre un lugar más digno y grato.

Grupo

Además del acompañamiento terapéutico individual del que

hablamos al inicio de esta sección, es siempre útil el participar en grupos formales o informales de familiares que se encuentran en la misma situación que tú. Resultará provechoso también invitar al personal de salud: enfermeras, residentes, médicos. Estos grupos de crecimiento, de diálogo, de auto ayuda, como sea que se llamen en tu latitud, son fundamentales y se convierten quizá en el mejor aliado de miles de padres, madres o hermanos agobiados por el dolor y la frustración.

Muchas veces en nuestro interior guardamos pequeños o grandes secretos que nos generan mucha culpa, incluso vergüenza. A veces creemos que no debemos permitirnos ciertos pensamientos o sentimientos en relación con nuestro hijo o nuestro hermano enfermo. Estas ideas nos disgustan y durante semanas o quizá meses nos atormentan. En mi opinión, el mejor modo en el que podemos liberarnos de ellas e iniciar el tan necesario camino hacia la normalización de nuestras emociones es acudiendo a estos grupos de diálogo. En la interacción y la dialéctica con otros padres, otros hermanos o amigos, descubrirás que lo más íntimo, lo más personal, lo más *escondido* en tu interior, se convierte precisamente por ello, en lo más universal en el grupo.

La sola mirada de comprensión de los demás miembros del grupo cuando uno es capaz de compartir generosamente algo tan íntimo, se convierte en mi opinión, en la acción terapéutica más poderosa a la que uno puedo recurrir.

Encuentro que a veces, para los directivos de los hospitales la idea de permitir un grupo de padres de niños enfermos pudiera ser amenazante, pero bastará con invitarlos a participar una sola vez para que descubran la enorme utilidad que tienen también para el personal médico y para el hospital mismo.

Cuando estés listo para formar el grupo, pide a la trabajadora

social o al profesional de la salud mental que te ayude con la convocatoria y con la sesión inicial. Luego no será necesaria su supervisión, aunque siempre será deseable contar con alguien que desde una óptica profesional pueda acompañarlos. La idea detrás de estos grupos es que cuentes permanentemente con un espacio seguro en donde la mayoría comprende profundamente lo que sientes, y simplemente logres ahí liberar la tensión del día o de la semana.

Por estar fundamentada en una metodología práctica, sencilla y contundente, recomendamos ampliamente recurrir al modelo de grupos de crecimiento del psicólogo norteamericano Carl R. Rogers.[2]

Dimensión Social

Muchos padres sienten que el cuidado a sus hijos, durante la enfermedad es una suerte de apostolado. Esto es totalmente comprensible. Es tu hijo. Es tu responsabilidad. Sin embargo es necesario que todos entendamos que es un apostolado muy cansado. La energía necesaria para sostener este esfuerzo en el tiempo es demasiada y aunque parezca inagotable, esta termina por desaparecer. No cumple el principio de indestructibilidad que nos enseñan los físicos, esta sí se agota (y a veces se transforma en enojo o en depresión, que por definición es paradójicamente, el estado en donde la energía corporal está ausente). Por eso es que en este capítulo hemos insistido tanto en que cada vez que te sientas literalmente “sofocado” en cualquiera de las dimensiones (biológica, psicológicoa, social o espiritual), pidas ayuda. Resultará fundamental formar una red social a tu alrededor que precisamente logre sostenerte cuando te caigas, o te ayude a mantener el equilibrio cuando estés a punto de caer.

¿Quiénes son aquellos amigos, miembros de tu familia, miembros de tu comunidad religiosa o vecinos, con los que cuentas? ¿para qué temas? ¿por cuánto tiempo? ¿cuándo puedes echar mano de ellos?

Muchas veces, sobre todo cuando la enfermedad es larga, resulta común que algunos amigos y familiares que al inicio estuvieron cerca se vayan alejando poco a poco. Normal. Ningún reproche vale. La vida de todos ha seguido a un ritmo distinto que la nuestra. El tiempo para ellos sabe distinto. El dolor, fuera del hospital no se siente igual, huele diferente. No todo el mundo puede estar disponible siempre. Así es. No implica menos amor, es solo el curso de la vida.

Es por ello en buena medida, que existen los ministros de culto, los y las religiosas y los profesionales y voluntarios de ayuda (psicólogos, trabajadores sociales, tanatólogos), porque una situación tan compleja como la enfermedad crónica, grave o terminal, requiere de una comunidad amplia y no solo de una persona.

Para muchas madres y padres, leer esto resultará chocante, pues en efecto sienten que es su sola responsabilidad el cuidar de su pequeño, pero la realidad es que a pesar de todo el amor, de toda la dedicación o de todo el esfuerzo, es necesario y resulta sumamente bonito el poder apoyar nuestra cabeza en los hombros de quienes conforman nuestra comunidad.

Busca con paciencia y con sensatez a los posibles miembros de esta comunidad de apoyo.

Construye, si te es posible, una agenda de tareas para cada uno de ellos. Ayúdalos a comprometerse contigo y con tu familia. Sé claro con lo que pides. No todos pueden realizar todas las tareas. Trata de ser asertivo, comprensivo, generoso. Valóralos. Lo mas probable es que sea desde el amor y no

necesariamente desde la capacidad, desde donde surge su propuesta de ayuda.

Cabe aquí recordar que la escuela de psicología o de trabajo social, el seminario o el convento, no otorgan licencia de sabiduría e infalibilidad. Como cualquier acompañante, el ministro de culto, el religioso e incluso el profesional de la ayuda, se equivocarán. Mucho. Quizá menos que los demás, pero suficiente como para a veces, sacarnos de nuestras casillas. Paciencia. Paz.

Ten paciencia también con las personas que te dan consejos de buena fe. Todos quieren ayudar. Poquísimos saben cómo. La gente alrededor de una familia con un niño enfermo tiene típicamente mucho miedo y una gigantesca tendencia a decir las cosas más inoportunas e inadecuadas. No saben bien qué hacer, qué decir o qué actitud tener frente a la familia. Recibe sus consejos con generosidad y paciencia. Actúan de buena fe. Escúchalos, pero luego haz caso de tus intuiciones y de tu sentido común compartidos siempre en pareja, en familia y en el seno de tu grupo de ayuda. Ahí es quizá donde encontrarás el mejor reflejo y mayor claridad.

Para completar el bienestar en la dimensión social es necesario que salgas (literalmente). Cena. Toma una copa de vez en cuando. Toma un café con tus amigos lejos de la cafetería del hospital. Ve a un cine. Al teatro. Inscríbete en algún curso. Vive. Se entiende que no podrás hacerlo con el ritmo de antes (si es que lo hacías), pero es necesario lograrlo ¡aunque sea un par de veces al mes!

Cada una de estas actividades te alejará de la cama de tu hijo tan solo por dos o tres horas. Háblalo con ella o con él. Pídele permiso para salir. Te lo dará generoso, contento, y aunque no lo creas, será también una pequeñísima pero sumamente útil *vacación* para ella o él. Tu pequeño necesita también tiempo

personal, tiempo para pensar, para rezar, para acomodar dentro todo lo que le esta pasando, o simplemente un tiempo para descansar sin el agobio natural de sentir que su dolor también a ti te duele.

Dimensión Espiritual

No importa si practicas alguna religión o no, la dimensión espiritual está ahí, y hoy, en esta frontera en la que estás viviendo está activa quizá como nunca. Admírate de ella. Úsala. Aprende.

Decía San Ignacio de Loyola, que el espíritu, como el cuerpo, requiere de ejercitarse. Algunas de sus sugerencias nos sirven para entender de qué se trata la dimensión espiritual, que en ocasiones es difícil de definir. El más célebre vasco de la historia, nos sugiere examinar la conciencia, meditar, contemplar, orar vocal o mentalmente, entre otros modos de ejercitar nuestra dimensión espiritual.[3]

Es por ello, que el estado natural de la búsqueda espiritual es el silencio. Y sin duda, los momentos más profundos de este proceso que hoy estás viviendo con tu hija o hijo y que probablemente recordarás con mayor claridad son típicamente aquellos en los que no ha sido necesario emitir sonido.

El silencio es un modo de comunicación respetuosa, holística, espiral. Es una forma de mostrar nuestra presencia y disponibilidad de manera sencilla pero contundente.

Muchas veces, a lo largo de las semanas y los meses de enfermedad, nuestros niños se quedan en silencio, pero de un modo activo. Nos buscan. Nos solicitan. A veces no nos encuentran. Tenemos que aprender cómo es que uno puede estar totalmente disponible y presente en medio del silencio. A

veces no es fácil. Ellos son los maestros. Atiéndelos. Y luego, una vez que has aprendido algo, ponlo en práctica. Ejercítate como sugiere Ignacio. Arma en la soledad y el silencio tu propio gimnasio espiritual.

Examina tu conciencia con paz.

Un modo útil y sencillo para hacerlo es revisar todo tu día al momento de acostarte por la noche. ¿Cómo te despertaste? ¿quiénes fueron las primeras personas con las que te topaste? ¿cómo fue tu interacción con ellos? ¿cómo te sentiste a lo largo del día? ¿cuáles fueron tus miedos, tus enojos, tus alegrías, tus tristezas? ¿en qué momentos sentiste amor?

Cuando te propones realizar esta revisión diariamente, es posible construir estrategias y propuestas para mejorar tu relación con el mundo, en las cosas importantes, es decir en las pequeñas. Procura convertirte a partir de tu reflexión diaria en una persona más amable, más comprensible, más clara, más asertiva, más empática, más profunda, más consciente. Aprovecha también este tiempo de dolor profundo, para conocerte y para transformarte.

Discute con tu terapeuta el resultado de tu revisión diaria. Será útil. Aprenderás a crecer en medio del dolor. Este modo de aprendizaje te acompañará ya el resto de tu vida, por lo que resulta fundamental que hagas todo lo posible por aprenderlo.

Medita, contempla, ora.

Ya que es el silencio el estado más propicio para el acompañamiento de tu hijo o hija, aprovéchalo para meditar sin necesidad de un diálogo inmanente. Trata de descansar tu mente, de liberarla de conceptos, de palabras, incluso de símbolos. Concéntrate sólo en el sonido y profundidad de tu respiración, cierra los ojos, aprende a relajarte. Hazlo con tu niña o niño, aprendan juntos los dos. Resulta útil y bonito, ayuda a conocerse mejor y a serenarse.

Contempla a tu hijo. Contempla en sus ojos las maravillas del cosmos. Contempla en él o en ella los rasgos que le dan pertenencia, que lo identifican, que lo distinguen, que lo hacen tu hijo y de tu pareja. Contempla el esfuerzo que le ha representado vivir y llegar hasta donde está. Contempla su fortaleza, su valor, su tesón, su humildad, su sencillez, su saber vivir en el presente.

Contémplate tú ahí. En sus ojos.

Agradécele.

Ora. Reza, pide, negocia, enójate, reclama. No limites tu oración sólo a *oraciones*. Dialoga. Pregunta. Construye. Ofrece. Agradece. Solicita acuse de recibo y respuestas. Descubre lo que tu propia oración dice de ti y del momento que hoy vives. Repite aquellas frases de tu oración que te hacen mayor sentido o que te retan más brutalmente. Busca y descubre. Ten paciencia. Paz.

Ora con tu hija, con tu hijo. Déjalo liderar la oración. Sorpréndete.

Somos una unidad bio-psico-social y espiritual. Ninguna dimensión es en este momento más importante que otra. No tenemos derecho a dejar de trabajar en nosotros mismos y por el contrario, por nuestro hijo o hija enferma, tenemos la obligación de estar lo mejor posible pues, como nunca, nos necesitan completos y bien.

La pareja

No todos sentimos las mismas cosas, con la misma intensidad, en el mismo momento. No todos tenemos la misma capacidad para afrontar algunas noticias. No todos reaccionamos igual. No todos vivimos la misma realidad de la misma manera y en

sincronía con los demás. Todos los que alguna vez hemos tenido una pareja entendemos esto con claridad.

¿Por qué entonces, el mayor problema que encuentro en las parejas que están viviendo un momento como éste, es comprender que los ciclos de dolor, de miedo o de tristeza, prácticamente nunca se van a a empatar entre los dos miembros de la pareja? Cuando yo estoy triste, tú pareces estar feliz y eso me ofende. Cuando yo estoy enojado, tu pareces estar buscando una reconciliación con Dios y eso te ofende. Cuando yo estoy asustado tu te muestras con mucha mayor seguridad y eso nos confunde.

Pues ¿qué no había sido así en muchas experiencias de tu vida de pareja? Con toda honestidad, ¿por qué tendría que ser diferente ahora?

La respuesta que a veces obtengo a esta pregunta, es tan bonita como utópica, me dicen cosas como: “por amor”, “por que estamos viviendo una situación anormal”, “por que ahora más que nunca necesito que me comprenda”.

La enfermedad de un niño o de una niña, se da en la realidad. Es en la realidad donde el amor basta para unir a dos almas, pero no basta para mantenerlos unidos; donde la comunicación es necesaria para la empatía y la comprensión pero no alcanza para que haya siempre aceptación y escucha; es en la realidad donde los sentimientos se hacen más intensos y más volátiles frente a la enfermedad y el dolor de nuestro hijo y donde a veces, no estamos preparados para contener y lidiar con los sentimientos de nuestra pareja. Es ahí, donde se da la vida de pareja y no en la utopía del libro de auto ayuda o de la novela romántica.

Para enfrentar esta realidad y construir más amor y la posibilidad de una mejor pareja desde ahí, desde la frontera, te propongo tres “P’s”: Psicoterapia[4]. Paciencia. Paz.

Como ya hemos dicho, este es uno de los momentos de mayor aprendizaje significativo en tu vida y en la de tu familia. Es por ello que es también uno de los más grandes momentos para comprender, redimir y esculpir desde dentro.

Además, aquellos de ustedes que están pasando por este complejo proceso en pareja, deben recordar que los problemas que ya tenían antes de que su niño se enfermara, siguen ahí, que les han puesto pausa pero siguen latentes.

También será prudente recordar que a pesar de que muchas cosas han cambiado seguimos siendo fundamentalmente los mismos que hace unos meses; que con este proceso que hoy estamos viviendo es posible que nuestra personalidad haya mejorado un poco o quizá empeorado un poco, pero que no debemos sorprendernos ahora por algo que no nos hubiera sorprendido antes. La gente toda hace un esfuerzo cuando es necesario, pero a veces flaquea y muchas otras, no logra que su intención de cambio se convierta en realidad.

Psicoterapia. Paciencia. Paz.

Los demás miembros de la familia nuclear

Cuando uno de los hijos enferma en casa, los padres le piden a los hermanos del pequeño un enorme sacrificio. Será menos el tiempo que podrán pasar juntos, la situación en casa se volverá anormal, los hermanos y hermanas del niño enfermo tendrán que ocuparse de sí mismos, más que antes. Tendrán que hacerse responsables antes de tiempo (para el caso de los hermanos pre adolescentes); tendrán que cuidar de la mascota sin ayuda, tendrán que cuidar de la casa sin ayuda. Es un sacrificio, sí. Normal. Ningún reproche o rebelión vale. Primero lo primero.

Sin embargo, cuando tus hijos no son mayores de edad, es tu trabajo comprender que tú eres el adulto y que ellos resienten de modo real la disminución en la atención y las nuevas responsabilidades que les son encomendadas frente a la enfermedad de su hermanito o hermanita.

Aquí, quizá más que en cualquier otro ámbito de la vida de pareja, es necesario crear un equipo sólido entre ustedes dos.

Los hermanos y hermanas del niño enfermo han aceptado hacer un esfuerzo grande. Sin embargo, este sacrificio no puede ni debe ser total. Tus demás hijos siguen teniendo el derecho de ser niños, de portarse un poco mal en el colegio, de seguir con ganas de ganar el campeonato de fútbol, de ver el mundial por la televisión. Siguen con el derecho de recibir un regalo en su cumpleaños y de que sus padres estén presentes en sus momentos importantes. La enfermedad de su hermano no tiene por qué despojarlos de esos derechos.

Para tu niña o niño enfermo, resulta además fundamental el que sus hermanos no sufran por causa suya. Un niño pequeño que se da cuenta de que las necesidades o hasta los caprichos de sus hermanos se ven truncados sistemáticamente como consecuencia de su enfermedad puede llegar a sentirse muy culpable y triste. Es una sensación que no ayuda a nadie.

Es por ello de suma importancia el mantener un diálogo familiar abierto, en el que con toda salud se puedan negociar algunas cosas. Todos deben participar en el proceso, incluso el pequeño enfermo, es parte de su poder personal.

Busca un balance real con tus demás hijos. Pide ayuda a tu grupo social de apoyo. Pídeles ayuda a ellos mismos, pero nunca olvides que el adulto eres tu.

La familia entera y sus reacciones cotidianas tienen mucho que ver con el desempeño de tu hijo enfermo. A mayor salud

familiar, mayor balance, mayor equilibrio, mayor conciencia de comunidad, mayor el beneficio para tu hija o hijo enfermo. En mi opinión muchas de sus respuestas y actitudes, son casi directamente proporcionales a la capacidad que las familias tengan de vivir de modo más sano. Veo con mucha frecuencia, que cuando los padres y los hermanos viven relaciones más auténticas, más *normales*, más cotidianas y menos *cuidadas* o *artificiales*, es cuando los pequeños enfermos responden de mejor manera ante su difícil situación.

Un claro ejemplo de esto es cuando el pequeño que ha caído enfermo es el hijo número cuatro o cinco, es decir, que tiene al menos tres o cuatro hermanos mayores. Por necesidad, las familias más numerosas se vuelven típicamente más prácticas. Salir a cenar, al parque o de vacaciones son actividades que cuando son realizadas por seis o siete personas (o más) tienen necesariamente que estar mejor organizadas, y sobre todo, bien delegadas. Encuentro que los padres de familias grandes, han aprendido precisamente a pedir ayuda, a delegar responsabilidades importantes en los hermanos mayores, y en ocasiones entre los menores también (como por ejemplo en el caso del cuidado de las mascotas). Cuando un niño tiene desde pequeño que asumir tareas familiares adecuadas a su edad, aprende desde muy temprano la importancia de la responsabilidad personal, de la construcción de comunidad y de la sinergia. Estos pequeños, típicamente tienen buenas competencias para la comunicación intersubjetiva y cuentan con una extraordinaria capacidad de adaptación, pues tienen que negociar sus asuntos en un mayor número de ocasiones y mucho más temprano que otros niños y niñas.

Los pequeños que han aprendido estas cosas y han vivido en medio de estas familias prácticas suelen responder mejor ante los duros tratamientos que les esperan a lo largo de la enfermedad y sus hermanos comprenden muchas veces con

mas naturalidad el sacrificio que se les pide por lo que descubren con mayor facilidad medios para adaptarse de mejor manera a esta situación límite.

Sea cual sea el tamaño de tu familia siempre será posible encontrar formas a través de las cuáles tus hijos aprendan estas cualidades y capacidades. Una buena manera de iniciar este camino es que cotidianamente se celebre una sesión de "solidaridad familiar".

Marca en el calendario, en día y horario fijo, quizá una vez a la semana, las fechas para realizar esta reunión familiar. Deberán participar todos los miembros de la familia (idealmente de manera voluntaria, aunque al inicio quizá la democracia familiar no sea la mejor alternativa). Será útil dividir estas sesiones en dos momentos. Dedica la primera media hora para lograr acuerdos prácticos: quién estará en el hospital mientras los padres descansan o acuden a alguna de sus actividades; quién irá al súper, quién a la tintorería; quién lavará los platos esa semana. Ten paciencia. Nunca ha sido fácil en la familia distribuir estas tareas, ahora será peor pues todo el mundo está tenso y preocupado. Genera un documento que todos deberán firmar (un calendario de tareas, una lista, lo que sea. Es sólo un símbolo pero enseña sobre el compromiso y el valor que siempre debe tener la palabra empeñada).

El segundo momento de la sesión se puede dedicar al descanso del alma de cada uno de los miembros de la familia. Hablen de las cosas que piensan, las que sienten. Pídanse perdón. Agradezcan. Recen, mediten o respiren juntos.

Resulta fundamental que esta segunda parte de la sesión se desarrolle en total libertad y en un ambiente de confianza absoluta. Recuerda lo que ya dijimos sobre la dificultad para encontrar "sincronía emocional" en la pareja. Sucede lo mismo con el resto de la familia. No todos sienten las mismas cosas,

con la misma intensidad en el mismo momento. La palabra clave para que esta sesión funcione es el respeto absoluto, total e incondicional a lo que cada quien diga o calle.

No hay sentimientos buenos o malos. Las cosas se sienten y ya está. Es por ello que no es ni deseable, ni prudente, ni útil el juzgar lo que alguien ha dicho en la sesión. Debe quedar para todos muy claro que el propósito es el de limpiar, sanar, desahogar el grito que todos llevan dentro. Por eso es importante al final rezar juntos, meditar o al menos respirar juntos.

El ejercicio semanal de la espiritualidad compartida logrará una familia más unida, más sana y sobre todo, tus demás hijos podrán encontrar sentido y trascendencia en el enorme esfuerzo que hacen cotidianamente. Aprenderán a comprender por qué son hoy, ciudadanos de esa frontera.

El niño enfermo, debe poder ser un niño, y no solo enfermo

Es por ello que sin olvidarnos nunca de que quien ocupa la cama es un niño o una niña pequeños, que sin duda son vulnerables y frágiles, será prudente siempre dejarles crecer sin exagerar nunca nuestra atención o cuidados. Será siempre útil encontrar un balance entre las necesidades propias de un niño y los cuidados que necesita.

Debe jugar, debe seguir aprendiendo y en la medida de lo que la enfermedad y los tratamientos lo permitan, no perder el ritmo del colegio. Debe ver a sus amigos y amigas, debe dibujar, debe ver el fútbol en la tele. Pero también debe obedecer, debe tener límites, debe ser disciplinado, debe hacer la tarea. Debe ser niño.

Un niño entre algodones no necesariamente está siendo mejor cuidado y desde luego, no es necesariamente más feliz. En la medida en la que el sentido común y la ciencia médica lo permitan, debemos evitar a toda costa que nuestros niños dejen de serlo. Un poco de fútbol en la tele, de videojuegos, o de tierra jamás han enfermado a nadie. Un castigo por portarse mal, un recordatorio aquí y allá sobre los límites, un acompañamiento con autoridad lo harán sentirse más seguro y le devolverán un sentido de normalidad tan necesario en este momento de enfermedad.

Que los miedos de los padres no arruinen la poca o mucha niñez que los hijos puedan *ejercer*. No importa cuán enfermos estén. Deja que mientras pueda tu niño sea niño, y que cuando lo sea, tú tengas la capacidad de mirarlo y deslumbrarte.

El poder personal

Lo primero que un enfermo adulto en etapa crítica, grave o terminal pierde, es su poder personal.

Por alguna razón que a mi me ha parecido siempre muy extraña, aparece siempre alguien en la vida del enfermo que cree que este ha perdido la capacidad para tomar decisiones[5]. Las personas se enferman pero eso no las hace tontas. Se asustan, sí. Pierden temporalmente la energía para tomar solos algunas decisiones complejas, sí. Requieren de una comunidad que los acompañe y los proteja, sí. Pero no han perdido capacidad para decidir sobre su propia vida.

Si esto sucede con los adultos, ¿te imaginas lo que pasa con los niños?

“Ahora la señorita te dará un piquetito, aguántate como lo haría superman, tú que siempre eres tan valiente. Ahora te llevarán

al piso de abajo por una medicina que es muy buena. Ahora voy a cerrar las cortinas porque estarás muy cansada. Ahora te debes tomar esta gelatina. Ahora pondremos esta música que te ayudará a descansar, cierra los ojos. Ahora te leeré este cuento que te gusta tanto. Ahora vamos a rezar por el tío Luis que está tan enfermo. Ahora quitaremos esto de aquí y te tomarás el jugo. Ahora dibujarás en este librito que te gusta tanto. Ahora a sentirnos bien".

Ahora me firmarás este documento en el que me cedes todo tu poder personal y yo lo ejerceré con sabiduría porque soy tu madre o tu padre. Es lo único que les falta exigir.

¿Por qué crees que tu hijo ha perdido la capacidad de aprender en medio de todo esto? ¿por qué habrías de dejar de formarlo en el difícil arte de ser libre, de elegir, de renunciar? ¿por qué ahora? ¿qué no es este precisamente el momento en el que él o ella pueden aprender de manera más contundente? ¿por qué perder esta oportunidad?

Están más cansados, sí. Están muy aturdidos con tanta cosa que sucede a su alrededor, sí. Deben cumplir ahora con muchísima más exigencia, sí. Están hartos, sí. Están débiles, sí. Debemos por supuesto dar concesiones, ser más pacientes, darles oportunidad para descansar más, para recuperarse, para sentirse menos presionados, para jugar, para estar más relajados. Pero ¿es realmente alguna de estas una buena razón para truncar su desarrollo personal o su aprendizaje?

Harás bien en compartir muchas más decisiones con ella o con él. Harás bien en dejarle las reglas claras. Harás bien en respetarlo y devolverle su poder, sin excesos, sin pretender que ya puede todo o ya sabe todo. Clarifica los límites con toda tu familia, negócialos. Luego clarifícalos también con el personal de salud, enfermeras y médicos. Nadie tiene derecho

de quitarle ni un poquito de poder.

Claro que existirán siempre ciertas decisiones que tendremos que imponerles a nuestros hijos, pues para eso somos sus padres, pero ¿todo? ¿precisamente ahora? Los niños como el tuyo, que padecen una enfermedad a veces brutal y compleja, crecen en conciencia a un ritmo muy distinto que otros niños de su edad, y desde luego que la mayoría de los adultos. Aprenden lo importante de un modo más significativo. En mi opinión es su propia condición la que les permite que se aceleren los procesos de aprendizaje de aquellas cosas sencillas pero importantes de la vida: la generosidad, la amistad, el compromiso y la disciplina, el diálogo, el silencio, la trascendencia.

Son niños, sí, pero personas también.

El amor que se traduce en tres actitudes, *suficientes y necesarias*

Los creadores de la escuela humanista de psicoterapia fueron mucho más que solo teóricos importantes para la Psicología. En realidad fueron buenos maestros de vida. Muchas de sus aportaciones surgidas a partir de años de experiencia empírica con personas agobiadas por problemas reales, les permitieron construir y sistematizar un conjunto de ideas que hoy son utilizadas en miles de consultorios en todo el mundo.

De manera particular, Carl R. Rogers estableció algunas de las ideas fundamentales para la construcción de una comunicación verdaderamente humanista que sirve tanto en el ámbito estrictamente terapéutico, como en la vida misma. A través de su Enfoque Centrado en la Persona[6], Rogers logró traducir en actitudes concretas y verificables (casi medibles)

algunos de los principios básicos de una antropología filosófica que concluye que el hombre es un ser bueno por naturaleza y que de manera innata, tiende a su desarrollo[7].

Para Rogers, estas actitudes son, entre otras, la congruencia, la aceptación positiva incondicional y la empatía.

No pretendo aquí hacer un análisis a fondo de estas tres actitudes, pero te propongo que las revisemos rápidamente pues podrán ser un conjunto de buenas ideas que te permitan, como ya te he dicho, respirar un poco más profundo.

La Congruencia

Hemos hablado mucho sobre la congruencia, cuando discutimos la atención a las dimensiones biológica, psicológica, social y espiritual. Es fácil de entender. No puedes tener un hijo enfermo y por descuido, enfermarte tú también. El mensaje sería perverso y francamente inútil para tu niño.

Pero en mi opinión hay otras cosas importantes detrás de la congruencia, que sería bueno atender. Lo resumo de la siguiente manera: cuando tengas ganas de llorar frente a tu hijo o hija, hazlo. Llora.

Uno de los grandes descubrimientos del viejo psicólogo norteamericano al que me he venido refiriendo en los últimos párrafos, fue precisamente la vinculación profunda entre la autenticidad del que acompaña, con el grado de confianza en el acompañado. Esto significa que en la medida en la que el cuidador (padre, madre, hermanos y profesionales) se presenta de modo más auténtico (congruente) con el niño o la niña enfermos, logrará una mayor credibilidad y por tanto, permitirá un diálogo más profundo y por consecuencia más reparador.

Tu hijo o hija ya saben que lo estás pasando fatal. Lo saben. Y saben también que muchas veces estás actuando cuando

entras al cuarto sonriente y con cara de que “aquí, no pasa nada”. Recuérdalo, son niños no tontos. Están enfermos pero te conocen bien.

Por supuesto no podemos pasarnos todo el día llorando, o enojados, o felices, o angustiados, o tristes. Pero a veces, debemos darnos el permiso de mostrarnos tal como estamos, de dialogar con ellos, y hasta de permitirles que sean ellos para variar, quienes nos consuelen y aprendan la importancia de la compasión y del abrazo generoso.

Para los niños y las niñas, es fundamental aprender que no hay sentimientos buenos y malos. Que se sienten y ya está. Que son lo que son y sirven para lo que sirven. Si escondemos nuestra tristeza, miedo o enojo todo el tiempo, nuestros hijos intuirán que estas sensaciones son malas y que cuando se sienten hay que evitarlas a toda costa. Si por el contrario, dosificamos de manera inteligente y amorosa nuestras propias manifestaciones de tristeza, miedo, frustración o enojo delante de ellos, les enseñaremos que las personas tenemos esos sentimientos y que en ocasiones lo más sano es dejarlos fluir libremente, y que hacerlo tiene consecuencias, útiles casi todas, pero también algunas sobre las que tendremos que asumir una responsabilidad.

Siéntete triste, enojado o asustado frente a tu hijo. Dosifícalo. Sé prudente. Confía en tu intuición. Deja que te consuele. Dialoga con él o con ella cuando te sientas así. No mientas. Di la verdad. Aprendan juntos a sentir. Sorpréndete con lo que descubrirás.

La Aceptación Positiva Incondicional

Dado que la aceptación positiva incondicional es casi, una cualidad natural en los padres, y su nombre la explica claramente, haré una reflexión más bien breve desde lo que

logra más que desde lo que es. Cuando uno acepta de manera positiva e incondicional a otro, aprende fundamentalmente el difícil arte de la paciencia y de la tolerancia. Y cuando en casa hay un niño o una niña enfermos, el "nombre del juego" es paciencia y tolerancia (y paz y psicoterapia, por cierto).

Ser paciente con cualquier niño, requiere mucha energía. Con un niño enfermo requiere aún más. Ser tolerante con cualquier niño requiere mucho amor. Con un niño enfermo requiere aún más. La buena noticia es que aprenderás muchísimo de este proceso. La mala es que la única manera de hacerlo, es precisamente haciéndolo, y el costo a nivel energético es enorme. Por eso tanta insistencia en la necesidad de pedir ayuda, y de cuidarte de manera integral (bio-psico-social y espiritual).

Conviértete en un maestro de la aceptación positiva incondicional con tu niño enfermo y luego, regálala a tus demás hijos, a tu pareja, a tus padres, a tus amigos, a los demás. Te hará una persona mucho más ligera de equipaje y luego, mucho más feliz.

La Empatía

Ser empático implica el tomar la decisión de estar por completo con el otro, de tratar de sentir lo que el otro siente, de tratar de mirar desde su mirada, desde su corazón, desde su alma.

Al inicio te decía que una de las cosas más difíciles de mi trabajo es tratar de sentir en mi, el miedo, el dolor, la frustración o la angustia que tú sientes en medio de la enfermedad de tu niña o tu niño. Te decía entonces, que lo intento pues es la manera más honesta y profunda con la que me puedo acercar a una familia como la tuya. Aquí, ahora, te sugiero que ejerzas tú el don de la empatía de manera

profunda con tu hijo o tu hija.

Haz un esfuerzo por sentir lo que está sintiendo tu hijo: el miedo, la furia, la tristeza, el dolor, pero también la alegría, la carcajada, el amor y la capacidad de vivir el presente. Cuando lo logres, comunícate con ella o con él. Desde ahí, desde la sintonía, desde la sincronía. Con voz o en silencio, pero comunícate. Hazle saber que la entiendes, que lo comprendes profundamente. Hazle sentir tu solidaridad, de padre sí, pero de persona también. Hazle saber que no está sola, que no está solo. Dale un respiro. Quítale por unos segundos el dolor al hacerlo tuyo, quítale el miedo al hacerlo tuyo, quítale la tristeza al hacerla tuya.

Muéstrale que sí hay alguien ahí, que por amor, lo comprende.

El reto es luego, tratar de convertirte en una persona empática, es decir, que eso que hoy aprendes a hacer con tu niño enfermo, esa capacidad de comprensión profunda y de reflejo certero, la puedas ejercer con los demás. Si lo logras, habrás encontrado un sentido a esto que hoy vives y rendirás de manera contundente un homenaje vivo y permanente al enorme esfuerzo que hoy hace tu niño o niña en medio de su enfermedad.

Una buena dosis de estas tres actitudes: la congruencia que te lleva a ser más auténtico, la aceptación positiva incondicional que te lleva a ser más paciente y tolerante y la empatía que te lleva a comprender más profundamente y a escuchar más activamente, son una extraordinaria manera de mostrar amor de modo práctico.

Reflexión final

Hoy estás viviendo probablemente el momento más duro de

toda tu vida. No sé por qué les ha ocurrido precisamente a tu hijo y a tu familia.

Lo que sí sé sin conocerte es que podrás salir adelante.

Lo que sí sé sin conocerte es que encontrarás energía y fuerza en los ojos de tu hijo enfermo.

Lo que sí sé sin conocerte es que te caerás muchas veces en el proceso y requerirás de mucha ayuda.

Lo que sí sé sin conocerte es que no estás solo.

Lo que sí sé sin conocerte es que aprenderás muchísimo estas semanas, meses o años.

Lo que sí sé sin conocerte es que tu niño o niña puede ser un gran maestro, si se lo permites.

Lo que sí sé sin conocerte, sin saber si eres creyente o no, es que Dios está ahí, ahora. Que camina junto a ti, y que no te soltará la mano.

Sin quererlo, te he dado ya muchos consejos en estas primeras páginas. No era mi intención. En realidad lo que he intentado ha sido tratar de compartir contigo algunas de las actitudes y experiencias que mejores resultados le dan a papás y mamás, hermanos, amigos y familiares, que viven ahora, como tú, en el límite, en la frontera, cerca de la cama de un niño o de una niña que están muy enfermos. Son todas, cosas obvias, pero quizá por ello a veces se olvidan en los momentos en los que las necesitamos.

El abuelo de mi amigo Jorge Font, decía que sin importar cuánto esfuerzo pongamos, la vida no puede hacerse más larga. Lo que sí podemos, es hacerla más ancha.

Este libro busca acompañar a tu familia en medio del momento más duro que probablemente tendrán en toda su vida. Busca acompañarte para entender cuán ancha se puede hacer nuestra vida en poco tiempo.

Espero de verdad que Luca y tu niño o niña se hagan amigos. Que tu puedas mirar con compasión y empatía a Ana y a Miguel, sus padres. Que puedas aprender de la sencillez de Mateo, su hermanito, de Pablo su mejor amigo y de Ximena, su prima consentida. Que puedas comprender a Lucrecia y a Javier, que trabajan en el hospital. Pero sobre todo, espero que Gufo, el gran maestro de magia te acompañe y te enseñe algunas cosas que son necesarias en este proceso complejo y doloroso pero deslumbrante que hoy tienes frente a ti.

Aunque sé que aportará poco, espero que este cuento les ayude a desarrollar la conciencia, la claridad y la sabiduría para ver la luz, en medio de tanta obscuridad. Léanlo en familia. En paz.

Carlo Clerico Medina.
Bilbao, mayo de 2010.

[1]. Decía el escritor mexicano Carlos Monsiváis que: “Cuando uno lee ya no está solo. Leer es dialogar y cuando se dialoga, la soledad se declara abolida”.

[2]. Cfr. Rogers, C.R. (1973). Grupos de encuentro. Amorrortu Editores: Buenos Aires.

[3]. San Ignacio de Loyola, Excercicios Spirituales, 1ª. Annotación. Texto autógrafo. Guadalajara, México.

[4]. Y me refiero a psicoterapia para ti, no es necesario obligar a nadie más a acudir con el terapeuta, ni siquiera (o especialmente) a tu pareja.

[5]. Por supuesto existen muchas enfermedades en las que por desgracia esto sí es así, pero aquí nos referimos a aquellas en las que se siguen manteniendo las capacidades de reflexión, análisis y decisión.

[6]. Rogers, C.R. (1961, 1993). El proceso de convertirse en persona. México: Paidós.

[7]. Ídem.

Los cuentos de Luca

1

La montaña de Luca

A Luca le gustaba mucho meterse dentro de su montaña. Era una montaña enorme, cómoda y blanca.

Dentro de la montaña Luca podía hacer planes, podía hablar con sus amigos, esconder sus juguetes, dibujar, escribir y cuando era necesario podía llorar un poco. También ahí Luca hablaba con Dios, le contaba cómo se sentía y podía decirle a Él muchas cosas que los grandes a veces no entendían. Antes de irse a dormir Luca metía una linterna dentro de la montaña, así era mucho más fácil ver todo lo que pasaba ahí.

Los grandes pensaban que la montaña de Luca era en realidad su cama en el hospital, ellos sólo veían una de esas enormes camas que se doblan por la mitad, almohadas y sábanas blancas. No era así. Era necesario ver la montaña desde dentro para poder apreciar toda la nieve que bajaba por sus laderas, las enormes cascadas por las que caía lentamente gota a gota el agua mágica y los interminables ríos de plástico que la transportaban, pero sobre todo la montaña de Luca albergaba la guarida tibia y sabrosa en donde se podía platicar con Dios.

Luca tenía siete años. Era un niño alegre y sensato. Tenía toda la cara llena de pecas, los ojos verdes como los árboles de su montaña y el poco pelo que le quedaba sobre la cabeza era café clarito. No era muy bueno para el colegio, pero hacía su mejor esfuerzo para hacer la tarea todos los días. Eso sí, Luca era buenísimo para dibujar y para escribir cartas.

Pero lo más importante de todo era que Luca no era un niño como los demás. No. Luca era especial. Él era un mago. Los magos normalmente saben muchas cosas sorprendentes y

maravillosas, pueden ver cosas que el resto de la gente no puede y sobre todo son capaces de sorprender a los grandes con sus trucos de magia. Como buen mago que era Luca tenía dentro de su montaña un sombrero de copa y una varita mágica. Con ellos el podía aparecer y desaparecer cosas, miedos, dolores y hasta personas. Era un mago increíble.

Luca pasaba muchísimos días en su montaña porque tenía leucemia que es una enfermedad. Algunos días eran mejores que otros. A veces Luca tenía que refugiarse muy silencioso dentro de la montaña por que la leucemia lo hacía sentirse muy mal. A veces se sentía muy triste, otros días se sentía mejor pero siempre su blanca montaña lo ayudaba brindándole un espacio seguro y tibio.

Muchas personas acudían a visitar al mago Luca en su montaña.

Mateo su hermanito; Ximena su prima consentida y Pablo su mejor amigo de todo el mundo. Todos ellos iban siempre que podían a visitar la montaña. Pablo también pasaba muchos días en el hospital por que había tenido una enfermedad que ahora le impedía caminar como los demás niños por lo que a veces usaba muletas y a veces una silla con ruedas; él iba en las mañanas y se regresaba a su casa en las tardes, mientras que Luca normalmente tenía que quedarse siempre unos días ahí.

Desde hacía algunas semanas Pablo estaba aprendiendo a manejar su nuevo coche porque pronto ya no iba a poder usar las muletas y tendría que usar siempre el coche. Era un coche enorme con unas ruedas gigantescas que lo transportaba por todos lados. Los grandes decían que era una silla de ruedas, pero Luca y Pablo sabían que además era un carrazo último modelo.

— Tenemos que ponerle unas placas Pablo, no te vaya a parar

un policía un día de estos.

— Tienes razón Luca. ¿Por qué no hacemos unas placas de papel?, yo creo que van a servir muy bien ¿no?

Luca y Pablo eran los mejores amigos del mundo entero. Y los mejores amigos se ayudan siempre. Juntos hicieron unas placas para el nuevo coche-silla de Pablo. Quedaron de lo más bien. Ningún policía dentro o fuera del hospital podría parar a Pablo. Ni siquiera por exceso de velocidad. La verdad es que a Pablo y a Luca les gustaba mucho la velocidad.

Luca también tenía un coche-silla. No era tan brillante ni tan nueva como la de Pablo pero alcanzaba velocidades increíbles cuando era empujada por Javier, el enfermero más buena gente de todo el hospital.

— Una, dos, tres… le gritaba Luca a Javier cuando quería que llegaran a velocidades deslumbrantes.

— Ahí vamos respondía alegre el enfermero Javier… ¡hasta la luna!, gritaba para hacerse el gracioso.

El coche de Luca el mago era veloz, pero nada comparado con el cohete que lo llevaba hasta la estación espacial.

Si, como lo oyes, Luca tenía un cohete y a veces se transportaba hasta la estación espacial. En el cohete uno tiene que viajar acostado. Así funciona mejor. Los grandes creen que el cohete es sólo una camilla, o una cama con ruedas. Qué chistosos, no pueden ver lo que el mago sí puede. La camilla es en realidad un cohete de esos que pueden ir al cielo y de regreso.

A veces la verdad, a Luca no le gustaba mucho viajar en el cohete. Muchas veces, cuando se sentía muy mal, los grandes usaban el cohete para hacerlo llegar rápidamente a donde tenían que curarlo. Esos viajes no siempre se sentían bien. Otras muchas veces Javier o Lucrecia, la enfermera con el

nombre más raro y feo de todo el mundo, transportaban a Luca en el cohete hacia la estación espacial.

La estación espacial era un lugar de lo más raro que se localizaba en una órbita muy lejana fuera de la atmósfera de la tierra, o sea mucho más arriba que las nubes antes de llegar a la luna y las estrellas. En la estación espacial Luca recibía una medicina muy rara pero muy buena que se llama radioterapia. A muchos niños y niñas la estación espacial les daba mucho miedo pero a Luca el mago no, porque sabía que ahí solo había una medicina que lo intentaría curar.

Lo malo no era ir a la estación espacial. Normalmente esos viajes no duraban mucho tiempo, aún a pesar de que la estación flotaba arriba de la tierra por encima de las nubes y antes de la luna. Lo malo, era que al regresar de ese viaje Luca siempre se sentía un poco mal. Era normal, había viajado en pocos minutos casi hasta el infinito. Eso era lejísimos. Así que al regresar entre la medicina y el viaje tan largo que había hecho, Luca se sentía rete mal. Ese era uno de esos momentos en que era necesario refugiarse dentro de la montaña y muy quietito hablar con Dios.

A veces, el cohete también podía ser de lo más divertido. Una vez Pablo-papá, o sea el papá de Pablo, el mejor amigo de Luca, los subió a ambos al cohete y con mucho cuidado los metió debajo de una sábana que atoró muy fuerte por debajo de la nave espacial. También quién sabe cómo, logró meter ahí debajo una de las lagunas que habían en la parte superior de la montaña de Luca con todo y uno de los ríos de plástico que corría por una de sus laderas.

Sin hacer casi nada de ruido Pablo-papá, sacó el cohete con sus dos pasajeros, laguna, río y todo, al larguísimo pasillo que había afuera del cuarto. Era muy importante no hacer nadita de ruido porque Lucrecia, que era la enfermera con el nombre

más feo y raro de todo el mundo estaba justo a la mitad del pasillo y aunque casi siempre era muy buena gente no le gustaba nada la velocidad ni de los coches de Pablo y Luca y mucho menos del cohete ese.

Pablo-papá con mucho cuidado y en casi total silencio les dijo muy bajito:

— A la una, a las dos y a las…

— ¡Tres!, gritaron al mismo tiempo Pablo y Luca olvidándose por completo de Lucrecia.

Pablo-papá aceleró todo lo que pudo y recorrió el larguísimo pasillo en tan solo unos segundo. Era increíble. El cohete a veces, era lo máximo.

Luca quería mucho a Pablo-papá porque era muy buena gente y muy divertido. Él no era doctor pero siempre estaba tratando de darle a Pablo chico y a Luca, su mejor amigo de todo el mundo, la mejor medicina de todas: una sonora carcajada. Pablo y Luca sabían bien que esa era una medicina buenísima porque además de que era gratis y no sabía feo, era buena para todos en la familia. Era como si con la carcajada de Luca y de Pablo todos le dieran una buena mordida a la medicina esa y todos se curaban por un rato y se sentían mucho mejor.

El día en que Pablo-papá los subió al cohete y recorrió el larguísimo pasillo en solo unos segundos Luca estaba muy contento. Esa noche metió su linterna a la montaña para escribirle a Pablo-papá una nota de agradecimiento. Luca era muy bueno escribiendo cartas y notas de agradecimiento, y desde que había llegado al hospital la primera vez y había descubierto su montaña había tenido que escribir muchas notas de agradecimiento pues había mucha gente a la que tenía que darle las gracias. Ese día escribiría una nota muy especial por que se había divertido mucho y porque además Luca quería mucho a su amigo Pablo y a su papá.

Al entrar a su guarida Luca prendió la linterna. Como era mago decidió ver qué estaba pasando en su montaña antes de escribir la nota aquella. Lo que vio lo dejó sorprendidísimo.

Luca el pequeño mago descubrió que casi en la cima de su montaña había un nido muy raro que él nunca había visto antes. Sabía que era un nido de algún pájaro y que ese pájaro debía ser muy, muy grande pues nunca había visto un nido de este tamañazo tan enorme. Luca decidió apagar su linterna y aprovechar la luz que entraba de afuera y que se reflejaba en la blanquísima nieve de su montaña. Después de unos segundos cuando el mago Luca se acostumbró a la poca luz pudo ver clarísimo otra vez el nido aquél. Sin embargo no podía ver todavía al pájaro.

Luca se puso su sombrero de copa y tomó con la mano izquierda, que es en la que uno se pone el reloj, su varita mágica. Era muy importante que estuviera preparado por si el pajarraco aquél llegaba volando y sin querer se tropezaba con Luca. Tremendo golpazo que se darían si el pájaro ese venía volando bajo y distraído.

Luca se escondió dentro de uno de los iglúes que había en su montaña. Un iglú era una casita pequeña de hielo que Luca había aprendido a construir viendo la tele. En un programa una vez Luca vio que los esquimales, que son unos señores barbones que viven en el Polo Norte y que son vecinos de Santa Clós, cortan cubos enormes de hielo y los usan como si fueran gigantescos ladrillos. Así van colocando uno sobre otro hasta que forman una casita pequeña de hielo. Lo más curioso de todo es que aunque está hecha de hielo adentro no hace tanto frío como afuera. Luca le tendría que preguntar a su papá algún día porque adentro de los iglúes no hacía tanto frío.

Los grandes creen que los iglúes que hay en la montaña de

Luca son simples almohadas blancas. Que raros ¿no? Bueno pero lo importante es que Luca se escondió dentro de uno de sus iglúes a esperar al pájaro enorme que había construido el nido grandísimo que descansaba casi en la cima de su montaña.

Luca no tuvo que esperar mucho tiempo. Pasados tan solo unos minutos el misterioso pajarraco gigante, dueño del nido aquél, aparecía volando a lo lejos. Luca no alcanzaba a verlo bien pues estaba todavía a muchísima distancia del iglú así que tomó su sombrero de copa y dijo las palabras mágicas:

— Sividi – ñí – ñí!!!

Como por arte de magia claro está, aparecieron dentro del sombrero de copa unos binoculares buenísimos que Luca de inmediato se colocó frente a los ojos para poder ver de cerca al pajarraco que era ya su vecino en la montaña. Luca no podía creer lo que veían sus ojos a través de los binoculares mágicos. El pajarraco era un búho sensacional que usaba lentes obscuros. Era todo café y cuando abría las alas completamente eran casi del tamaño de toda la cama… digo, de la montaña. Era enorme. Luca no podía creerlo y de inmediato se alegró muchísimo por saber que tenía a tan señorial ave de vecino en su propia montaña. Era genial.

Luca pensó que no debía salir de su escondite tan pronto pues no quería asustar a su nuevo amigo. Así que pacientemente esperó dentro de aquella casa de hielo que los grandes pensaban que era una almohada y que aunque era de hielo no era para nada fría. Con los binoculares Luca podía seguir muy de cerca al enorme búho y tenía la sensación maravillosa de ir volando a su lado. Aquello era genial, casi como ir sobre la espalda del búho volando por toda la montaña y el enorme valle que había debajo. Extraordinario. Poco a poco el búho se hacía más y más grande en los binoculares lo que significaba

que estaba acercándose rápidamente.

Luca pensó recibirlo con algún regalo pero no tenía ni idea qué se le puede regalar a un búho.

— ¿Qué le daré? pensaba Luca, quizá un pastel… no de ninguna manera los búhos no comen pan ¿o sí?... tal vez un buen libro como el que Mateo me trajo hace unos días de la tienda de abajo, era un libro muy bueno, eso podría ser, o… ¡ya sé! exclamó feliz al tiempo que tomó su varita mágica y su sombrero de copa y dijo las palabras mágicas: Sividi – ñi – ñi!!!

Acto seguido apareció frente al iglú a tan solo unos metros de distancia una gran caja envuelta con un papel de regalo rojo casi tan brillante como el sol y un moño azul del mismito color del cielo. Luca permaneció escondido dentro del iglú y justo en ese preciso momento el búho gigantesco y con lentes obscuros hacía un aterrizaje forzoso dando tumbos por toda la montaña.

— Auch, auch, dijo el búho mientras aterrizaba en etapas.

Un poco aturdido por el aterrizaje tan malo que había hecho y después de quitarse casi una tonelada de nieve que le había entrado en las orejas, el búho se sacudió todito para quedar seco y sin nada de nieve encima. Luca reía en silencio dentro del iglú al ver cómo el búho ese grandísimo y con lentes obscuros se sacudía como un perrito cuando sale de bañarse y quiere mojar a todos los que están afuera del agua.

El búho vio la enorme caja envuelta en papel rojo brillantísimo y con un enorme moño azul.

— Y, ¿esto? ¿qué será? ¿para quién podrá ser tan bonita caja? –se preguntó el búho en voz alta pensando que no habría nadie alrededor.

El búho miraba con extrañeza la caja aquella y Luca, que estaba viéndolo todo desde dentro del iglú estaba ya de lo más

desesperado por que el búho no se percataba que el regalo tenía una tarjeta que decía: Para: el búho, De: Luca, el dueño de la montaña.

El búho giraba con pasos rápidos alrededor de la caja roja. Daba unos saltos enormes sobre ella, la olía y la observaba con detenimiento pero no encontraba la tarjeta que decía que el regalo era precisamente para él.

— ¿Qué será esto tan rojo y tan brillante?, ¿qué será?

Luca estaba desesperado y se mordía el labio de abajo para no gritarle al búho que la caja tenía una tarjeta.

— ¿Qué será? ¿qué será? –seguía preguntándose el búho café con lentes obscuros.

Luca estaba cada vez más desesperado. Ya no podía más. Seguía mordiéndose el labio de abajo, hasta que no pudo aguantar más y gritó:

— Tiene una tarjeta, ¡léela!

El búho sorprendidísimo se escondió detrás de un árbol y se asomó con algo de miedo y asombro, pero sobre todo miedo.

— ¿Quién anda ahí? –preguntó atemorizado.

Luca no podía creer lo que había hecho. Mira que arruinarle la sorpresa al búho. Ni modo así es la vida, Luca no se había podido aguantar las ganas de decirle al búho que el regalo tenía una tarjeta y que la tarjeta decía claramente que aquella caja era para él. Seguramente los lentes obscuros le impedían ver bien. ¿Por qué no se los quitaba?

— No te espantes búho. Soy Luca el dueño de esta montaña, –dijo mientras salía lentamente de su escondite–. No te asustes quiero ser tu amigo –le dijo con tono cortés.

El búho, desconfiado se quedó detrás del árbol y desde ahí dijo:

— Así que tú eres el dueño de esta montaña ¿no?

— Ese soy yo, me llamo Luca –le repitió.

— Y… qué haces ahí escondido en esa casita de hielo tan rara ¿eh? –preguntó desafiante el búho.

— Iglú se llama iglú, –dijo Luca con paciencia.

— ¿Iglú? ¿no que te llamabas Luca? yo ya no entiendo nada, –dijo con enfado el confundido pajarraco.

— Iglú es la casita, yo soy Luca, –dijo el pequeño divertido por la confusión del búho.

— ¡Ah, ya veo! Pues da igual ¿qué haces escondido dentro del iglú ese?

— Pues es que no quería asustarte y…

– Pues vaya sustazo que me diste al gritarme no se qué cosa sobre una tarjeta, –interrumpió enojado el búho.

— Ya sé, –dijo Luca un poco apenado–. Perdóname ¿sí? no quise asustarte.

El búho asomó la cabeza para poder ver con mayor claridad a Luca y se quedó mirándolo por unos segundos.

— Y ¿tú sabes entonces para quién es ese regalo tan bonito y tan rojo que está ahí? –preguntó el pájaro.

— Pues no estoy seguro, –dijo Luca para hacer la cosa más interesante– … pero ahí tiene una tarjeta ¿no la viste?

— Que tarjeta ni qué ocho cuartos –dijo el pajarraco.

— Mírala, –dijo Luca mientras se acercaba a la caja y señalaba la tarjeta blanca que estaba junto al moño gigante.

El búho salió de su escondite como queriendo mostrarle a Luca que ahí no había ninguna tarjeta blanca.

— Que te digo que no hay ninguna…

El búho tuvo que detenerse de golpe porque aquella tarjeta era

enorme y tan blanca como la nieve.

— Je, je, –rió apenado el pajarraco–. Es que estos lentes son tan oscuros que a veces no veo muy bien, je, je.

— Ya veo –dijo Luca burlándose un poco de su nuevo amigo– eso veo, –repitió.

— Bueno, bueno, pero tú entenderás que como vuelo tan cerquita del sol pues necesito una buena protección para los ojos. O a poco tú nunca has visto directamente al sol… ¿verdad que deslumbra muchísimo? –preguntó el búho.

— Sí, sí. Eso que ni qué, –dijo Luca con autoridad.

El búho se terminó de acercar a donde estaba Luca y le extendió una de sus bonitas y enormes alas, la derecha, la que no es la del reloj y dijo:

— Soy Gufo.

— ¿Gufo? –preguntó sorprendido Luca–, ¿así te llamas?

— Sí, sí. Gufo. El búho mágico.

Luca abrió los ojos como platos de sopa.

— ¿De verdad eres un búho mágico?, –preguntó sorprendidísimo.

— Búho y mágico, sí señor –sentenció con seguridad Gufo.

— Uy pero qué bien. Seguro que seremos grandes amigos. Yo también soy mago, –le dijo Luca sintiéndose orgulloso.

— Mira nada más que buena suerte la mía venir a hacerme amigo de un mago que además es dueño de la montaña en la que he construido mi nido… espero que no te importe. ¿No te importa verdad?

— No hombre de ninguna manera. Al contrario. Me alegra mucho saber que tengo un vecino, con un nombre tan chistoso y que además es un mago como yo. Bienvenido.

— Gracias, gracias Luca.

Con el gusto de haberse conocido a los dos se les había olvidado la brillantísima caja roja.

— Ah mira. Esto es para ti, –dijo Luca al tiempo que arrancaba la tarjeta de la caja.

— Para: el búho, De: Luca, el dueño de la montaña leyó Gufo. ¿Para mí? –preguntó con asombro y gratitud.

— Si para ti, reiteró Luca.

Gufo estaba ansioso por abrir aquel regalo. Luca también tenía muchas ganas de ver qué es lo que había salido del sombrero de copa con su magia de hacía un rato. Sin embargo ambos tuvieron que esperar.

— Luca, Luca, ¿estás ahí dentro? –preguntó Lucrecia, la enfermera con el nombre más raro y feo de todo el mundo, desde fuera de la montaña–. ¿Estás despierto? –Insistió la inoportuna enfermera.

— Aquí estoy –dijo Luca un poco enfadado. Pero estoy ocupado, –sentenció.

— Pues ocupado o no es tiempo de tus pastillas Luca, –dijo con cariño la enfermera que – ni modo – tenía que hacer su trabajo–. Sal un minutito por favor, –dijo nuevamente.

— Voy, ya voy, –dijo Luca con paciencia pues sabía que tenía que tomarse las pastillas que le mandaban los doctores justo a la hora que se las daban ni un minuto antes ni uno después.

Luca salió de la montaña y miró a Lucrecia.

— Ya vine, –dijo Luca mientras salía.

— Eso veo, –dijo la enfermera–. Y ¿qué tanto haces ahí dentro, eh? –preguntó al tiempo que le daba un vasito de papel muy pequeño que contenía unas pastillas y otro un poco más grande que tenía agua.

— Pues… nada, –dijo Luca cuidadoso de que Lucrecia no se asomara a su guarida y espantara a Gufo–. Nada solo estaba descansando, dijo.

Luca sabía que entre más pronto se tomara las medicinas mas pronto podría regresar a platicar con Gufo, así que aprisa pero con mucho cuidado se tomó sus pastillas y se las pasó con un poco de agua.

— Ya, –dijo orgulloso Luca mientras le enseñaba a Lucrecia con la boca bien abierta que se había pasado todas las pastillas.

— Muy bien mi niño, –dijo cariñosa Lucrecia que aunque tenía el nombre más raro y más feo de todo el mundo y era super estricta, también era muy buena gente–. Muy bien. Ahora de regreso a tu montaña ¿verdad?

— Sí, sí, de regreso. Luego nos vemos ¿ok?

— Ya, ya. Luego nos vemos –dijo Lucrecia–. Hasta mañana Luca.

— Hasta mañana, –dijo el niño al tiempo que regresaba a su guarida para reencontrarse con su nuevo amigo Gufo.

— ¿Y mi beso? –dijo de repente Ana la mamá de Luca que estaba sentada en el sillón del fondo viendo un programa en la tele.

— Pues ven y te lo doy Ma, –dijo Luca apresurado pero la verdad con muchas ganas de darle un beso y un abrazo a su mamá.

— Pues ahí te voy, –dijo Ana con mucho cariño y se apresuró a saltar sobre la montaña de Luca–, ahí te voy –repitió.

Luca reía mucho cuando su mamá saltaba desde el sillón hasta su montaña. Era muy graciosa. Luca tenía mucha suerte pues su mamá lo quería muchísimo, también su papá Miguel, Mateo su hermanito y Ximena su prima mas consentida de

todo el universo.

Muac, muac, muac, sonaban los besos de Ana sobre los cachetes y la frente de Luca.

— Ya, ya –se quejaba Luca jugando–. Ya que tengo que regresar a la montaña. Es importante, –dijo con autoridad.

— Bueno, bueno, pues si es tan importante yo me regreso a ver la tele, –dijo Ana divertida.

— Bueno, –dijo Luca.

— Pero antes, –interrumpió Ana– … la Bendición

Ana siempre le daba una bendición a Luca antes de que éste se fuera a dormir y como veía que esa noche Luca tenía una tarea muy importante dentro de la montaña pues Ana que era muy lista decidió darle la Bendición de una vez.

¡Muac!, sonó un último beso de Ana sobre la frente de Luca, después de la Bendición.

— Ahora sí puedes regresar a tu montaña hijo, –dijo Ana con muchísimo cariño.

— Gracias Ma, –dijo Luca apresurándose a entrar nuevamente a su guarida–. Gracias –repitió ya desde lejos.

De regreso en el iglú Luca se encontró con que ya no estaba ni su amigo Gufo ni la caja ni la tarjeta, pero recargada sobre la pared del iglú había una carta.

> Montaña de Luca, 3 de febrero del 2008
>
> Querido Luca,
>
> Muchas gracias por tan sabrosa bienvenida. Me da mucho gusto vivir en tu montaña y saber que eres tan buena gente.
>
> Te agradezco mucho por el regalo que me diste. Mañana te prometo que lo traeré para que lo veas. Es de lo más útil. Nunca me habían dado un regalo tan útil como el que me

diste. Muchas gracias.

Ahora, tengo que regresar a mi nido porque no lo he terminado de construir y no quisiera que llegara la noche y yo no lo hubiera terminado. Estaré pensando en ti y rezaré para que duermas muy bien esta noche.

Con cariño.

Tu amigo Gufo.

Luca sonrió satisfecho y contento. Luego se dio cuenta que tenía mucha curiosidad por saber qué había en aquella caja roja brillante con un gran moño azul. Y es que cuando uno sacaba un regalo del sombrero de copa y éste venía ya envuelto pues no se podía ver hasta que el dueño del regalo lo abriera, ni siquiera el mago que lo había traído con su magia. Eso era muy divertido pues así el regalo era una sorpresa tanto para quien lo recibía como para quien lo daba. Eso de ser mago era genial. Siempre había sorpresas para todos.

Ni modo, pensó Luca. Tendré que esperar hasta mañana para ver el contenido de aquél regalo.

Luca se recostó sobre la ladera de la montaña y empezó a pensar en el regalo.

— ¿Qué podrá ser? ¿será un libro? a lo mejor son unos lentes nuevos, o ¿serán unos zapatos?

Poco a poco mientras Luca pensaba en el contenido de aquella caja se iba quedando dormido.

— Qué bonita nota de agradecimiento me escribió Gufo, pensó…. ¿nota de agradecimiento?... ¡¿nota de agradecimiento?!

A Luca se le espantó el sueño de inmediato. Había olvidado por completo la nota de agradecimiento que tenía que escribir para Pablo-papá por el fantástico viaje en cohete que le había

dado a él y a Pablo chico esa mañana en el que habían recorrido el pasillo en tan sólo unos segundos.

De inmediato prendió su linterna y sacó papel y lápiz. Era importante escribir la nota y Luca había aprendido que las cosas importantes se deben de hacer en el momento en que uno lo decide y ni un poco después. Pues por eso son importantes.

> Querido Pablo papá,
>
> Hoy me la pasé súper cuando nos llevaste hasta el infinito en el cohete. La verdad es que nunca había viajado a una velocidad tan impresionante. Me gustó mucho el viaje. También me gustó mucho que pude viajar con Pablo chico, que como sabes es mi mejor amigo de todo el mundo mundial. Gracias.
>
> Te quiero mucho.
>
> Luca

Luca escribió una nota de agradecimiento magnífica. Era muy bueno para escribir. No era tan bueno para el colegio pero a escribir notas de agradecimiento nadie le ganaba.

El sueño empezó a vencer a Luca. Ese había sido un muy buen día. Primero el sensacional viaje en cohete. Luego el descubrimiento de Gufo, nada más y nada menos que un Búho mago que era su vecino pues vivía en su montaña. Qué día tan magnífico.

— Gracias Dios y buenas noches, –dijo Luca casi dormido.

— Buenas noches, –se imaginó Luca que le contestaba Dios–. Buenas noches mi niño, –creyó escuchar.

La montaña de Nicolás

Luca durmió muy bien esa noche. Hacía mucho que no tenía una noche tan buena. También Ana pudo dormir muy bien y descansar. Como habían dormido tan bien ni se dieron cuenta que despertaron mas tarde de lo normal. Eran casi las nueve de la mañana cuando abrió el ojo Luca. Ana seguía dormida en la cama de al lado.

Cuando despertó vio que Javier, el enfermero mas buena gente de por ahí, estaba dando unos pequeños golpecitos a una de las lagunas que colgaban en la parte más alta de la montaña. Él y Lucrecia además de otras enfermeras y algunas veces hasta los médicos se preocupaban siempre de que aquellas lagunas, que contenían el agua mágica y que desembocaban en larguísimos ríos de plástico, siempre tuvieran agua. Eso era muy importante.

Al ver que Luca abría los ojos, Javier le sonrió y le dijo:

— Ya era hora campeón.

Luca se rió un poco al ver a Javier y le preguntó:

— ¿Qué hora es?

— Ya son más de las nueve. Dormiste mucho ¿eh? –dijo Javier divertido.

— Y muy bien, –dijo Luca satisfecho–, pero no hagamos mucho ruido no ves que mi Ma no se ha despertado todavía.

— Si, si en silencio. De hecho yo me voy un rato y luego regreso. ¿Tú estás bien? ¿no necesitas nada?

— Nada Javier muchas gracias.

Javier estaba a punto de salir del cuarto donde estaba la montaña de Luca cuando éste cambió de opinión.

— Oye Javier pensándolo bien ¿tú crees que me puedas conseguir una rama de un árbol?

— ¿Una qué? –preguntó el enfermero más buena gente de por ahí muy sorprendido– ¿una rama? –repitió.

— Sí, sí, una rama. No tiene que ser muy grande –dijo Luca sabiendo que con magia podría quedar del tamaño que él quisiera dentro de su montaña.

— ¿Y para qué quieres una rama? –siguió intrigado Javier.

— Pues es para un amigo, –dijo el pequeño mago– pero… pues es que es un secreto. ¿Tú puedes guardarme el secreto si te lo digo? –preguntó con mucha curiosidad Luca.

— Claro que puedo. Para eso somos amigos ¿no?, –le dijo con toda seguridad el enfermero Javier.

— Sí eso mismo digo yo. Para eso somos amigos. Bueno pues te cuento.

Luca le contó a Javier con todo detalle cómo fue que en su montaña el día anterior había aparecido un enorme nido y que luego había descubierto que pertenecía a Gufo el búho. También le contó del regalo y de la nota de agradecimiento que Gufo le había escrito la noche anterior.

— Oye pues a mí también me gustaría mucho conocer al Búho Gufo. ¿Dices que es un mago como tú verdad?

— Eso mismo. Un mago como yo, –rió divertido Luca, contento de que Javier aunque era grande nunca dudaba ni de la magia ni de las cosas que le contaba Luca. –Pues yo le pregunto a ver si Gufo también te quiere conocer a ti ¿está bien?

— Bueno pues eso me parece justo. Que el búho decida.

— Y bueno ¿me conseguirás mi rama? –preguntó intrigado el mago Luca.

— Bueno pero sólo podré traer una pequeñita ¿sí? –dijo

Javier.

— ¡Gracias! gritó Luca con muchísimo entusiasmo olvidando que Ana su mamá estaba todavía dormida en la cama de al lado.

— ¿Qué? ¿quién? –dijo Ana que se despertó con aquél grito tan entusiasmado.

— Nada, nada mamita, –dijo Luca–. Vuélvete a dormir. Todo está bien, –dijo arrepentido por haber despertado a su Ma.

— ¿Qué hora es? –preguntó Ana todavía confundida por el sueño.

— Son casi las nueve y media, –dijo discretamente Javier que se encontraba todavía ahí.

— Ay mi madre. Las nueve y media, –repitió Ana–. Es tardísimo. Ay Javi cómo no me despertaste.

Luca reía divertido al ver que su mamá brincaba fuera de su cama con toda la cabeza despeinada.

— Ay pero que tarde, –repetía Ana quien se apresuraba hacia el baño para darse un regaderazo–. Qué tarde mi madre, –repetía sin parar.

Luca la veía divertido al tiempo que Javier salía de la habitación cerrándole un ojo como para que el pequeño mago entendiera que en un rato le llevaría una rama para Gufo, el búho mágico que vivía en su montaña. El pequeño Luca le cerró también un ojo haciéndole entender que estaban ya de acuerdo.

— Le pregunto a Gufo si te quiere conocer ¿vale? –alcanzó todavía a decirle Luca a Javier el enfermero más buena gente de por ahí.

De inmediato Luca se metió a su montaña. Era un día especialmente bonito y Luca se sentía muy bien pues había

dormido hasta tarde y ni cuenta se había dado cuando lo despertó la enfermera de la noche para darle sus medicinas.

Ese sería un día importantísimo para Luca el pequeño mago, pues descubriría qué contenía aquella caja roja súper brillante con un moño azul que el día anterior le había regalado mágicamente al búho Gufo.

Ya dentro de la montaña, Luca miró hacia la cima para ver si podía ver ahí a Gufo. Como a simple vista no podía, sacó su sombrero de copa y su varita y dijo como siempre las fantásticas palabras mágicas que solo él conocía:

— Sividi, ñi – ñi!!!

De inmediato, como era costumbre, aparecieron dentro del sombrero unos binoculares mágicos. Con ellos Luca pudo ver el nido casi como si estuviera en la mismísima cima de su montaña. No parecía haber nadie ahí. Luca se quedó pensativo y tomando de nuevo su varita repitió una vez más:

— Sividi, ñi – ñi!!!

Esta vez, lo que apareció dentro del sombrero fue un teléfono y un directorio telefónico. El teléfono era muy ligero y muy bonito y el directorio telefónico era muy pesado. A Luca le costó un poco de trabajo sacarlo del sombrero. Cuando finalmente lo tuvo entre las manos buscó en la letra G:

— Gabriel, Gabriela, Gervasio, Germán, Godofredo, Gordo, Gualberto, Guanábana… Gufo!!!, aquí está, exclamó. 5580-0808 marcó de inmediato.

El teléfono daba tono, sonaba y sonaba pero nadie lo contestaba. Finalmente Luca escuchó una voz que decía:

— Está usted llamando al 5580-0808 este es el nido de Gufo; en este momento no me encuentro aquí; por favor deje su mensaje después de la señal.

— Uff pensó Luca. La grabadora

Piiiiiiiiii, chilló la grabadora indicándole a Luca que tenía que dejar un mensaje.

— ¿Hola? hola Gufo soy Luca tu vecino. Te estoy buscando porque quiero saludarte y verte. Espero que estés bien. Nos vemos luego, terminó.

Luca se decepcionó un poco por no haber encontrado a su amigo pero pensó lo que siempre le decía su papá Miguel, que a veces en la vida no todo nos sale como nosotros queremos y que es necesario tener paciencia y dejar de preocuparnos por las cosas que no nos salieron. Así que con renovado entusiasmo salió de su montaña y se asomó para ver si Ana su mamá, ya había salido del baño.

Justo en ese mismo momento entró al cuarto Miguel el papá de Luca, con Mateo su hermanito.

Como Mateo y Luca se querían mucho siempre se saludaban con mucho cariño, porque los hermanos aunque a veces se pelean por tonterías siempre se quieren bien. Mateo saltó con entusiasmo por toda la cama de Luca saludándolo y gritando quién sabe qué bobadas. Luca reía divertido al ver a su hermanito como un loquito brincando por toda la cama.

— Ya, ya Mateo, –reclamaba Miguel al tiempo de que sostenía al pequeño Mateo por los hombros–. Deja de saltar como un chapulín que te vas a caer de la cama o le vas a pegar a tu hermano.

Mateo al darse cuenta que no podría seguir gritando y saltando sobre la cama de Luca se tumbó junto a su hermano y le dijo: ¿me dejas entrar hoy un rato a tu montaña hermano?

— Claro Mateo. Y ya verás todas las cosas nuevas que han pasado en la montaña. No lo vas a poder creer, –dijo Luca sabiendo que a su hermano también le entusiasmaba muchísimo poder entrar en la montaña.

— ¿Y yo no puedo saber lo que ha pasado en la montaña? –preguntó Miguel dando un abrazo fuerte y un beso bien tronado a Luca.

— Lo vamos a pensar, –dijo Luca. Luego giró a donde estaba su hermanito y le preguntó– ¿o tú qué dices? le platicamos.

Mateo que siempre le seguía la corriente a su hermano dijo:

— Pues mejor me platicas a mi primero y luego le contamos a Pa ¿ok?

Ambos niños rieron mucho. Miguel también.

Ana salió del baño todavía apresurada.

— Ay mi madre que tarde se me hizo. Mira nomás son más de las diez de la mañana.

— Buenos días, –dijo Miguel de un modo en que Ana se diera cuenta de que ni los había saludado a él y a Mateo.

— Ay buenos días mi amor. Perdón es que ya ves lo tarde que es. Y ¿ese changuito que está en la cama junto a Luca? ¿quién es? –dijo para hacerse la graciosa con Mateo.

— No soy ningún chango, –dijo Mateo haciéndose el ofendido y saltó de la cama para colgarse del cuello de su mamá y darle un beso tronador–. Hola Ma, le dijo.

Luca veía todo esto muy divertido y pensaba, que aunque muchas veces sus papás se peleaban y él también peleaba un poco con Mateo la verdad era que tenía muchísima suerte porque su papá Miguel, su mamá Ana y su hermanito Mateo lo querían muchísimo y trataban de acompañarlo, ahora que tenía que vivir en la montaña que se encontraba dentro de ese hospital.

Ana se acercó a la cama y le dio un beso a Luca.

— Nos vemos en la tarde mi amor. Me voy a mis clases ¿ok?

— Si Ma está bien. Nos vemos en la tarde.

Ana tomaba unas clases que le gustaban mucho. Al principio cuando Luca se enfermó había decidido dejar sus clases porque decía que no quería estar ni un minuto lejos de Luca. A él esto le había parecido muy bien pues su Ma estaría junto a su cama, digo… a su montaña, todos los días pero luego Miguel lo hizo reflexionar un poco y al final Luca cambió de opinión.

— A tu Ma le da mucha tristeza haber dejado sus clases Luca, –le dijo su papá un día.

— Si. Ya lo sé. La veo un poco cansada de estar aquí todo el día, –respondió Luca.

— Yo creo que tú le deberías decir que estaría bien que regrese a sus clases ¿no? ¿tú cómo lo ves?

— ¿Tú crees que sea buena idea que yo se le diga?, –preguntó Luca.

— Sí, sí. Acuérdate que dejó las clases por que te quiere mucho y no quiere separarse ni un minuto de ti pero segurito que va a estar más contenta si tiene un poco de tiempo libre para poder tomar sus clases. ¿Qué dices?

— Creo que tienes razón, –dijo Luca porque era un niño de lo más sensato–. Es bueno que mi Ma tome esas clases que le gustan tanto. Se lo voy a decir.

— Qué bueno hijo. Ya verás que le va a dar mucho gusto. Y acuérdate que cuando ella esté en sus clases yo estaré aquí contigo acompañándote y si por algo yo no puedo pues estará aquí tu primaza consentida Ximena.

Esa misma tarde Luca habló muy serio con su mamá.

— Mira Ma yo sé que tú quieres estar conmigo ahora que estoy enfermo y que ya no vas a tus clases como antes. Y yo te quiero dar las gracias por que sé que me quieres mucho pero también creo que estaría muy bien que tú pudieras seguir

yendo a tomar tus clases por que te gustan muchísimo. Así todos vamos a estar contentos ¿no crees?

Ana que era rete chillona se puso a llorar mucho de alegría. Eran lágrimas de cariño porque ella quería muchísimo a Luca y a Miguel, ¡ah! y también a Mateo. A Ana le daba mucho gusto que Luca le pidiera que regresara a sus clases porque ella en el fondo sabía que era muy importante seguir adelante con la vida, aún a pesar de que Luca estuviera enfermo. Siempre era bueno que la gente siguiera con sus cosas y pudiera descansar de la mente.

— Gracias mi niño. Gracias porque sé que tú también me quieres mucho a mí y que si quieres que regrese a mis clases es porque sabes que son importantes para mí. Gracias mi amor, –le dijo Ana a Luca al tiempo que le plantaba tremendo beso en la frente.

Miguel y Mateo veían desde lejos a Ana y a Luca platicando y Miguel, que también era un poco chillón no pudo evitar llorar de alegría un poco. Mateo cuando se dio cuenta que su Pa estaba llorando lo abrazó tan fuerte como pudo.

La familia de Luca, era una familia feliz a pesar de que Luca tenía leucemia, que es una enfermedad.

Ana se fue a sus clases y Miguel conectó su computadora en la mesita del fondo porque tenía que hacer unas cosas del trabajo. Como Miguel trabajaba por su cuenta podía pasar algunas horas al día con Luca quien sabía que era muy afortunado porque veía que los papás y las mamás de muchos otros niños en el hospital que trabajaban en alguna oficina, no podían venir tantas horas.

Miguel se puso a trabajar duro en su computadora porque era muy responsable y quería darles un buen ejemplo a sus hijos. Esa era la oportunidad de oro para Mateo y Luca de entrar en la montaña y buscar a Gufo.

En tan solo unos minutos Luca le contó a Mateo todo sobre Gufo, los binoculares mágicos, el nido, la nota de agradecimiento y el misterioso regalo rojo brillante y con un moño azul.

Mateo abría los ojos como platos de sopa. Estaba entusiasmado por la idea de conocer a Gufo y le había sugerido a Luca que subieran los dos hasta donde estaba el nido para buscar al búho mágico.

— No Mateo, –le dijo Luca a su hermanito.– Pero ¿cómo crees que vamos a ir al nido de Gufo sin que nos invite? No, de ninguna manera, –dijo con autoridad, porque él era el hermano mayor y a los hermanos mayores les toca a veces corregir a sus hermanitos.

— Ándale Luca solo subimos rápido vemos el nido y ya, –insistió Mateo.

— No, no. Ya he dicho que sin invitación no vamos.

La discusión se detuvo de inmediato cuando Gufo apareció volando altísimo sobre los dos niños.

— Mira, –dijo Luca que ya había visto a su amigo volador–. Ahí está Gufo.

— ¿Dónde? –preguntó Mateo.

— Ahí míralo cerca de esa nube en forma de tren. ¿Ya lo viste hermano?

— Ah sí, –dijo Mateo súper entusiasmado–. Es muy bonito y muy grande ¿eh?

— Sí. Te lo dije, te lo dije, –gritó con entusiasmo Luca.

Gufo comenzó a volar en círculos por encima de ambos niños que daban saltos de alegría por ver al enorme búho. Con cada giro el bueno de Gufo se acercaba más y más hasta que Luca y Mateo pensaron que podrían tocarlo.

Justo en ese momento Gufo soltó un sobre dorado que traía en una de sus patas. El sobre cayó justo en medio de los dos hermanos.

— Mira Luca. Un sobre. Seguro es una nota, –dijo todo entusiasmado Mateo

— Vamos a ver qué dice.

— Léela, léela, –gritaba Mateo que como era muy pequeño todavía no sabía leer–. Léela.

— Espera, espera. Ten paciencia, –dijo el hermano mayor–. Ten paciencia, repitió.

Luca tomó aquél sobre dorado y de inmediato se dio cuenta que no era un sobre normal. Era un sobre mágico.

Luca corrió al iglú en el que había dejado su sombrero y su varita mágica y los tomó. Estaba a punto de decir las palabras mágicas pero dejó que su hermano lo intentara porque sabía cuánto le gustaba a Mateo decir esas palabras mágicas.

— A ver Mateo yo muevo la varita y tú dices las palabras mágicas, ¿ok?

— Claro, –dijo Mateo contentísimo–. Yo las diré.

— Bueno ahí vamos. Acuérdate que dirás las palabras mágicas para abrir este sobre tan especial que nos ha enviado Gufo. Ahí vamos una, dos… tres

— Sividi, ñi – ñi!!!, dijo con fuerza y claridad Mateo.

Como por arte de magia, o sea como debe ser cuando el hermanito menor de un mago dice las palabras mágicas mientras éste mueve la varita mágica, el sobre se puso en pie y empezó a bailar al ritmo de una música muy bonita, mágica por supuesto, que surgía de atrás de los árboles.

El sobre bailó y bailó para entretener a los niños hasta que voló muy lentamente y se posó sobre la mano extendida del

mago Luca. Ahí se abrió poco a poco y se transformó en una hoja de papel dorada con blanco muy bonita. La hoja estaba llena de letras que Mateo no podía entender pero Luca sí.

Queridos Luca y Mateo,

– Pero ¿cómo? –gritó Mateo–. A poco ya me conoce Gufo.

– ¡Pues claro!, –respondió Luca–. ¿Pues qué no te acuerdas que es un búho mágico? ¡Ay hermano! Pero ya silencio, no me interrumpas que tengo que leer toda la nota de Gufo.

Queridos Luca y Mateo,

Tengo el enorme honor de invitarlos a los dos a que conozcan mi casa. Los espero en la puerta de mi nido a las 11 en punto de la mañana. No lleguen tarde.

Con cariño.

Su amigo Gufo.

Luca no lo podía creer. Estaba súper contento. Esa era la invitación que necesitaba para poder conocer el nido que había construido aquél búho mágico en la cima de su montaña. ¡Qué bueno!, pensó, ahora sí podré subir hasta allá y conocer la casa de Gufo, segurito que tendrá muchas varitas mágicas y sombreros y a lo mejor hasta me presta algunos.

Mateo también estaba muy feliz.

— ¿Ya es hora? –preguntaba insistente el hermanito menor de Luca. ¿Ya podemos subir al nido de Gufo?–

— Paciencia, paciencia, –decía Luca que era muy sensato–. Déjame salir un poco y preguntarle a mi Pa qué hora es.

— Sal, sal, –lo apuraba Mateo que era mucho más desesperado y poco paciente que su hermano–. Sal, insistía.

Luca sacó la cabeza desde dentro de su montaña y vio que su papá trabajaba arduamente en su computadora.

— Pa, –dijo Luca.

— Dime hijo ¿qué se te ofrece? ¿estás bien?

— Sí, sí, muy bien. Oye pero ¿me puedes decir la hora?

— Si claro, –dijo el padre mientras veía atento el reloj que traía en el brazo izquierdo–. Faltan cinco minutos para las once de la mañana.

— Cinco para las once, –gritó Luca–. Cinco minutos y serán las once, –repitió.

Desde la montaña se oían los gritos de entusiasmo de Mateo.

— Apúrate Luca, –gritaba Mateo–, apúrate hermano.

Ambos niños empezaron a trepar hacia la cima de la montaña. Era un viaje largo y arduo pero como Luca era mago y Mateo pesaba poco era posible hacerlo en cuatro minutos y medio. Era el tiempo justo para llegar a las once de la mañana en punto como pedía la invitación, a la puerta principal del enorme nido de Gufo.

Justo a la hora correcta, como debe ser, Luca y Mateo llegaron a la puerta principal del nido de Gufo.

Aquello no era un nido como el que uno se imagina. No. Era claro que ese era el nido de un búho mágico pues aunque estaba todo hecho de ramitas de árbol, hojas, lodo y pastito, ese nido era casi, casi como un castillo gigantesco. Tenía tres pisos enormes, puertas, ventanas y un techo muy bonito hecho con un poco de lodo y paja.

Al verlo, Mateo y Luca se llenaron de emoción y de sorpresa, y Luca de inmediato pensó en que al día siguiente le insistiría a Javier que le llevara una ramita para poder cooperar en aquella obra arquitectónica tan genial. Así un poquito de él podía quedar siempre presente en el maravilloso nido de Gufo, aunque como Miguel el papá de Luca siempre decía, lo importante no es que la gente nos recuerde por las cosas que

les dimos, sino por el cariño que les demostramos y la generosidad con la que los tratamos. Aún así a Luca le gustaba mucho la idea de poder cooperar al menos con una ramita para el nido de Gufo.

Como por arte de magia, o sea, como debe de ser cuando uno es amigo de un búho mágico, apareció Gufo. Esta vez no llevaba puestos los lentes obscuros. Estaba vestido muy elegante con sombrero de copa muy parecido al de Luca, quien por supuesto también lo llevaba puesto, una capa genial y un saco muy bonito con corbata y todo. Mateo no podía creer lo grande y elegante que era aquél búho.

De inmediato Luca se acercó para saludar al búho y presentar formalmente a su hermano Mateo aunque sabía perfectamente que el búho mágico ya conocía, aunque de lejos, a su hermanito menor.

— Antes que nada gracias por la invitación Gufo, –dijo Luca muy educado, porque era un niño muy sensato.

— No tienes que agradecerme, –replicó Gufo–, al contrario es un gusto enorme para mí poder recibirlos en mi casa.

— Mira Gufo te presento a mi hermanito. Se llama Mateo y aunque a veces nos peleamos un poco por tonterías, somos muy buenos amigos y nos ayudamos en todo. También la verdad es que nos queremos mucho.

Mateo se acercó un poco temeroso porque aquél búho era enorme. Como Gufo era muy listo de inmediato se dio cuenta que su gran tamaño intimidaba un poco al pequeño hermanito de Luca así que con un grandioso truco de magia, Gufo se encogió para quedar del tamaño de un pequeño periquito.

Luca y Mateo abrieron al mismo tiempo los ojos como platos de sopa. Aquello no era un truco cualquiera. Encogerse era uno de los trucos más difíciles que un mago podría hacer. Eso

lo sabía bien Luca. Ambos niños aplaudieron mucho y rieron. Mateo le agradeció de inmediato a Gufo y lo invitó a que se posara sobre su hombro derecho para que los tres pudieran platicar más a gusto.

— ¿Qué les parece si pasamos a la biblioteca? –preguntó Gufo.

— ¿De verdad tu nido tiene una biblioteca? –dijo Luca muy sorprendido.

— Claro ya la verás, –respondió el búho que ahora era un búho mágico pero enano.

— ¿Qué es una *bilioteca*? –preguntó Mateo entre dientes para que no lo escuchara el búho.

— Biblioteca –corrigió Luca–, *bibbbbbblioteca*, –insistió–. Es donde se guardan libros, –dijo el hermano mayor con una sonrisa.

Para llegar a la biblioteca los tres amigos tuvieron que cruzar pasillos, salones, subir y bajar escaleras, otros salones, más pasillos. Aquello era enorme. ¿Quién iba a pensar que en tan solo unas horas, aquel búho podía haber construido semejante castillo de ramitas, hierba, lodo, paja y pastito. Era genial. Finalmente llegaron los tres un poco cansados, a la gigantesca biblioteca.

Mateo no podía creer lo que veían sus ojos. La biblioteca de Gufo era un cuarto grandísimo casi del tamaño de un estadio de fútbol. Por todos lados había libros. Libros, libros y más libros. Esa biblioteca tendría literalmente miles de libros de todos colores.

— Qué rico huele la “bilioteca”, –dijo Mateo equivocándose nuevamente.

— Ay hermano. Pero ¿cómo se te ocurre decir eso? –reclamó Luca.

— Bueno pues es que me gusta como huelen los libros.

Gufo escuchaba divertido porque como él también tenía hermanos sabía que a veces uno se pelea con sus hermanos por tonterías.

Luca empezó a recorrer la biblioteca con mucho interés porque aunque no era muy bueno para el colegio nadie le ganaba ni dibujando ni escribiendo cartas y para poder escribir buenas cartas, Luca había aprendido que era muy necesario leer y para poder hacer los dibujos más bonitos, era también muy importante ver libros con ilustraciones bonitas como los que había en ese gigantesco lugar. En la biblioteca de Gufo Luca encontró miles hasta millones de libros de cuentos. Ahí estaban todos los cuentos que él conocía, todos los que Ana y Miguel, sus papás, le contaban justo antes de ir a dormir dentro de la montaña y muchísimos miles más.

Ese era uno de los mejores momentos del día para Luca cuando podía acurrucarse en la guarida tibia y segura que proporcionaba su montaña y Ana o Miguel y a veces los dos al mismo tiempo, le leían algún cuento bonito e interesante y le mostraban las ilustraciones que ayudaban siempre a Luca a entender mejor la historia.

A veces los dibujos de los cuentos eran muy parecidos a lo que Luca imaginaba, pero a veces no.

La biblioteca de Gufo era genial. De verdad había ahí millones de libros pero además, Luca encontró colocadas con mucho orden entre los estantes algunas fotografías. De inmediato pudo reconocer a Gufo cuando era sólo un niño como él. Se veía de lo más chistoso porque usaba unos lentes enormes, de esos que parecen fondos de botella y que hacen que los ojos se te vean grandísimos, como si usaras unas lupas en lugar de lentes para ver. Luca empezó a reír un poco.

Como Mateo veía que su hermano se reía se acercó para ver

qué le estaba provocando aquella risita. De inmediato Luca le mostró la foto a su hermano y éste de plano, soltó una carcajada tremenda. Es que Mateo no era tan sensato como su hermano porque era todavía muy pequeño.

Gufo notó de inmediato la carcajada de Mateo y se acercó para ver él también porque reían los niños. Acaso habrán encontrado un libro chistoso, pensó el búho. Cuál sería su sorpresa al ver que los pequeños se reían a sus costillas es decir, que les parecía muy graciosa la foto de cuando Gufo era un niño, quiero decir, un búho pequeño.

— Ah qué malos ¿se ríen de mi? –preguntó Gufo divertido y haciéndose el enojado.

— No, pues es que, nada, no… –decía nervioso Luca.

— Claro que nos reíamos de esa foto, –confesó Mateo que no era muy prudente porque aún era pequeño–. Pues ¿quién es ese búho tan chistoso que sale en la foto? –insistió.

Luca se puso de todos colores por la vergüenza.

— Ya Mateo, que no ves que ese es Gufo hace unos años, –le recriminó Luca a su hermano.

— ¿De verdad eres tú? –le preguntó al búho quien ya estaba otra vez sobre el hombro del niño–. Pero mira como eras feo y ahora eres un gran búho, –dijo de repente.

Gufo comenzó a reír abiertamente. También Luca quien al ver que Gufo no se había ofendido con las imprudencias de su hermanito, entendió que su amigo y vecino tenía un gran sentido del humor.

— Pues sí Mateo. Así de feo era. ¿Qué bueno que ya me compuse verdad? –le preguntó divertido.

— Sí, sí, –respondió Mateo–. Qué lentes más chistosos tenías ¿eh?

Todos rieron mucho. Gufo les mostró en la foto, que también aparecían ahí su papá y su mamá. Ella era una búha muy distinguida y guapa y su padre era un búho majestuoso. Ambos tenían cara de ser muy sabios y muy buenas gentes, digo búhos.

— Y este niño ¿quién es? –preguntó Mateo señalando otra foto en la que aparecía un niño como de la edad de Luca que curiosamente parecía vivir también en una montaña, muy parecida a la que tenía Luca. Una montaña mágica dentro de un hospital.

De inmediato Gufo sonrió y se puso pensativo.

— ¿Me dejas regresar a mi tamaño normal Mateo? es que esto de ser un búho tan pequeño es muy cansado, aunque no lo parezca. Además me gustaría contarles la historia de ese niño que ven en la foto y va a ser más fácil que me escuchen si estoy de mi tamaño y no tan pequeño como ahora, que siento que se me ahoga la voz.

— Claro Gufo,– respondió Mateo que aunque no era muy prudente si era muy generoso.

Gufo con su magia regresó a su tamaño normal o sea, casi del tamaño de Luca.

— Ah, qué rico es regresar al tamaño normal, –dijo Gufo satisfecho–. Bueno, bueno ¿quieren saber quién era este niño que sale en la foto? –les preguntó Gufo a ambos niños.

— Sí, sí, –respondieron los dos al mismo tiempo–. Cuéntanos Gufo, insistieron.

— Pues bueno les contaré.

Gufo invitó a los niños a que pasaran a la pequeña salita que había dentro de la biblioteca. Era de lo más bonita. Tenía tres sillones, uno para cada quién y una ventana enorme desde la cual se podía ver todo el valle, los iglúes y si uno se asomaba

bien podía ver al fondo a Miguel trabajando duro con su computadora.

Gufo se veía pensativo pero sonreía como si estuviera recordando una buena experiencia del pasado. Los tres se sentaron después de admirar la vista desde aquella ventana para que el búho, ya de tamaño normal, iniciara su relato.

— Ese niño se llamaba Nicolás, y era uno de mis mejores amigos de toda la vida. Como Luca, Nico, como le decíamos de cariño era un mago formidable y también vivía en una montaña muy parecida a esta. Yo fui su vecino y amigo por algún tiempo, y también construí un nido muy parecido a éste en su montaña.

— Y ¿era igual de bonito? porque éste me parece súper bonito, –interrumpió Mateo.

— Oye Mateo por favor, no seas desconsiderado ¿qué no ves que Gufo nos está contando la historia de su amigo Nico? por favor no interrumpas hermano,– reclamó Luca con la autoridad que da el ser el hermano mayor.

— Perdón, perdón, –comprendió Mateo.

— No se preocupen, –dijo Gufo–, que era un búho generoso y buen amigo.

— Bueno pero por favor sigue, –le dijo Luca.

— Sí, sí, ¿dónde me quedé? –preguntó el búho mientras se acomodaba el sombrero de copa y la corbata.

— Nos decías que habías construido también un nido enorme en la montaña de Nico, –dijo de inmediato Mateo quien estaba apenado por haber interrumpido al búho.

Gufo continuó su relato.

“Como les decía, Nico llegó a ser uno de mis mejores amigos. Era un niño muy bueno y muy sensato, y como tú Luca,

también tenía leucemia, que es una enfermedad. Nico era un mago sensacional y aprendió a hacer algunos de los trucos más geniales, incluso aprendió a encogerse como yo me encogí hace un rato".

Al escuchar eso, Luca abrió los ojos como platos y pensó que quizá el también podría aprender a encogerse, lo cuál sería de lo más útil cuando no quisiera que nadie lo encontrara dentro de su montaña. Podría hacerse muy pequeñito y meterse en uno de los iglúes cuando hiciera falta. Primero practicaré encogiendo a mi hermanito Mateo, pensaba divertido Luca mientras escuchaba aquella historia maravillosa de Nico y su nuevo amigazo Gufo.

"Con el tiempo Nico llegó a ser mejor mago que yo y eso que yo era su maestro, pero como Nicolás practicaba tanto y era tan aplicado para repetir los trucos de magia llegó a superarme, y es que es muy importante que todos los aprendices de mago sepan que para ser buenísimo en esto de la magia, pues es necesario perseverar, practicar y no desesperarse pues esa es la única manera de llegar a ser un mago de primera, como lo era mi amigo Nico.

Un día, Nico que estaba muy cansado por la enfermedad y por tanta medicina, me dijo que me iba a enseñar un truco maravilloso. Y yo ahora les confieso a ustedes, que en verdad el truco es maravilloso y que aún hoy día, lo uso muchísimo. Es un truco Luca, que tú también tienes que aprender para enseñárselo a tu mamá, a tu papá, a Ximena, tu prima consentida, a Pablo, tu mejor amigo de todo el mundo y por supuesto a tu hermanito Mateo".

Mateo estaba desesperado por saber cuál era el truco.

— Dinos, dinos ya, ¿cómo era el truco ese maravilloso de tu amigo Nico?, –dijo al tiempo que se ponía todo colorado porque se había dado cuenta que una vez mas había

interrumpido al búho–. Perdón, perdón, ya lo hice de nuevo. Prometo que ya no vuelvo a interrumpir, –dijo sin que nadie lo tuviera que regañar esta vez.

Luca le puso una cara de serio a Mateo, de esas que cuando te las pone tu hermano mayor, pues no se pueden olvidar y Gufo, que era muy paciente, como pocos, simplemente sonrió al ver que Mateo, solito, había aprendido su lección.

“Pues como les iba diciendo –continuó Gufo–, era un truco genial, pero desgraciadamente no puedo contárselos todavía por que es necesario que antes, Luca el mago, aprenda otras cosas y otros trucos, pero te prometo Luca, que para tu fiesta de cumpleaños, yo te enseñaré ese truco”.

Hasta mi cumpleaños, pensó Luca, pero si todavía faltan como seis meses para mi cumpleaños, calculó en la mente, porque aunque no era muy bueno para el colegio, siempre sabía cuánto faltaba para su cumpleaños y cuánto para Navidad. Y para su cumpleaños, como era en Agosto, faltaban todavía seis meses, porque apenas estaban en febrero. Uff, pensó, seis meses para saber ese truco tan importante. Bueno, pues, paciencia, se decía a sí mismo recordando que su papá le había enseñado eso, paciencia.

Durante casi una hora, Gufo les platicó a Luca y a Mateo muchas historias de Nico, el dueño de la otra montaña. La historia del día que Nico había ganado un concurso en su colegio por haber escrito la mejor carta a los Reyes Magos, en la que no solo pedía cosas para él, sino que también pedía que su mamá, su papá y sus primos estuvieran siempre sanos y felices. Gufo les explicó a Luca y a Mateo, que Nico no tenía ni hermanos ni hermanas, pero que si tenía muchos primos y primas y que los quería mucho a todos, y ellos a él.

También les contó la historia del día que Nico se cayó del cohete y se dio un golpazo, porque él también, a veces,

viajaba en el cohete hasta la estación espacial. Pero luego les aclaró que gracias a Dios, no le había pasado nada con el tortazo que se había acomodado y que más bien, después de un tiempo, a todos los que habían visto como Nico se había caído de la camilla, digo del cohete, pues les daba muchísima risa, y recordar aquello era una buena ocasión para reír juntos un poco.

Otra historia interesantísima que contó Gufo, fue la del día que dentro de la montaña el búho había encontrado a su amigo Nico todo triste y llorando mucho. Gufo se había acercado en silencio y simplemente, sin decir nada, había tomado la mano de su amigo, uno de sus mejores amigos de toda la vida, y lo había acompañado, así, sin palabras, pero haciéndole saber con el corazón que lo quería mucho y que sabía que a veces uno se siente triste y tiene ganas de llorar. Mateo no había entendido muy bien esa historia pero Luca sí, porque a Luca muchas veces le había pasado lo mismito que a Nico, sobre todo cuando se sentía más mal por la medicina o por la enfermedad que tenía, que se llama Leucemia.

Luca podía entender muy bien a Nico, el amigo de Gufo, porque cuando uno se siente triste o está muy asustado, siempre es útil que la gente que nos quiere como nuestros papás, nuestros hermanos y primos o nuestros mejores amigos de todo el mundo, nos acompañen así, sin decirnos cosas como que no debemos estar tristes, o sin insistir que es mejor estar alegre que triste. A veces uno se siente triste o asustado y ni modo, así es la enfermedad que se llama leucemia, pero también así son otras enfermedades como la que tiene Pablo-chico, porque a él le pasa lo mismo y eso lo sabe bien Luca porque él y Pablo son los mejores amigos de todo el mundo, y los mejores amigos siempre se cuentan cosas importantes como esa que a veces, los grandes no entienden.

Luca, había aprendido ya que cuando a uno lo acompañan en silencio y no le dicen nada, ni le dan consejos sino que solo se sientan junto a él en la guarida de la montaña, y lo acompañan con el corazón, es como mejor funciona el cariño de los demás.

— Niños, niños, ¿dónde andan?, –se escuchó la voz de Miguel, el papá de Luca y de Mateo desde fuera de la montaña–. ¿Qué hacen?, es hora de las medicinas de Luca niños, salgan, –dijo desde el sillón del fondo al tiempo que se oía también la risa de Lucrecia, la enfermera que era muy buena gente pero que tenía el nombre más raro y más feo de todo el mundo.

— ¡Uy!, –dijo Luca–. Perdón Gufo, pero tenemos que irnos corriendo, porque ya ves que mi Pa nos llama.

— Claro, claro –respondió el búho poniéndose de pie de inmediato–. A obedecer, –sentenció porque era un búho mágico y sabio–. A obedecer, –repitió.

— Vamos corriendo, –dijo Mateo levantándose también de su cómodo sillón.

Los tres, Luca, Mateo y el búho Gufo, que ya estaba de su tamaño natural, se encaminaron hasta la puerta del enorme nido que había construido el ave en la montaña de Luca. Pasaron pasillos y salones, bajaron y subieron escaleras, luego otros pasillos y otros salones, hasta que por fin, después de un recorrido que parecía interminable, habían llegado a la puerta de entrada, en la cima de la montaña y desde donde se podía ver todo el valle, los iglúes, la nieve de las laderas, los larguísimos ríos de plástico que transportaban el agua mágica, las lagunas colgadas un poco más arriba en la montaña y detrás de algunas nubes blancas, se podía ver también a Miguel y a Lucrecia.

— Venga Luca, venga Mateo. Es hora de las medicinas,–

insistió Lucrecia.

Gufo, que escuchó aquello tuvo una idea genial.

— Oigan niños, yo no creo que lleguen a tiempo, porque caminando, uno se lleva como cuatro minutos y medio en subir hasta acá y unos dos o hasta dos minutos y medio en bajar ¿no?, porque claro, siempre será más rápido bajar que subir la montaña.

— ¡Uy!, –dijo Luca–. Dos minutos y hasta dos minutos y medio. Nos van a regañar Mateo, vamos a apurarnos lo más que se pueda, pero bajemos con cuidado ¿eh?

— Sí hermano, como tú digas, –respondió Mateo quien respetaba y quería muchísimo a Luca.

— Oigan, pero yo tengo una idea –dijo Gufo, mientras con su ala derecha, que no es en la que se ponía el reloj, detenía a los niños.

— ¿Qué idea?, –preguntó interesado Mateo.

— Qué les parece, si en lugar de encogerme, ahora me hago gigante, como del tamaño de una avioneta y entonces ustedes se suben en mi espalda y yo los bajo al valle, hasta donde están los iglúes, para que así lleguen a tiempo y no los regañen.

— ¿De veras?, –preguntó todo emocionado Luca.

— No lo puedo creer, qué emoción, –dijo Mateo, que también tenía muchísimas ganas de volar sobre el lomo del búho mágico aquél.

— Claro. Vean, dijo Gufo. Una, dos…

— ¡Tres!, gritaron los hermanos.

Justo en ese momento, como por arte de magia, o sea, como debe de ser cuando un mago hace una truco, Gufo empezó a crecer y crecer, aquello parecía que no acabaría nunca, creció

y creció hasta que quedó del tamaño de una avioneta. El sombrero, el saco y la corbata le quedaban ahora apretadísimos y se veía bien chistoso con aquella ropita y un cuerpote grandísimo.

— Suban, suban. Bienvenidos a las aerolíneas *Aéreo-Gufo*, –dijo haciéndose el gracioso–. Suban, –insistió al tiempo de que también con magia, por supuesto, convirtió una de sus patas, la izquierda, en una escalera buenísima igualita a las que ponen junto a los aviones para que la gente se suba cuando va a irse, o se baje, cuando está llegando.

Los niños divertidos y asombrados, subieron por aquella escalera maravillosa hasta poder sentarse cómodamente sobre la espalda de Gufo. Ahí, encontraron que había unos asientos comodísimos, hechos de plumas y hasta unos cinturones de seguridad, porque siempre es muy importante que cada uno de nosotros se cuide a sí mismo, y no tome riesgos que no son necesarios. Qué bárbaro, pensó Luca, qué suerte que tengo un amigo que es tan buen mago y tan listo, porque mira, piensa en todo.

— Niños, ya. No nos hagan enojar, –dijo ahora desde fuera de la montaña Javier–, el enfermero más buena gente.

Así que ya eran tres personas que los estaban esperando fuera de la montaña, Miguel, el papá de Luca y de Mateo, Lucrecia la súper estricta enfermera que aunque era muy buena gente tenía el nombre más raro y más feo de todo el mundo, y Javier, el enfermero que era conocido por todos lados, como el más buena gente del hospital.

Gufo entendió que era momento para despegar.

La tensión crecía.

Mateo y Luca, iban a volar por primera vez, y aunque estaban muy seguros con sus cinturones de seguridad y todo, pues

estaban muy nerviosos porque aquello de volar no era poca cosa, y es que ellos no estaban muy acostumbrados a eso, y cuando uno hace algo así, a lo que no está acostumbrado, pues es normal ponerse nervioso y hasta asustado. Así que Luca, que era un niño muy sensato y que además tenía la responsabilidad de ser el hermano mayor de Mateo, le tomo la mano izquierda, la del reloj, y le dijo.

— Yo la verdad tengo un poco de miedo, porque esto de volar es nuevo para mí. Pero también confío mucho en nuestro amigo Gufo y veo que estos cinturones de seguridad están nuevecitos y son de muy buena calidad. ¿Tú como te sientes hermano?, –preguntó.

Cuando Mateo sintió la cálida mano de su hermano, y escuchó aquello, se sintió muy aliviado, porque él también estaba muy nervioso y asustado, pero al saber que su hermano mayor también y que lo podía aceptar con tanta naturalidad, como que era una de las cosas más normales del mundo el estar nervioso cuando uno hace algo nuevo y audaz como volar sobre la espalda de un búho, pues se sintió aliviado.

— Yo también estoy nervioso y algo asustado, pero como veo que tú me vas a sostener la mano durante el vuelo y estás aquí conmigo, pues la verdad es que cada vez tengo menos miedo. Gracias, hermano, –le dijo Mateo a Luca con toda sinceridad.

En eso, se escuchó clarito cómo Gufo encendía los potentes motores y sin decir agua va, se puso en marcha a una velocidad que ni Luca ni Mateo habían sentido nunca jamás, y como por arte de magia, o sea, como debe ser cuando un búho mago se convierte en una avioneta con asientos y cinturones de seguridad en la espalda, despegaron y rápidamente llegaron hasta las nubes.

De inmediato, Luca reconoció la nube en forma de tren que

había visto antes, con los binoculares, solo que ahora literalmente la podía tocar con las manos. También vieron una nube en forma de balón de fútbol y otra que parecía el perfil de un viejito.

Aquello era sensacional, volar era maravilloso. Ya ninguno de los dos niños tenía miedo ni estaba nervioso. Y es que así pasa a veces, que uno se siente nervioso cuando tiene que hacer algo nuevo o audaz, como volar en la espalda de un búho mágico, y luego se da cuenta que no había por qué tener miedo. Aunque también era cierto que en ocasiones si hay cosas que no son ni tan bonitas ni tan divertidas como nos las platican, y que a veces, los grandes nos dicen que no nos va a doler algo, como por ejemplo un piquete de una inyección, y la verdad es que luego vemos que sí duele un poco; pero es que para eso sirven los nervios, para ponernos alertas, así que cuando uno está nervioso, pues ni modo, significa que estará alerta y eso es bueno.

Y como todo lo bueno, también se termina, igual que lo malo, pues llegó el momento del aterrizaje. Luca de inmediato recordó el aterrizaje tan malo que había hecho Gufo el día que se habían conocido, y entonces sí que se puso nervioso y súper asustado, pero no dijo nada, porque no quiso asustar a su hermano, eso porque a pesar de que recordaba que el aterrizaje le había dolido muchísimo al búho, en el fondo seguía confiando en él.

Luca verificó que su cinturón de seguridad y el de su hermanito estuvieran bien abrochados, cerró los ojos y apretó con fuerza la mano de Mateo, pero para su sorpresa, el aterrizaje casi, casi ni se sintió, como si hubieran aterrizado sobre algodones, o sobre un colchón o una almohada. Luca no lo podía creer, y cuando sintió que la avioneta, digo el búho, ya se habían detenido y escuchó clarito que se habían apagado los motores, se quitó el cinturón y bajó corriendo por las escaleras que ya

había colocado Gufo.

Cuando bajó y miró debajo del búho, no lo pudo creer. Esta vez, a diferencia de la anterior, Gufo tenía colgadas en la pata derecha unas ruedas mágicas, súper acolchonadas.

— Con razón, –dijo Luca.

— ¿Con razón qué?, –preguntó intrigado Gufo.

— Pues con razón esta vez no diste de tumbos al aterrizar, –dijo Luca mientras veía cómo su hermano bajaba por las escaleras, que en realidad era una pata mágica del búho.

— Y, ¿qué no reconoces estas ruedas?, ¿y este gorro de piloto que traigo sobre la cabeza?

Luca se dio cuenta que el búho mágico traía sobre la cabeza, en efecto, uno de esos sombreros que usan los pilotos de avión y que son parecidos a los de los policías.

— No, ¿por qué habría yo de reconocer estas ruedas y ese sombrero de piloto? –preguntó intrigado el mago Luca.

— ¿Te acuerdas del regalo rojo brillante con un bonito moño azul que me diste el día que nos conocimos?

Luca no lo podía creer. Con razón Gufo le había puesto en la nota de agradecimiento que ese era uno de los regalos más útiles que jamás le habían dado. Mira nada más, qué buena idea, mucho mejor que el libro, pues Gufo tenía una biblioteca ya llenísima de libros, y claro mucho mejor que un pastel pues ya Gufo le había dicho que asistiría a su fiesta de cumpleaños en la que siempre hay pastel, aunque faltaran todavía seis largos meses. Unas ruedas acolchonadísimas y un sombrero de piloto, qué idea más genial.

— Pues de verdad que ha sido un regalo útil ¿verdad Gufo? –preguntó Luca.

— Utilísimo, –respondió agradecido el búho–, utilísimo.

Muchas gracias amigo y vecino, muchas gracias –repitió.

Luca y Mateo, le dieron cada uno un abrazo bien apretado a Gufo para agradecerle por tan bonita invitación, por un vuelo tan emocionante sobre su espalda, por un aterrizaje tan acolchonado, y sobre todo, porque aunque no lo habían visto en persona habían podido conocer a Nico, a través del relato de su amigo Gufo, y es que si algo habían aprendido ese día Luca y Mateo, es que a veces no importa que uno no conozca físicamente a alguien para admirarlo y hasta para quererlo, porque seguro era que tanto Luca como Mateo, ya le tenían un cierto cariño a aquel niño que también había vivido en una montaña y que también había tenido Leucemia, que era la enfermedad que tenía Luca.

— ¿Nos veremos mañana? –preguntó Luca.

— Claro, claro. Nos buscamos a medio día ¿te parece? porque yo tengo todavía que construir la alberca de mi nido.

— ¿Una alberca? –preguntó Mateo admiradísimo al tiempo que abría los ojos como platos de sopa como hacía siempre que se sorprendía por algo.

— Sí, sí, una alberca con agua mágica, ya la conocerás Mateo. Uno de estos días en uno de tus sueños llegaré volando y te soltaré sobre la cabezota una invitación mágica para que vengas a mi nido a conocer la alberca.

Mateo sonreía divertido, pensando en cómo aquella invitación mágica le caería en la cabezota. Luca se quedó pensativo ¿cómo sería eso de que Gufo podía aparecer en uno de los sueños de Mateo? qué interesante era aquello, pensaba el niño mago. Le preguntaría mañana a Gufo pues ahora no había más tiempo. Había tres grandes afuera de la montaña, esperando que estos dos niños regresaran.

— Hasta mañana Gufo, –gritaron ambos niños.

— Hasta mañana niños. Gracias por su visita, –dijo Gufo que era un búho agradecido y generoso.

Los niños salieron lo más rápido posible de la montaña.

— ¡Uy, qué rápido llegaron! Hasta parece que vinieron volando en una avioneta, –dijo Javier al tiempo que les cerraba un ojo a los niños.

Luca y Mateo se voltearon a ver muy sorprendidos. ¿Será que Javier puede ver también a Gufo? ¿será posible?

Querido hermano,

Te escribo nuevamente una nota aunque sé que no sabes leer todavía. No importa porque llegará el día en que las puedas leer toditas.

Qué bueno que hoy pudiste conocer a Gufo. ¿Verdad que es súper genial? Ojalá que otro día se convierta en avioneta nuevamente y nos lleve de viaje a otras montañas. Gracias por estar siempre conmigo. Es buenísimo tener un hermano y tengo un montón de suerte por tenerte a ti.

Te quiero mucho.

Luca

Cuando comparto no alcanza, pero cuando comparto... sobra

Pablo era el mejor amigo que uno puede tener. Era un amigo genial porque entendía a Luca mucho mejor que todos los demás. Eso era porque Luca tenía leucemia, que es una enfermedad y Pablo también se había enfermado cuando era más chico. Su enfermedad tenía un nombre rarísimo que ninguno de los dos podía pronunciar, ni siquiera Luca que era mago podía decir aquél nombre tan extraño.

A veces, Pablo y Luca reían tratando de decir el nombre de la enfermedad de Pablito, pero era tan difícil que nunca podían. A los grandes no les parecía tan divertido eso de no poder decir el nombre de la enfermedad y eso siempre intrigaba a los dos amigos.

— Ya se enojó otra vez mi papá, –dijo Pablo quedito para que no lo oyera nadie más que Luca.

— Sí, ya vi respondió Luca, –también entre dientes.

— Yo no entiendo, primero me dicen que tengo que saber todo sobre mi enfermedad y luego no me dejan aprenderme el nombre tan raro que tiene. ¿Tú entiendes algo?, –preguntó frustrado Pablo.

— La verdad no. Lo bueno es que lo que yo tengo tiene un nombre rete fácil ¿no?

— Leu-ce-mia!! –gritaron al mismo tiempo ambos niños entre risas.

— Niños por favor, –dijo de pronto con mucho enojo Pablo-papá desde su silla–, con eso no se juega.

— Basta, –dijo casi al mismo tiempo Ana, la mamá de Luca–. Por favor no jueguen con eso niños.

Siempre ocurría lo mismo. Los grandes se enojan mucho cuando se tiene que hablar sobre las enfermedades. La verdad eso pasa porque como los grandes quieren tanto a los niños, no les gusta que estos estén enfermos. Ni siquiera les gusta cuando los niños se enferman de cosas sencillas como gripa o dolor de muelas.

Luca y Pablo, en el fondo, entendían bien que en realidad sus papás no estaban enojados con ellos, la verdad era que les daba mucha tristeza y coraje saber que sus hijos estaban tan enfermos y que aunque los doctores, las enfermeras, los curas y las monjas, todos hacían un enorme esfuerzo por curarlos, pues a veces las medicinas no siempre ganaban porque estar enfermo era como si la medicina y la enfermedad jugaran un partido de fútbol entre ellos y como pasa en el fútbol, pues a veces gana uno y a veces el otro, pero siempre es importante luchar con todo lo que uno tenga, pero sabiendo siempre que a veces se gana y a veces no.

Lo que menos les gustaba a los papás y mucho menos a Luca y a Pablo, era cuando tenían dolor. La verdad es que a veces, la leucemia y la enfermedad con el nombre rarísimo que tenía Pablo provocaban unos dolores muy fuertes. A Luca siempre le dolían mucho la cabeza y las rodillas, los codos y las muñecas y a Pablo le dolía siempre muy fuerte la espalda y las piernas. A veces, el dolor era tan fuerte que ni siquiera la montaña ayudaba mucho. Era necesario que, además de la medicina, mamá o papá se trasladaran a dormir a la montaña, y a veces, ni así. El dolor era muy fuerte algunas veces y lo más difícil era entender por qué dolía tanto.

Esa era la única pregunta que Miguel, el papá de Luca y Pablo-papá nunca podían contestar. ¿Por qué me duele tanto? preguntaban siempre los dos niños, pero por más que los papás trataban de explicar, les costaba mucho trabajo, y sobre todo les provocaba muchísima tristeza, por eso a veces, ni Luca ni Pablo, se atrevían a preguntar.

Uno de esos días en que Luca tenía un dolor de cabeza de esos de campeonato, aunque quería aguantarse para no entristecer a su Ma, a su Pa y a Mateo su hermanito, tuvo que llorar mucho porque de verdad que el dolor era muy fuerte.

— Tranquilo mi niño, –decía Ana–, la mamá de Luca.

— Ya va a pasar, –decía con mucho cariño Miguel, su papá mientras le pasaba un trapo húmedo por la frente.

— Si quieres le llamo a Gufo, –dijo en voz bajísima y directito a la oreja de Luca, su hermano Mateo que estaba muy triste al ver que su hermano mayor, al que quería tanto, no le estaba pasando nada bien ese día.

Luca, como pudo, en medio de tan mala tarde, volteó a ver a Mateo y le cerró un ojo para que entendiera que sí, que entrara a la montaña a buscar a Gufo.

Mateo, como sucede con los hermanos que se quieren tanto, no tardó ni un segundo en entender lo que quería Luca y se trepó en la montaña, a pesar de que Ana y Miguel trataron en un inicio de detenerlo, pero luego, como veían que Mateo sólo quería ayudar a su hermano desistieron y lo dejaron entrar en la montaña.

Esa era la primera vez que Mateo entraba solo en la montaña de Luca. A decir verdad, tenía un poco de miedo porque a esa hora, ya pasada la hora de hacer la tarea, pues la verdad es que sin linterna no era fácil ver algo dentro de aquél lugar tan genial. De inmediato, Mateo para no sentirse solo, empezó a

gritar como un loquito:

— Gufo!!!, ven Gufito, no seas malo. Acompáñame!!!

Ana y Miguel, que podían oír los gritos de loquito de Mateo, de inmediato reclamaron casi al mismo tiempo.

— Mateo, por piedad. Silencio. Qué no ves como está tu hermano.

¡Ay!, pensaban tanto Luca como el pequeño Mateo, es que de verdad que los grandes a veces no entienden muchas cosas que nosotros los pequeños sí entendemos. Aunque claro, la mayoría de las veces los grandes entienden todo mucho mejor que nosotros, pero cuando se trata de la montaña de Luca, y del Búho mágico súper genial que es huésped en su montaña, la verdad, lo que sea de cada quien, pues los grandes no entienden ni papa.

Mateo, por la insistencia de los gritos de sus papás, tuvo que asomar la cabezota por la sábana... digo, por la ladera nevada de la montaña, y puso su cara de “yo no fui”, esa que siempre hacía reír tanto a su hermano mayor. Esta vez Luca no tenía muchas ganas de reír que digamos, pero al menos pudo sonreír un poquito frente a esa cara tan chistosa que hacía su hermanito cada vez que se metía en problemas, que la verdad, ¡era todo el santo día!

— Ni modo, –dijo casi en silencio Luca, tratando de explicarle a Mateo que aunque aquello de buscar en ese mismísimo momento al Búho mágico, Gufo era súper importantísimo, pues era siempre mucho más importante hacerle caso a los grandes.

— Bueno, –dijo Mateo todo triste sin quitar la cara de “yo no fui”.

El mago Luca, se concentró y se concentró a pesar de tanto dolor para hacer una magia, y como muchas veces sucede,

cuando uno es un mago tan bueno como él, pues sucedió que en ese justo momento aparecieron por la puerta Pablo-papá y Pablito, que venían a despedirse de Luca y de su familia por que las terapias de Pablo chico, ya habían terminado ese día.

Al ver que Luca estaba tan mal Pablo-papá, que es un señor muy prudente, sensato e inteligente, tomó de la mano a su hijo y le hizo una seña como para que entendiera que no era una buena idea entrar al cuarto en ese momento y que era un tiempo exclusivo para la familia de Luca.

Pablo chico era un niño muy obediente pero también era muy sensible, o sea que no tenía miedo de demostrar sus sentimientos, así pues cuando estaba triste lloraba, cuando estaba enojado, reclamaba; cuando estaba feliz casi relinchaba de las carcajadas que se aventaba; cuando tenía miedo pedía ayuda y cuando estaba con la gente que quería mucho se los demostraba.

Ese era uno de los momentos que a veces pasan en que el cariño por un amigo parece ser más fuerte que la obediencia, y aun cuando su papá le había dicho en silencio que era mejor que se fueran, Pablo chico, que estaba muy conmovido y triste por ver así de adolorido a su mejor amigo de todo el mundo corrió hacia la montaña de Luca y le tomó la mano.

Pablo-papá no sabía bien a bien qué hacer, pero de inmediato vio que tanto a Ana como a Miguel les había dado mucho gusto que en ese momento se apareciera por ahí Pablito porque sabían que el mejor amigo que uno tiene en todo el mundo, siempre será bienvenido, aún en momentos de tanto dolor.

A Mateo también le dio muchísimo gusto ver que se había aparecido el buen amigo Pablo, porque era mucho más posible que entre los dos encontraran pronto al búho mágico que vivía en la montaña de su hermano Luca.

Claro que había un problema grande. Pablo no sabía nada sobre Gufo el búho, o al menos Mateo no sabía si ya le había contado algo a su amigo así que Mateo tendría primero, que convencer a Pablo que aquello del búho mágico era totalmente verdad y luego, animarlo a treparse dentro de la montaña de Luca, a pesar de que segurito todos los grandes, incluido también el papá de Pablo reclamarían en seguida.

Sin hacer mucho ruido, Mateo se acercó hasta donde estaba Pablo-chico y casi en absoluto silencio le dijo: te tengo que decir algo muy importante.

Como Pablo sabía que Mateo a veces no era muy prudente, por aquello de que era más chico que Luca y que él, volteó a ver la cara de su amigo, a quien poco a poco por el efecto de la medicina se le estaba quitando aquel tremendo dolor de cabeza, como para saber si debía o no hacerle caso al pequeño Mateo.

De inmediato pudo ver en la mirada de su amigo que no sólo debía acompañar a Mateo, sino que era un asunto verdaderamente importante. Esto lo supo rapidísimo porque cuando dos, son los mejores amigos de todo el mundo, se entienden igualito que si fueran hermanos y de la misma manera en la que Mateo había entendido a Luca hacía un rato, ahora Pablo lo entendía igual de bien. Además Luca era mago y de los buenos, y eso siempre facilitaba el que su hermano y su mejor amigo pudieran entenderlo aunque fuera sólo viéndole los ojos. Era grandioso ser mago.

Mateo llevó de la mano a Pablo hasta la pequeña salita que había ahí mismo en el cuarto del hospital. Se sentaron en un sillón mientras los grandes conversaban alrededor de la cama... digo, de la montaña de Luca.

— Mira Pablo, yo sé que vas a decir que estoy medio loco de la cabeza, pero te tengo que contar algo muy importante.

— Dime, ¿qué cosa?, pero dila ya porque me pones nervioso.

— Espera, espera, es que no sé cómo empezar, –dijo Mateo mientras se rascaba la barba, como pensando con mucho cuidado lo que iba a decir.

— Vamos hombre, vamos, –reclamaba Pablo que estaba ya un poco desesperado.

— Vamos a ver. ¿Tú has entrado a la montaña de mi hermano?, preguntó.

— Sí, sí, claro que he entrado, –replicó Pablo quien efectivamente conocía bien aquel lugar mágico.

— Bueno, pero ¿alguna vez habías visto que alguien, además de mi hermano, viviera en esa montaña?, –preguntó Mateo con serenidad.

— ¿Cómo dices?, ¿alguien viviendo en la montaña de Luca?, pues ¿que acaso te volviste loquito de la cabeza? –sentenció Pablo, el mejor amigo de Luca de todo el mundo.

— ¡Ay!, suspiró Mateo. Ya sabía que no me ibas a creer.

Pablo, que como ya habíamos dicho era un niño muy sensato, se detuvo a pensar por un momento y recordó la cara que tan solo hacía un momento le había hecho Luca, su mejor amigo. Esa cara definitivamente significaba que aún cuando Mateo le contara algo aparentemente loquísimo, él haría bien en creerlo. Además siguió pensando Pablo, Luca era un mago, ¿qué tenía de raro que alguien más viviera en aquella montaña?, los magos pueden lograr cosas increíbles. Él sabía que desde dentro, la montaña era diferentísima que desde fuera, porque desde la salita esa en la que estaban en ese momento, por ejemplo, aquello de verdad parecía una cama solamente, pero desde dentro vaya si la cosa era muy distinta. Era lógico que aquella fuera una montaña mágica, y como tal, no parecía tan descabellado que alguien más viviera ahí.

Después de un momento y para alegría de Mateo, Pablo dijo: muy bien, Mateo, te creo. Dime pronto, quién vive en la montaña de Luca, y cómo nos puede ayudar ahora que se siente tan mal por ese terrible dolor de cabeza.

Mateo estaba completamente feliz de que Pablo le hubiera creído. Así que sin más preámbulo, o sea, sin preparar un discurso ni mucho menos, le dijo:

— Pues, en la montaña de Luca, vive Gufo.

— ¿Gufo? qué nombre tan extraño para un niño ¿no? –preguntó Pablo.

— Ja, ja, –rió Mateo–. No, no, pero si Gufo no es un niño. Es un Búho.

— ¿Un búho? –repitió Pablo abriendo los ojos tan grandes como platos de sopa.

— Sí. Un búho, y además, un búho mágico.

Además de los ojos, como platos, Pablo no pudo evitar abrir la boca enorme y sacar la lengua de la emoción. Eso lo hacía cuando quería gritar de gusto, pero sabía que como estaba dentro del hospital, pues era de lo más descortés andar saltando y dando de gritos por ahí porque había mucha gente, como en ese momento el mismo Luca, que se sentía un poco mal, y los gritos de verdad que no ayudaban nadita a las personas enfermas. Además, Lucrecia que era una enfermera súper buena gente pero con el nombre más raro y feo de todo el mundo, siempre perseguía y regañaba mucho a los niños gritones.

— Qué bárbaro, –dijo contentísimo Pablo–. Un búho, y no uno cualquiera. Un búho mágico. Qué increíble.

Mateo se puso a saltar del gusto cuando se dio cuenta de la alegría del mejor amigo de su hermano. Esto porque como él era pequeño y no era muy sensato que digamos, siempre se le

olvidaba que dentro del hospital, ni se grita ni se salta como un loquito.

Pablo, que como ya dijimos era muy inteligente y además quería mucho a toda la familia de Luca, de inmediato y con cuidado le tapó la gran bocota que tenía Mateo para evitar más gritos y algunos regaños de los grandes.

Cuando Luca se dio cuenta de que su hermanito estaba gritando y saltando de felicidad, comprendió de inmediato que Pablo, su mejor amigo de todo el mundo, había ya escuchado la historia aquella tan increíble de Gufo y que se estarían preparando ambos para buscarlo dentro de la montaña. Era genial ser mago, pues así uno se podía dar cuenta de esas cosas mucho antes que todos los demás.

— Bueno y que te dijo Luca que hiciéramos, –preguntó Pablo a Mateo.

— Pues fácil, que entremos a la montaña y busquemos a Gufo porque segurísimo que él podrá ayudarnos a que a Luca mi hermano, le duela un poco menos la cabeza.

— ¿Fácil? ¿cómo crees tú que será fácil? ¿tú qué te crees que tus papás y mi papá nos van a dejar trepar a la montaña así como así? –preguntó Pablo.

Mateo que era un niño muy audaz, es decir, que se atreve a hacer muchas cosas sin pena, replicó de inmediato.

— Pues claro que nos subimos a la montaña. Mira, yo hace un ratito me subí y aunque claro, mis papás me reclamaron al principio luego entendieron que yo entraba ahí solo para ayudar a mi hermano. Así que quítate los zapatos y vamos intentar subir –ordenó Mateo, que de pronto se había puesto muy serio porque le importaba mucho poder ayudar a su hermano.

Pablo entendió de inmediato que aquello que le decía Mateo

era una gran verdad. Había que intentarlo, sobre todo porque lo que estaba en juego era el dolor tan tremendo de cabeza que había tenido Luca, y que aún cuando ya le estaba haciendo efecto la medicina y el dolor estaba desapareciendo, pues era muy necesario de todas formas hablar con Gufo. Además a Pablo, la verdad, le daba muchísima curiosidad conocer a aquel búho fantástico del que le había hablado Mateo, el hermanito pequeño de Luca.

La misión secreta se puso en marcha de inmediato.

Luca, que desde su cama, digo... desde su montaña podía ver y entender todo lo que estaba pasando decidió asumir el papel de vigía, o sea el que cuida que nadie vea a los agentes secretos, que eran Pablo y Mateo en su misión súper mega secreta para introducirse a la montaña sin que nadie los descubra.

Ya sin zapatos los dos niños se acostaron “pecho a tierra” en el piso de la salita y levantaron la cabeza con cuidado para verificar que ningún grande lo hubiera notado. Ambos pusieron su cara de misión súper mega ultra secreta.

Éxito total, los grandes estaban platicando de sus cosas y no se habían percatado aún, y esperemos que no se percaten, de los dos agentes súper secretos. Luca observaba con emoción todo aquello, y gracias a los nervios que le empezaron a dar de que no descubrieran a los agentes, la verdad es que hasta se le olvidó el dolor de cabeza ese que tenía. Además claro, que las medicinas estaban ya haciendo su efecto.

Poco a poco los dos agentes Mateo y Pablo se empezaron a deslizar por el piso del cuarto de Luca, como si fueran dos focas como las que alguna vez había visto Luca en Acapulco, que es un lugar muy bonito con playa y donde hay focas y delfines y otros animales loquísimos que viven en el mar.

Como Luca era mago decidió aparecer en su sombrero unos

lentes oscuros y unos sombreros porque ¿quién ha visto alguna vez a dos agentes secretos en misión súper mega secreta, sin sus lentes oscuros o su sombrero? Era fundamental que los tuvieran.

En silencio pero con mucho tino, como hacen los magos que son buenos, Luca metió la mano a su montaña y luego, luego, encontró su sombrero mágico y su varita mágica también, y sin que ningún grande se diera cuenta repitió aquellas palabras mágicas que ya todos conocemos:

— Sividi, ñi, ñi!

Como por arte de magia, o sea, como debe ser cuando un mago buenísimo hace un truco de magia, en las cabezotas tanto de Mateo como de Pablo aparecieron un par de sombreros de espía y unos lentes oscuros buenísimos de agentes secretos. El truco había resultado de lo más bien. Era genial ser un mago y de los buenos, pensó Luca.

Mateo y Pablo se emocionaron muchísimo con el regalo mágico que les había hecho Luca y de inmediato Pablo que era un niño muy sensato alargó el brazo izquierdo, que es donde uno se pone el reloj, para taparle con cuidado la gran bocota a Mateo, que por la emoción del sombrero y los lentes mágicos ya estaba a punto de dar tremendo grito que sin duda, los hubiera delatado, porque justo en ese momento ambos agentes secretos habían recorrido ya medio camino y estaban deslizándose en el piso, a la altura de la pata de la cama, digo... de la montaña de Luca.

El vigía, o sea Luca, dijo de pronto.

— Alguien toca la puerta ¿no?

— ¿Tocan? –preguntaron al mismo tiempo los tres grandes. Yo no escuché nada, dijeron.

— Sí, sí, estoy casi seguro que alguien tocó la puerta, –insistió

Luca que era un mago súper inteligente.

Pablo que como era el mejor amigo de todo el mundo, entendió perfectamente lo que estaba haciendo Luca y levantó la cabeza para saber la posición de cada uno de los grandes y para buscar la mejor manera de trepar a la enorme montaña de Luca.

Justo en ese momento los tres grandes se dirigieron todos confundidos hacia la puerta para ver si efectivamente alguien había tocado. Qué listo es este Luca, pensó Pablo. Qué buena idea eso de distraer a los grandes. Ahora el turno es mío, pensó.

Luca se asomó desde una de las laderas de su montaña y pudo ver, en el piso, digo... en el valle, a su hermanito y a su mejor amigo de todo el mundo, digo... a los dos agentes secretos en su misión súper mega híper secreta.

— Ahora les apareceré una escalera ¿está bien? –preguntó el mago Luca hablando entre dientes muy quedito.

— Claro, –dijo Pablo–. Una escalera sería buenísima. Mira ya vi dónde hay que colocarla. Ahí, ahí, –dijo al tiempo que señalaba un montón de nieve que los ayudaría a subir a la montaña.

Qué buen equipo hacían esos dos. Por eso eran los mejores amigos de todo el mundo, por que se podían entender de lo más bien.

Mateo que como era más pequeño ya estaba muy cansado por la enorme tensión de la misión secreta y por el recorrido que había hecho sobre el piso, como si fuera una foca de Acapulco, no dijo nada, y esperó que los niños mas grandes lo ayudaran a subir por la escalera esa mágica que había dicho Luca que aparecería.

Por detrás de tanta nieve, Pablo y Mateo de pronto escucharon

algo familiar.

— Sividi, ñi, ñi!

Y pum! como por arte de magia, es decir como debe ser cuando un mago dice las palabras mágicas, aparecería sobre el montículo de nieve aquel, que Pablo le había señalado a Luca, una escalera buenísima y que además se veía muy resistente y segura. La escalera era blanca igual que la nieve, así que ningún grande iba a poder verla además, como Luca había hecho un plan buenísimo para distraerlos, todos estaban en la puerta viendo si alguien había tocado.

Pablo animó a que Mateo subiera primero. Así, desde atrás podría ayudar al hermanito menor de su mejor amigo de todo el mundo.

— Vamos, vamos, –le decía animándolo para que subiera por aquella escalera mágica y blanca que había aparecido Luca con su varita y aquellas palabras mágicas tan chistosas.

— Voy, voy, –decía un poco a regañadientes Mateo porque estaba un poco cansado con aquella misión súper híper secretísima.

Con mucho esfuerzo o sea, como debe ser cuando uno hace cosas que son verdaderamente importantes, ambos niños lograron por fin entrar por una ladera lateral a la enorme montaña de Luca. Justo en ese mismísimo momento los tres grandes abrían la puerta del cuarto sin poder encontrar a nadie ahí.

— Nadie tocó, –dijo muy confundida Ana–. Yo creo que sólo fue tu imaginación hijo,– le dijo a Luca, sin entender bien de dónde había sacado eso de que alguien tocaba la puerta.

— Fue tu imaginación hijo, –dijo también Manuel.

Justo en ese mismo momento, los tres niños estaban ya dentro de la montaña de Luca a punto de iniciar una importante

reunión en uno de los iglúes. La misión súper híper mega secreta había sido un éxito rotundo, o sea, un éxito grandísimo.

— ¿Cómo te sientes amigo? –preguntó Pablo que de verdad estaba algo preocupado por su mejor amigo de todo el mundo.

— Pues me duele mucho la cabeza y los ojos. Casi no puedo ver la luz, porque me hace mucho daño. A ustedes sí les puedo decir pero a veces, a mi Pá y a mi Má, me cuesta más trabajo decirles porque veo que se ponen súper tristes, y aunque sé que se ponen así porque me quieren mucho pues a mí me da mucha pena decirles que me duele tanto la cabeza. Pero lo bueno es que ustedes están aquí y a ustedes, como a los doctores y a las enfermeras en quietito, sí les puedo decir que me duele mucho.

Mateo, que aunque no era muy prudente, era un niño sensible y quería de verdad muchísimo a su hermano Luca se acercó a él para darle en silencio un abrazo fuertísimo. Mateo sabía que a su hermano siempre le ayudaba un masaje que su papá Miguel le hacía en la cabeza cuando le dolía, así que sin decir nada y aunque las manos de Mateo eran súper chiquitas comparadas con las de Miguel, se dio a la tarea de darle a su hermano mayor un masaje buenísimo en la cabeza con la esperanza de que se le quitara, o al menos, le disminuyera aquél dolor terrible que tenía Luca.

— Muchas gracias hermanito. De verdad que me sirve mucho el masaje que me estás dando en la cabeza y también me sirve mucho que me des un abrazo porque sé que me quieres mucho aunque nos peleamos por tonterías, porque así pasa con todos los hermanos.

— De nada, –contestó Mateo.

A Pablo le daba mucho gusto tener de amigo a Luca y también a Mateo aunque fuera más chico que ellos.

— Bueno, pero y ¿qué es lo que tenemos que hacer? –preguntó Pablo.

— Claro, –dijo Luca sonriendo y ya sintiéndose mucho mejor–. Yo tengo que regresar con los grandes porque de otra forma nuestro plan no funcionará. Ya Mateo sabe bien que hay que hacer. Te pido que confíes en él, –le dijo con autoridad a su amigo Pablito.

— Claro, claro, –respondió éste–, yo confío plenamente en el pequeño Mateo.

Mateo, sonrió satisfecho de que su hermano mayor y su mejor amigo de toda la vida, que también era más grande que él, le hubieran confiado tan importante misión.

La reunión había terminado y ya todos sabían qué hacer. Luca regresó a la ladera de su montaña para saludar a los tres grandes, y Pablo siguió a Mateo en el recorrido de cuatro minutos y medio, que los llevaría a ambos nada más y nada menos que a la cima de la montaña de Luca, donde se encontraba el fabuloso y enorme nido-castillo que había construido el búho mágico, Gufo.

Pablito estaba muy emocionado porque conforme iban subiendo por la montaña, podía ver más y más detalles de aquel nido extraordinario. Unos pasos hacia arriba y Pablo había distinguido la enorme torre con el campanario que coronaba aquel castillo sensacional; unos pasos más hacia arriba y se podía ver la gigantesca muralla que rodeaba el nido; un poco más arriba y Pablo casi grita de emoción cuando descubrió que el nido tenía una cancha de tenis. Sí, sí, una cancha de tenis, con una red, las rayas muy bien pintadas y hasta la silla esa altísima donde se sienta el juez.

Este debe ser un búho súper refinado y elegante. Mira tú que construir un nido y ponerle hasta cancha de tenis.

Por fin, exactamente a los cuatro minutos y medio, es decir, como debe ser cuando uno es puntual, los niños llegaron frente a la puerta principal de aquel nido-castillo tan impresionante. Hasta entonces Pablo se pudo percatar que aquella construcción tan impresionante, estaba hecha toda, de palitos, pastito, lodo y tierra. Era simplemente sensacional, algo nunca visto.

Mateo había hecho un gran trabajo, pues con todo entusiasmo, inteligencia y fuerza había logrado llegar sin perderse ni una sola vez a las puertas de tan magnífica construcción.

— Muy bien, –le dijo Pablo al hermanito de su mejor amigo–. Lo has hecho muy bien Mateo, felicidades.

Mateo que no cabía de felicidad, le dio un apretón de manos sincero a su amigo Pablo porque claro, éste ya era también su amigo. Eso es lo bueno de tener hermanos, o primos, o amigos en el colegio, porque luego ellos te pueden presentar a otros amigos y amigas y entonces, todos pueden ser parte de una palomilla divertidísima donde se tienen muchísimos amigos. Era genial tener un hermano mayor con un amigo tan bueno como éste.

— ¡Gufo!, –gritó Mateo–. Gufo, –repitió.

— Buenas tardes, –gritó luego Pablo–. Gufo ¿estás por aquí? –Añadió.

— Hola, hola, –escucharon ambos niños como si el saludo viniera desde las nubes–. Hola, –oyeron nuevamente.

Para sorpresa de ambos amigos, Gufo, el búho mágico estaba cómodamente sentado leyendo un libro gordísimo en el campanario altísimo que tenía aquel castillo. El campanario era tan alto, que a los niños, les costaba trabajo reconocer al búho.

— Ahora bajo, –les dijo–. Ahora bajo, –repitió.

Ambos niños se quedaron ahí parados, con los ojos abiertos como platos de sopa cuando vieron que Gufo, se aventaba al vacío con las alas cerradas.

— Qué bárbaro, –gritó Mateo muy sorprendido–. Pero Gufo ¿qué haces?, te vas a pegar un golpazo tremendo.

— Abre las alas, –gritaron los dos niños preocupadísimos por el búho Gufo–. Abre las alas ahora.

Ni Pablo ni Mateo querían ver aquello. Pero ¿qué pasaba? ¿acaso se había vuelto loco Gufo? ¿cómo era posible que un búho, teniendo alas, no las usara al dar semejante salto desde aquel campanario altísimo?

Para sorpresa de ambos niños, de repente, como por arte de magia, o sea, como uno espera que suceda cuando es amigo de un búho mágico, de la espalda de Gufo surgió un enorme paracaídas de todos colores. Era enorme y a la orden del búho se abrió cuan gigantesco era.

Ambos niños gritaron de emoción y sus gritos de alegría y de sorpresa llegaron hasta la ladera exterior de la montaña donde se encontraba Luca, quien sonreía un poco a pesar del dolor, pues generoso como era se daba cuenta que aquellos dos la estaban pasando súper, y eso, lejos de causarle envidia le causaba mucho gusto pues sabía que su mejor amigo de todo el mundo y su hermanito menor estaban divirtiéndose dentro de su montaña y ya luego le contarían.

Luca había aprendido ya que cuando a la gente que uno quiere le pasan cosas buenas y divertidas en momentos en los que uno no los puede acompañar porque está en su montaña, o porque se siente mal, como ese día, puede luego revivir esos momentos maravillosos cuando se los cuentan. Luca aprendió esto porque muchas veces a su mamá, a su papá, a Mateo o a Ximena, su prima súper consentida, les pasaban cosas muy bonitas, en el colegio, o en la oficina o en las clases y que

luego venían al hospital y con cariño se las contaban a Luca. Él lo que hacía era cerrar los ojos e imaginar que estaba ahí y PUM!!!, como por arte de magia, o sea, como debe ser cuando uno es un magazo, Luca se trasladaba al lugar y casi, casi, podía revivir el momento y así, compartirlo.

Dentro de la montaña de Luca el búho mágico estaba ya a punto de aterrizar después de haber flotado literalmente sobre su castillo gracias al sensacional paracaídas que mágicamente había hecho surgir desde una mochila muy chistosa que traía amarrada a la espalda.

Sólo un par de minutos después, Pablo y Mateo vieron cómo aterrizaba súper despacito el búho mágico.

— Bienvenido al piso, –dijo Mateo con una gran sonrisa–. Qué susto nos diste Gufo, vas a ver.

Luego, haciendo una pausa presentó a Pablito, como es de esperarse cuando los niños son educados y presentan a sus amigos.

— Mira Gufo este es Pablo, el mejor amigo de todo el mundo de mi hermano Luca y… también el mío, –dijo con entusiasmo.

A Pablo le dio mucho gusto saber que Mateo lo había nombrado su mejor amigo del mundo entero, eso era siempre una buena cosa.

— ¿Qué tal señor Gufo? –preguntó Pablito todavía muy sorprendido por la presencia de aquel búho tan genial y sobre todo por la manera en la que había saltado con su paracaídas desde la altísima torre del campanario que coronaba su sensacional nido-castillo.

— Hola Pablo, hola Mateo. ¿Qué los trae por acá?– preguntó, aunque como era un búho mágico la verdad es que ya sabía muy bien de qué trataba su visita.

— Pues mira Gufito, hemos venido hasta tu puerta para darte

un poco de lata, –dijo Mateo. Resulta que a mi hermano le duele muchísimo la cabeza y ha pasado un día de lo más difícil–. Ya ves cómo es esto de la *lucimia* dijo el pequeño equivocándose por completo en el nombre de la enfermedad de Luca.

— Leucemia, –corrigió Pablo.

— ¡Ah sí!, bueno, eso es lo que yo quería decir.

— ¿Y qué puedo hacer yo?, –preguntó Gufo.

— Pues estábamos pensando –añadió Pablo–, que a lo mejor como eres un búho mágico podrás pensar en algún modo de ayudar a Luca a que le deje de doler o al menos a que le duela mucho menos para que podamos jugar un rato juntos.

Gufo se quedó un rato pensativo y comenzó a caminar en círculos alrededor de ambos niños. Algo empezó a decir entre dientes digo, entre pico, pero ni Mateo ni Pablo alcanzaban a escuchar nadita.

— Cndokomprtto nalcanz pro cndokomprtto sbra, –decía el búho muy quedito, o algo parecido a eso.

— ¿Qué dices? –Preguntó de plano Mateo que pensaba que aquello era un súper hechizo buenísimo que se sabía el mago y que podría ayudar a su hermano.

— Cndokomprtto nalcanz pro cndokomprtto sbra, –repetía el búho sin atender la pregunta del pequeño Mateo.

Pablo puso muchísima atención para entender que decía el búho, se concentró y se concentró y poco a poco descubrió lo que decía.

— Cuando comparto no alcanza, pero cuando comparto, sobra, –dijo un tanto confundido el brillante Pablito–. “Cuando comparto no alcanza, pero cuando comparto, sobra” –repitió feliz por haber descifrado lo que decía el búho, aunque sin entender qué significaría aquello.

Mateo puso tremenda cara de confusión por que de plano no había entendido nada.

— ¡Exacto! –exclamó feliz Gufo exacto–, eso es lo que digo que “cuando comparto no alcanza, pero cuando comparto, sobra”.

Al ver que ambos niños estaban totalmente confundidos, el búho mágico apareció de repente un cuaderno y una pluma mágicas por supuesto, y le pidió a Pablo que era el mayor de los dos que escribiera la frase.

Pablito que era muy buena gente y que estaba súper preocupado por su amigo más querido de todo el mundo de inmediato tomó aquéllos útiles mágicos y se dio a la tarea de escribir, despacito y con muy buena letra por cierto.

“CUANDO COMPARTO NO ALCANZA, PERO CUANDO COMPARTO SOBRA”.

Aquella frase no parecía tener ningún sentido, parecía una contradicción extrañísima.

— Pero si cuando comparto no alcanza, –dijo confundidísimo Pablo–, cómo va a ser eso de que cuando comparto sobra, pues si no alcanzó al principio. No entiendo nada Gufo, ayúdame a entender.

Mateo, de plano, mejor se quedaba calladito porque él sí como era tan pequeño no entendía ni papa de aquella frase escrita en un cuaderno mágico con una pluma también mágica.

Gufo se acomodó los lentes y sentenció lo siguiente:

— Tendrán que salir de la montaña por la escalera mágica que les apareció Luca hace un rato. Bajarán por ahí y se dirigirán a la mesa del fondo donde están sus mochilas del colegio. Dentro de sus mochilas están sus juguetes favoritos ¿no es cierto?

— Sí, –dijo sorprendidísimo Pablo–. En mi mochila que está en

la mesa del fondo tengo guardado mi soldado Joe que es mi juguete más favorito de todos por que mueve los brazos y es muy valiente.

— Yo también tengo en mi mochila el cochecito negro que me regaló mi papá en mi cumpleaños de este año. Es mi cochecito favorito porque es el más rápido y todos en el Kinder saben que es el más bonito, –añadió Mateo súper sorprendido de que Gufo supiera esas cosas.

— Muy bien, –dijo Gufo–. Pues deberán tomar esos juguetes y subir nuevamente a la montaña, acercarse a Luca y regalarle el soldado y el cochecito. Una vez que le hayan entregado sus regalos le deberán leer la frase que está escrita en el cuaderno mágico y entre todos tratar de entender qué significado tiene.

Pablo y Mateo abrieron los ojos como platos de sopa. Esta vez no era solo la sorpresa por lo que pedía el búho mágico, sino que les daba un poco de enojo y tristeza a la vez el tener que desprenderse de esos juguetes que precisamente eran los más importantes para ellos.

— Pero, son nuestros juguetes favoritos –dijo Pablo. ¿De verdad quieres que se los regalemos a Luca?

Mateo movía la cabeza de arriba hacia abajo aprobando aquella pregunta de su amigo Pablo.

— Pues precisamente porque son sus favoritos. O ¿qué? ¿acaso no quieren ayudar a Luca a que se le quite el dolor? ¿a poco es más importante un muñeco de plástico o un coche de metal que Luca? –preguntó el búho sabiendo de antemano la respuesta.

— No, no, claro que Luca es más importante –dijeron al mismo tiempo ambos niños–. Se los regalaremos –dijeron con entusiasmo–, se los regalamos.

Gufo estaba feliz por todo aquello y de la emoción, tomó a los

dos niños entre las alas para darles tremendo abrazo y como por arte de magia, o sea como debe ser cuando uno es amigo de un búho mágico, éste se convirtió en avioneta y les dio un paseo sensacional sobrevolando la montaña entera. Aquello era genial.

Desde el otro lado de la cama, digo de la montaña, Luca podía oír las risas y los gritos de Mateo y de Pablo y si ponía mucha atención era posible escuchar también los ruidos de una avioneta, digo de un búho mágico que traía de pasajeros a dos niños medio loquitos.

Sin embargo el dolor era todavía mucho, y aunque se alegraba de que su hermano y su mejor amigo estuvieran pasándolo tan bien volando por la montaña, no podía evitar quejarse un poco y sentirse mal.

Una vez que aquel vuelo fantástico había terminado, Mateo y Pablo se apresuraron a bajar de la cima de la montaña donde Gufo había construido su nido-castillo para cumplir la promesa que habían hecho y que de alguna forma ayudaría a Luca a combatir el dolor. La verdad era sin embargo, que ninguno de los dos entendía todavía cómo.

Unos minutos después de haber iniciado el recorrido de bajada, Mateo y Pablo, que llevaba en la mano la nota mágica que había escrito, encontraron todavía en su lugar la escalera blanca que los había ayudado a subir a la cama, digo a la montaña.

Con mucho cuidado, ambos niños bajaron por la escalera y ya en el suelo corrieron hacia la mesa del fondo para tomar sus juguetes favoritos.

— Cuidado, cuidado. No corran –decía con paciencia Ana, la mamá de Luca y de Mateo–. No se vayan a caer, –repetía.

Ya con los regalos ambos niños pidieron permiso para subir a

la cama, digo a la montaña, con Luca.

— Bueno, –dijeron Ana y Miguel casi al mismo tiempo–. Suban, pero con cuidado ¿eh?

— Sí, sí, gracias, –dijeron también al mismo tiempo Mateo y Pablito.

Con mucho cuidado, como habían prometido, subieron a la montaña y cada uno se colocó a cada lado de Luca. Esto permitió que los grandes descansaran un poco y eso es muy importante porque las enfermedades son muy cansadas para quienes están enfermos, pero también para todas las personas que los cuidan y que se preocupan por ellos. Por eso es tan importante que todos descansen un rato y se turnen para atender a sus amigos o familiares que están enfermos de lo que sea.

Ni Pablo ni Mateo sabían por dónde empezar. Luca los ayudó.

— Podía oír sus gritos y risas desde acá afuera. Seguro que lo pasaron muy bien con mi amigo Gufo. ¿Qué te pareció el sensacional búho mago que vive en mi montaña Pablo? ¿a poco no es genial?

— Es súper genial, dijo de inmediato Pablito. Yo la verdad es que al principio no le podía creer a Mateo, pero luego me quedé muy sorprendido. Qué bueno que vino Gufo a vivir a tu montaña.

— A mí me dio mucha risa la cara que puso Pablo cuando vio de cerca la casota de Gufo. Parecía que hubiera visto un fantasma, rió Mateo.

Conforme el hermanito y el mejor amigo de todo el mundo platicaban y contaban su aventura con el búho mágico, Luca empezó a sentirse un poquito mejor. No era que el dolor desapareciera del todo, era que al estar entre amigos y hermanos el dolor parece alejarse un poquito y eso siempre se

agradece mucho.

De pronto, la conversación se terminó porque ambos niños ya habían contado toda la historia de cómo habían subido a la cima de la montaña para encontrar a Gufo y de cómo éste se había convertido en una avioneta súper genial que los había llevado hasta las nubes y casi hasta el sol.

El silencio parecía un poco incómodo. A veces eso pasa.

— Dale la nota mágica, –dijo de pronto Mateo.

— ¿Cuál nota mágica? –preguntó intrigado Luca.

— Pues una nota que traigo en la bolsa de mi camisa, –dijo Pablo. Aunque la escribí yo sobre un papel mágico, en realidad te la manda Gufo. Pero antes Mateo y yo te queremos dar unas cosas que te trajimos.

— Sí, sí hermano. Mira, te trajimos unos regalos, –dijo Mateo entusiasmado y feliz a pesar de que iba a deshacerse de su cochecito mas favorito de todos.

Luca no podía creer lo que estaba viendo. Mateo le entregaba el cochecito con el que siempre estaba jugando y Pablo le estaba regalando el soldado Joe, con el que se divertía muchísimo. No era posible.

— Pero ¿cómo? –preguntó Luca–. ¿Por qué me regalan estos juguetes que les gustan tanto a ustedes?

— Pues yo no sé, dijo Mateo poniéndose todo rojo de la cara. Gufo nos dijo que te los teníamos que dar.

— Y te los damos con mucho gusto, –dijo Pablo al tiempo que volteaba a ver a Mateo con ojos de regaño por aquello que había dicho sin pensar mucho, porque Mateo era todavía muy pequeño.

— Sí, sí, claro, con mucho gusto, –dijo el pequeño hermanito de Luca con todo el cariño del mundo.

— No sé ni qué decir. Mira mamá, mira papá, Pablo y Mateo me están haciendo unos regalos increíbles.

— ¿A ver? –dijeron los papás de Luca–. Oye! Pero qué regalos más bonitos –añadió Ana, –que sabía muy bien el trabajo que debía costarle a Mateo aquel gesto tan generoso.

— Y mira –dijo Pablito–, Mateo y yo te escribimos una nota. Ya verás qué bonita.

Pablo sacó de la bolsa de su camisa aquella nota mágica que había escrito por instrucciones de Gufo.

Luca la leyó en voz alta: “CUANDO COMPARTO NO ALCANZA, PERO CUANDO COMPARTO SOBRA”.

Ana, que era súper inteligente y muy sensible porque así son muchas mamás, de inmediato se puso a llorar por la nota tan cariñosa y bonita que habían escrito los niños y le dio un abrazo y un beso bien plantados a Mateo y a Pablito para agradecerles aquel regalazo.

— Qué bonita frase Pablo, –dijo Ana sabiendo que Mateo su hijo más pequeño todavía no sabía escribir y que de seguro aquello lo había escrito Pablo–. Pero ¿quién les enseñó esa frase tan bonita?

Los tres niños se pusieron muy nerviosos porque sabían que ninguno de los grandes les podría creer aquella historia sensacional de un búho que vive en la cama, digo en la montaña de Luca, y que sólo lo pueden ver los niños.

En ese momento Luca que es muy inteligente recordó que alguna vez Javier, el enfermero más buena gente de por ahí le había dicho algo que lo había hecho pensar que él también podía ver a Gufo, o al menos que él sí le creería a Luca aquella historia fantástica.

— Fue Javier ¿no? –preguntó volteando a ver a Pablo, cerrándole un ojo para que éste entendiera de inmediato.

Pablito que también era muy listo y que conocía rete bien a su mejor amigo de todo el mundo, entendió lo que Luca quería.

— Eso es. Fue Javier –dijo un poco nervioso.

— Pero ¿cómo que Javier? –dijo el pequeño Mateo, que como ya hemos dicho era súper buena gente pero muy poco sensato–. Que mala memoria tienes Pablito, –añadió–. Pues ¿qué no te acuerdas que quien nos dictó la nota fue…?

De inmediato Luca, con cuidado y todo pero con mucha rapidez, le tapó la bocota a su hermanito para que éste no revelara el secreto.

— Lo que quiere decir el enano es que Javier nos dijo esta frase hace unos días ¿verdad hermanito?, –añadió haciendo una cara muy convincente para que el pequeño Mateo se enterara de lo que ahí estaba ocurriendo.

— Ah, sí, sí, dijo finalmente Mateo. Javier nos la platicó el otro día.

— Y ¿qué quiere decir?, –preguntó Miguel, que aunque sabía muy bien el significado, prefirió que los niños pensaran sobre el sentido de aquella frase tan bonita.

Luca, que había recibido el cariño de tanta gente en las últimas semanas y meses entendía muy bien aquello, pero para Pablito y sobre todo para Mateo aquella frase era muy difícil.

“CUANDO COMPARTO NO ALCANZA, PERO CUANDO COMPARTO SOBRA” repitió Ana en voz baja, como para que ningún otro ruido estorbara y la frase mágica pudiera escucharse mejor. “Cuando comparto no alcanza, pero cuando comparto sobra”, repitió una y otra vez.

Luca que estaba muy cansado por un día tan ajetreado empezó a quedarse dormido. Mateo también. Pablito se dio cuenta que era hora de irse a su casa.

“Cuando comparto no alcanza, pero cuando comparto sobra”.

Los tres niños soñaron con esa frase tan bonita. Ni Pablo ni Mateo entendieron qué significaba, y lo chistoso es que al darle esos regalos tan importantes a Luca y al mostrarle su generosidad y su cariño desprendiéndose de juguetes tan importantes, estaban haciendo que la frase mágica se convirtiera en realidad.

Porque cuando comparto las cosas, a veces no alcanzan. Pero cuando las comparto, el cariño sobra. Luca, el pequeño niño mago había entendido ya.

Querido Dios,

Hoy me sentí muy mal. Me dolía mucho la cabeza, ¿por qué me duele tanto a veces? Espero que algún día me lo expliques porque la verdad es que los días son siempre mejores cuando no me duele la cabeza.

Lo bueno del día fue que pude estar con toda mi familia y con Pablo, mi mejor amigo de todo el mundo mundial. Mateo y Pablo me dieron unos regalos increíbles. También Gufo me mandó una nota genial.

Yo te escribo hoy esta nota de agradecimiento porque te quiero decir que te agradezco por haber hecho que yo naciera en esta familia. Tengo a la mejor mamá y al mejor papá de todo el universo, al mejor hermanito menor que aunque todavía es muy pequeño y a veces es un cabezota, es un gran hermanito. También te agradezco por Pablo, mi mejor amigo y por Ximena mi prima que aunque no estuvo hoy con nosotros yo sé que siempre piensa en mí. Gracias Dios.

Te quiero mucho.

Luca

La montaña rusa

Un día que estaba muy nublado afuera Luca se despertó sintiéndose muy mal. La verdad era que las medicinas que los doctores le daban hacían que el pequeño mago se sintiera a veces muy mareado y con el cuerpo todo adolorido como cuando uno tiene una gripa muy pero muy fuerte. Sin embargo, Luca sabía que era súper importante tomarlas ya que aunque sabían feo y lo hacían sentir muy cansado y dolorido, estas medicinas eran buenísimas y se tenían que tomar.

Claro que hasta ahora nadie ha inventado una medicina súper mágica para la enfermedad que tenía Luca así que a veces, como en un partido de fútbol, la medicina le ganaba a la enfermedad y a veces empataban. Pero también algunas otras veces la medicina no ganaba el partido.

Ese era uno de esos días en los que Luca prefería resguardarse en la montaña, pues aunque estaba llena de nieve y de iglúes la verdad es que era una cama, digo una montaña súper tibia y uno podía estar muy a gusto ahí dentro. Esto de que la montaña llena de nieve estuviera tan tibia era por un asunto mágico, o sea como debe ser cuando en ella habitan dos magos buenísimos.

Curiosamente los días en los que Luca se sentía así de mal, pasaba que su mamá Ana, su papá Miguel, su primaza consentida Ximena y su hermanito Mateo, también parecían sentirse muy tristes y apesadumbrados o sea muy apachurrados.

Eso ponía todavía más triste a Luca porque a él no le gustaba nadita que su familia se sintiera triste porque él estuviera

enfermo. Claro que entendía que esa tristeza que ellos tenían no era por culpa de Luca, era simplemente que como lo querían tanto no les gustaba que estuviera enfermo.

Ya Gufo le había explicado ese mismo día por la mañana, que eso de estar enfermo es una cosa que pasa y que nadie, absolutamente nadie tiene la culpa. Es súper difícil de explicar pero así es.

— Pero ¿por qué me tocó a mí estar enfermo? Yo no hice nada –le dijo un día Luca a Gufo.

— No mi querido amigo y vecino Luca, pues es que el que estés enfermo no tiene nadita que ver con que si tú haces una cosa u otra, o si te portas bien o mal. No tiene nada que ver.

— Está bien, pero entonces ¿por qué me enfermé de esta cosa que se llama Leucemia y que me hace sentir tan mal?

— Pues no tengo una respuesta a esa pregunta, –le dijo con sencillez Gufo.

Luca se quedó atónito o sea muy sorprendido y con los ojos del tamaño de platos de sopa al oír que Gufo no tenía la respuesta a su pregunta.

— Yo creía que tú lo sabías todo Gufo, –dijo en su sorpresa Luca.

— No que va. Nadie sabe todo ni los grandes ni los magos, pero mira Luca, lo que sí sé es que esas preguntas de ¿por qué me enfermé? o ¿por qué me tocó a mí? o ¿por qué no se enferman otros niños y yo sí? pues la verdad es que no tienen sentido precisamente porque nadie te podrá dar una respuesta.

— ¿Nadie?, –preguntó Luca desilusionado.

— Nadie,– replicó el búho mágico–. Pero te voy a decir a qué preguntas si te van a poder dar muchas respuestas. A las preguntas de ¿para qué nací yo en esta casa? ¿para qué soy

el hermano mayor de Mateo? ¿para qué soy el mejor amigo de todo el mundo de Pablo? ¿para qué soy parte de la vida de Ximena mi primaza más querida de todo el mundo?

Luca estaba muy contento de saber que existían muchas preguntas que él jamás le había formulado a su familia y quería probar si era cierto lo que el búho Gufo le había dicho, así que aún cuando se sentía rete mal por la medicina salió de su cama, digo de su montaña, y de inmediato le preguntó a su mamá.

— Oye Ma, ¿te puedo hacer una pregunta súper importante?

— Si mijo, –respondió aunque con mucha tristeza y mucho cansancio Ana, la mamá de Luca–. Dime.

— Tú sabes ¿para qué nací yo en tu casa?

Ana no estaba lista para esa pregunta. A veces los niños decimos algunas cosas que emocionan muchísimo a los grandes y los hacen llorar. Es muy importante que no tengamos miedo de estas preguntas y que mucho menos tengamos miedo cuando veamos llorar a nuestro papá, a nuestra mamá, a nuestros hermanitos, a nuestras primas o a nuestros mejores amigos de todo el mundo. Llorar está muy bien. Ya cada uno de nosotros sabemos que llorar cuando uno está triste y se siente rete mal, resulta de lo más útil por que como le decía Ximena a su primo consentido Luca, llorar ayuda a que se nos limpie el corazón y nos den muchas ganas de dar abrazos a los demás.

Como ese era uno de los momentos en los que los grandes se emocionan muchísimo con lo que decimos o hacemos, pues Ana no pudo responder a la pregunta de Luca y simplemente abrazó muy fuerte a Miguel.

Luca no era muy bueno en la escuela pero era súper prudente e inteligente por lo que de inmediato entendió que no debía

insistir y dejó que su mamá llorara con su papá porque ya sabía que se le estaba limpiando el corazón.

Al regresar a su montaña Luca se encontró con que Gufo ya lo estaba esperando con su cara de sabio y sus lentes de súper aumento.

— Mi mamá no pudo contestarme la pregunta, –dijo con tristeza a Gufo–. ¿No que eran preguntas que sí tienen respuestas? –preguntó muy decepcionado.

Gufo que además de mago era, como ya dijimos, súper sabio entendió la decepción de su amigo Luca y le dijo.

— Tú sabes lo que es una montaña rusa ¿verdad?

— Claro que sé. Pero ¿qué tiene que ver eso con lo que te estoy preguntando? –reclamó algo enfadado el pequeño.

— Pues mira te lo voy a mostrar. Pon mucha atención.

Gufo se concentró y se concentró. Luca abría los ojos como platos al ver tan concentrado y tan quieto a su amigo el búho. Casi, casi, Luca podía ver cómo salía humo de la cabeza de Gufo, hasta que de repente aquel búho maravilloso dijo unas palabras mágicas que el niño nunca antes había escuchado.

— ¡Anduma, dunga, lunga!

¡Pum! En ese preciso momento frente a los mismísimos ojos de Luca apareció de pronto una montaña rusa gigantesca y extraordinaria. Era increíble, enorme, nuevecita y tenía un carro mágico sensacional dentro del cual Luca pudo ver un asiento para dos personas o mejor dicho para una persona y un búho mágico, un cinturón de seguridad y dos cascos mágicos porque siempre es muy importante que nos cuidemos a nosotros mismos.

— ¡Guau! –dijo Luca impresionado–. Qué bárbaro, qué montaña rusa tan increíble.

— Es bonita ¿no? Ven vamos a probarla.

— ¿Qué? –preguntó Luca– ¿que vamos a qué?

— Pues a probarla. ¿A poco tienes miedo? –preguntó retador Gufo.

— Eh… pues… no, no es eso, –dijo temeroso Luca.

— Ven que yo no dejaré que te pase nada y ya verás cómo nos divertimos.

Luca se acercó a la montaña rusa mágica confiado en que su amigo Gufo nunca jamás le había quedado mal y sabiendo que es súper importante que todos confiemos en nuestras experiencias.

— Bueno –dijo con mucho valor el pequeño Luca–. Vamos a subirnos a la montaña rusa.

Gufo estaba que daba saltos de alegría por la decisión que había tomado Luca. Ambos se acercaron a la montaña rusa y conforme el pequeño niño se abría paso entre la nieve, podía ver más y más detalles de aquella montaña mágica. Nunca había visto algo tan grande, ni en el parque de diversiones al que su papá lo había llevado justo una semanas después de que le habían avisado a su familia que estaba enfermo de Leucemia.

La montaña era simplemente fenomenal.

— ¿Qué tal? una montaña, dentro de otra montaña. ¿No es genial? –preguntó Gufo mientras se colocaba aquel casco mágico en la cabeza.

— Increíble, –decía Luca emocionado–. No lo había pensado. Una montaña, dentro de mi montaña. –Es increíble repitió asombrado.

— Ponte el caso y abrocha bien tu cinturón de seguridad, que estamos por arrancar.

Luca estaba tan emocionado, que la molestia y el malestar ocasionado por la medicina se le estaba olvidando. A veces le pasaba que un buen rato de diversión podía ahuyentar el dolor y la tristeza. A veces no funcionaba, pero esta vez era claro que la montaña rusa dentro de la montaña de Luca era un entretenimiento demasiado genial como para no hacer el mayor esfuerzo por pasarlo bien.

— ¿Estás listo? –preguntó el búho.

— Eh… bueno… listo, listo, así lo que se dice totalmente listo pues no sé –dijo muy nervioso el pequeño Luca, que aunque era súper valiente pues aquella montaña tan gigantesca la verdad es que le daba emoción y miedo a la vez.

— Ya verás que nos divertiremos mucho dijo el búho. No hay de qué preocuparse –añadió.

— Bueno, –dijo Luca–. Pues dale ya, –añadió.

A la señal mágica de Gufo, el carro aquel en el que viajaban empezó a recorrer el primer tramo de la montaña lentamente, como para que sus pasajeros pudieran ir acostumbrándose al asiento, al cinturón y al casco mágico. Poco a poco, empezó a acelerar. La emoción iba creciendo y como le sucedía muchas veces cuando estaba nervioso pero emocionado, el corazón le empezó a latir mucho más rápido de lo normal.

— Ahí vamos, dijo Gufo

A Luca no le dio tiempo ni de responder. De pronto, antes de lo que canta un búho, digo un gallo, el carro empezó a correr sobre las vías como si fuera un coche de carreras. Ni siquiera el cohete mágico en el que transportaban a Luca hasta la estación espacial corría tan rápido. Ni siquiera cuando lo empujaba Pablo papá que era muy fuerte y podía hacer que el cohete llegara a velocidades increíbles. Pues ni así. La montaña rusa, dentro de la montaña de Luca era lo más veloz

que él había sentido en toda su vida.

La emoción era inmensa. Luca no podía parar de gritar. Subidas gigantescas, bajadas rapidísimas e interminables, una vuelta completita en el aire, giros y más giros, la velocidad era cada vez mayor, la emoción también.

— ¡Aaaaahhhhh! –gritaba Gufo emocionadísimo y feliz.

— ¡Aaaaaaauuuuuuuu! –contestaba Luca.

— Mira nada más que bajada gigante viene ahora, –se escuchaba decir al búho.

— ¡Uyuyuyuyuyuyuyuy! –alcanzaba a gritar el pequeño Luca quien estaba al mismo tiempo, asustado, feliz, emocionado y hasta triste en los momentos más lentos del recorrido pues le hubiera gustado muchísimo que hubieran podido subir a la montaña al menos Mateo y Pablo.

El recorrido por la montaña siguió y siguió. Duró casi media hora, que es muchísimo para un recorrido tan impresionante, pero finalmente llegó a su final. Luca no podía creer tantas emociones. Ni siquiera Gufo lo podía creer. Aquello había sido absolutamente genial.

Luca estaba agradecidísimo con su amigo el búho, quien hacía todos esos trucos maravillosos por amistad y cariño, pues la verdad era que no tendría por qué hacer tantas cosas por Luca, pero era un búho muy generoso y un gran amigo. Luca que estaba muy emocionado como ya hemos dicho, se desabrochó el cinturón, se quitó el casco mágico, saltó hacia fuera del carro y le dio un abrazo fuertísimo a su amigo el búho.

Era tan grande la emoción que sintió el pequeño Luca que de inmediato se puso a llorar un poco. Era también una forma en la que el niño le daba las gracias a su amigo el búho quien a su vez era tan generoso y bueno con él.

— Gracias querido Gufo. Gracias, eres un gran amigo y tengo muchísima suerte de que vivas en mi montaña, –dijo entre sollozos de emoción y gratitud el sensato niño.

Gufo, quien se había emocionado también mucho por el recorrido y por el abrazo sincero de su amigo Luca simplemente añadió:

— De nada amigo Luca. Es para mí un honor vivir en tu montaña y poder acompañarte en estas semanas que son muy difíciles por tu enfermedad. Yo también te quiero mucho, –añadió el generoso búho mago.

Ambos magos se sentaron un rato sobre unas piedras que encontraron en el camino y se quedaron los dos en silencio viendo como la montaña rusa mágica desaparecía muy lentamente y daba paso a una vista magnífica de la montaña de Luca. Poco a poco, conforme la montaña rusa desaparecía se podían ver los enormes árboles verdes y cafés, el sensacional lago que colgaba de un árbol plateado gigantesco, el río de plástico transparente con agua súper clarita que bajaba desde el lago, la ladera llena de nieve y los iglúes que a Luca le gustaban tanto. También a lo lejos, casi en la cima de la montaña se podía apreciar el castillo sensacional del búho mágico.

Así se quedaron los dos en silencio. Un silencio muy bonito y muy bueno. Un silencio que hace que uno sepa quiénes son sus verdaderos amigos. Un momento que no necesita de palabras ni de nada. El silencio ese repara, consuela, ayuda, acompaña. Es muy bonito y cuando uno está en ese silencio tan lindo, siente mucha paz y mucha seguridad.

— A veces los grandes le tienen mucho miedo al silencio ¿verdad? –preguntó Gufo de repente.

— Sí, –dijo seguro Luca–. Mucho miedo. Ellos creen que siempre se tienen que decir cosas, pero a mí la verdad me

gusta mucho estar en silencio acompañado de mis amigos como ahora, –añadió Luca.

Nuevamente reinó el silencio. Búho y niño se quedaron así por horas, hasta que a Luca lo venció el sueño.

Gufo se dio cuenta de que su pequeño amigo se había quedado totalmente dormido, así que se preparó para marcharse a su casa, pero antes hizo dos cosas. Primero arropó muy bien a su amiguito, acercó una almohada que encontró por ahí y se la colocó debajo de la cabeza con mucho cuidado para no despertarlo. La segunda fue una magia, o sea lo que uno espera cuando un búho mágico está por los alrededores.

Tomó su varita y su sombrero, y repitió las nuevas palabras mágicas que Luca nunca había escuchado antes, pero esta vez lo hizo con voz muy baja pues no quería molestar el sueño tan reparador y útil de su amigo.

— Anduma, dunga, lunga, –dijo casi en silencio el magazo.

Y como por arte de magia, o sea como debe ser cuando un mago tan bueno dice unas palabras mágicas tan divertidas, apareció junto a la almohada de Luca un sobre súper bonito, dorado y blanco que en letras enormes decía simplemente “Luca”.

El búho observó durante unos minutos a su amigo Luca. Se podía ver que lo quería mucho. Antes de partir tuvo que limpiar de su cara dos lágrimas que corrían por sus redondos cachetes llenos de plumas.

— Siempre estaré contigo –le dijo el búho al niño–. Siempre te acompañaré. Nunca estarás solo, –añadió.

Otras dos lágrimas salieron de los ojos de sabio de Gufo. Eran lágrimas de las de verdad, de las que a uno le salen cuando está muy emocionado. Gufo era un gran amigo.

El búho se alejó volando muy lentamente y dio algunas vueltas sobre Luca para asegurarse que estaba bien tapado y bien dormido. El pequeño mago podía por fin descansar después de que por la mañana se había sentido tan mal con la medicina y sobre todo, después de haber dado aquel viaje tan espectacular en la montaña rusa que Gufo su amigo había aparecido dentro de su montaña.

Ese había sido un día a la vez triste por la enfermedad pero alegre por la montaña rusa. Por la mañana todo se veía gris pero por la tarde todo se veía de colores. Así son a veces los días.

Luca durmió muchísimas horas y descansó muy bien. A la mañana siguiente se despertó todavía con una marca de la almohada sobre la cara. Se veía rete chistoso.

Al tiempo de dar un bostezo fuertísimo para quitarse de encima el cansancio que se siente cuando uno se está despertando, Luca pudo ver que junto a su almohada había un sobre increíble blanco con dorado, que con letras espectacularmente grandes decía: “Luca”.

El pequeño mago se apresuró a abrir aquel sobre pero para su sorpresa no pudo al primer intento.

Luca se quedó un poco pensativo y observó con mucha atención aquél sobre.

— Claro, –dijo mientras se rascaba la cabeza–. Este debe ser uno de esos sobres mágicos que Gufo aparece en su sombrero. Eso debe ser, –añadió.

Como por arte de magia, es decir, como debe de ser cuando un mago tan bueno como Luca hace un truco, apareció sobre la almohada el sombrero de copa y la varita mágica que ya conocemos tan bien, y sin pensarlo demasiado el dueño de la montaña tomó su varita y la movió en círculos encima del

sobre aquel hasta que éste se levantó de repente como si tuviera vida propia, y como por arte de magia, o sea como debe ser cuando un buen mago mueve su varita, el sobre empezó a bailar cha-cha-chá.

Era un sobre muy bonito de verdad y bailaba rete chistoso. Luca se sentó a observar aquel baile tan simpático y conforme el volumen de la música se fue haciendo más bajito, el pequeño mago se preparó para recibir el sobre colocando la palma de la mano derecha extendida justo frente al lugar en el que el sobre mágico estaba terminando su baile.

El sobre saltó sobre la mano de Luca al tiempo que mágicamente se abría dejando salir una carta escrita sobre un papel amarillo con letras azules.

Obviamente la carta aquella era de Gufo y decía lo siguiente:

> Querido amigo Luca:
>
> Me divertí mucho hoy contigo en la montaña rusa y me alegro de que al menos por un rato hayas podido distraerte del malestar que te ocasionaron las medicinas. Como tú y yo sabemos, a veces una buena distracción sirve para sentirse un poquito mejor, pero a veces no es así. Me alegra que ésta haya sido una de ellas.
>
> ¿Te acuerdas que justo antes de que yo apareciera la montaña rusa tú me estabas preguntando por qué tu mamá no pudo contestar a tu pregunta y en lugar de eso se puso un poquito triste y mejor le dio un abrazo a tu papá?

Luca se acordaba perfectamente de aquello por lo que de inmediato movió la cabeza de arriba hacia abajo como queriendo decirle a la carta que en efecto recordaba muy claro ese momento.

> Pues la respuesta –continuaba la carta bailarina– está

precisamente en la montaña rusa.

Cuando un niño tan bueno y tan simpático como tú está enfermo, mi querido Luca, los grandes a veces no saben cómo reaccionar. Primero creen que pueden hacer cara como de que no pasa nada aunque nosotros los magos sabemos que sí está pasando algo. Esto lo hacen, como tú muy bien sabes, porque nos quieren mucho y les apena que tengamos malestar y dolor por la enfermedad. Lo que los niños tienen que hacer, es preguntarle a sus papás cualquier duda que tengan, sabiendo de antemano que a veces hay que tener paciencia y calma porque ni siquiera ellos que son tan listos tienen respuestas para todas las preguntas.

Luego de repente, sin mayor aviso los grandes se enojan con los doctores o las enfermeras, muchas veces se enojan entre ellos y pelean mucho. Es más, a veces se enojan hasta con nuestros hermanos y con nosotros. El enojo es muy explosivo e igual que los demás sentimientos se sienten de repente. También los niños que están enfermos sienten mucho enojo a veces, por eso es muy bueno que en tu montaña siempre tengas a la mano alguna almohada para que cuando estés muy enojado pues le des algunos golpes a la almohada y hasta le grites un poco, claro teniendo mucho cuidado de no desenchufar los ríos de plástico que traen el agua mágica. Es una muy buena manera de que el enojo no le llegue a las personas que queremos y es una buena forma para que lo podamos sacar. Sin embargo, también a veces puede suceder que nos enojemos con alguien. Para eso existen luego las disculpas, pero yo digo que mejor que las disculpas siempre serán las almohadas. Como decimos en el país de los búhos, más vale prevenir que lamentar, o lo que es lo mismo, más vale gritarle a una almohada que a alguien a quien queremos mucho, o poco o hasta nada.

También de repente, igualito que los niños, los grandes se sienten muy alegres por algo bueno que les pasó a ellos o a nosotros, pero de inmediato parecen sentirse otra vez tristes o molestos ¿no? como si sentirse alegres en medio de la enfermedad de un niño los hiciera sentir culpables. Es muy importante que los niños le enseñen a los grandes que está bien sentirse alegres y que lo mejor es soltar una gran carcajada cuando uno está contento. Esa es la mejor medicina como te lo ha enseñado Pablo-papá, que aunque no es médico siempre te da esa medicina mágica y sensacional que se llama carcajada.

Y claro, luego está el sentimiento más común que se siente cuando uno está enfermo o cuando uno es grande y alguno de sus hijos tiene una enfermedad como la tuya. Ese sentimiento tan normal y común es la tristeza. A veces nos asusta mucho ver que nuestros papás están llorando o de plano ni se pueden mover mucho de lo tristes que están. La tristeza no debe de preocuparnos ni darnos miedo porque es igualita que cualquiera de los demás sentimientos, o sea que se siente y ya está. Cuando tu papá o tu mamá, o Mateo o Pablo o Ximena, se sientan tristes, lo mejor como tú bien sabes es acompañarlos en silencio, sin darles consejos ni queriendo alegrarlos a la fuerza. El silencio y la compañía cariñosa es el mejor remedio para la tristeza. También hay que estar atentos porque la tristeza es como la gripa. Se contagia a veces de una persona a otra. Tampoco tenemos que asustarnos si se nos contagia la tristeza de alguien, simplemente hay que darle un abrazo a la tristeza y sentirla. Solita pasará. Es como lo que pasó hoy, primero estaba el día todo gris y triste y luego, con la montaña rusa se puso alegre y de colores.

Mientras leía todo aquello, Luca no dejaba de mover la

cabezota de arriba hacia abajo, diciendo sí a todo lo que le había escrito Gufo y dándose cuenta lo sabio e inteligente que era su amigo el búho mágico.

La carta continuaba.

> A veces, todos sentimos mucha emoción y muchos nervios. A veces mucha tristeza, enojo, miedo, amor y alegría. A veces no sabemos ni qué sentimos y eso nos confunde, por eso con los sentimientos hay que tener paciencia.
>
> ¿A poco no te pasó lo mismo en la montaña rusa? ¿A poco no pasamos del miedo inicial, a la alegría y al entusiasmo por aquellos descensos tan increíbles? y ¿no es cierto que de repente sentías algo de tristeza cuando veías que tú y yo nos estábamos divirtiendo tanto pero que no podías compartir ese momento con Mateo o con Pablo? ¿Verdad que también sentiste un poco de enojo cuando estaba por acabar la última vuelta?
>
> Cuando un niño está enfermo su familia siente muchas cosas y lo más difícil de entender es que todos esos sentimientos suceden al mismo tiempo.
>
> Eso es lo que pasa cuando les hacemos una pregunta de esas bien difíciles a mamá o a papá. De inmediato se ponen tristes o enojados, o simplemente no nos hacen caso como si no hubiéramos preguntado nada. Lo que realmente está pasando es que, como en la montaña rusa, nuestra pregunta hace que les vengan de sopetón un montón de sentimientos a la vez y estos son muy intensos, así que simplemente los grandes se quedan sin respuestas o reaccionan de un modo muy distinto al que esperábamos. Lo mismito pasa por ejemplo cuando tú y Pablo se ríen tanto porque no pueden pronunciar el dificilísimo nombre que tiene su enfermedad y en lugar de que los grandes se rían un poco con ustedes, se

enojan mucho y los regañan evitando que ustedes pasen un buen rato.

Los sentimientos son como una montaña rusa cuando hay un niño enfermo en casa. Pero lo que es muy importante entender es que los sentimientos siempre son buenos, nunca hay sentimientos malos. Se sienten y ya está. Cuando uno está triste, llora; cuando estoy alegre me río; cuando estoy enojado le pego a una almohada o le grito un poco; cuando siento amor por alguien le doy un abrazo con muchísimo cariño y le digo que lo quiero; cuando tengo miedo, pido ayuda.

Pero la lección más importante que nos enseña la montaña rusa, es que en cada carrito hay espacio para dos. Así cuando tú sentías alegría, yo me moría de la carcajada contigo; cuando tú te asustabas un poquito yo ponía mi ala en tu espalda para que supieras que no te pasaría nada; cuando te enojabas porque se acabaría el paseo yo me hacía el loco para que pudieras gritar un poquito sin molestarte; cuando te pusiste triste porque no estaban ahí Mateo y Pablo, yo me puse triste contigo; y cuando acabó el paseo y me diste un abrazo sincero, yo lo recibí con mucho cariño también. La montaña rusa, nos enseña que cuando estamos acompañados la tristeza se divide y la alegría y el amor se multiplican. Por eso en cada carrito hay dos asientos, o más.

Conforme Luca leía aquella carta tan bonita y tan atenta de su amigo Gufo empezó a sentirse más fuerte y mucho mejor. Esa era sin duda una carta mágica que además decía muchas cosas que eran ciertas. Gufo era un búho muy listo y podía entender muy bien lo que pasaba alrededor de la cama, digo de la montaña de Luca. Continuó la lectura que estaba ya por terminar.

Ahora que ya has aprendido esta lección de la montaña rusa, me parece que estás casi listo para aprender el truco de magia más maravilloso que me enseñó mi amigo Nicolás.

Estaré de vacaciones unos días, pero te buscaré en un par de semanas para que sigamos platicando.

Te mando un abrazo con mucho cariño.

Gufo, tu vecino y amigo.

Luca tenía ambos ojos abiertos como platos de sopa. No podía creer eso último que había leído. Estaba totalmente feliz, pues el búho mágico le había dicho que ya casi podría aprender el truco de magia ese tan maravilloso que le enseñó Nico a Gufo pero ¿qué no había dicho antes el búho que se lo enseñaría hasta su cumpleaños? Todavía faltaban seis largos meses para su cumpleaños que era hasta agosto. ¿No se habrá equivocado Gufo?

— ¡Uy! –dijo Luca decepcionado–, ¡dos semanas de vacaciones! Es muchísimo.

Pero ni modo, a veces así pasa y uno tiene que tener paciencia.

Para conocer los secretos más bonitos y más importantes del mundo es muy importante aprender a tener paciencia. Eso tendría que hacer nuestro amigo Luca, tener un montón de paciencia y hacer lo posible porque estas dos semanas que faltaban para volver a ver a Gufo se pasaran lo mejor posible.

Durante los siguientes catorce días, o sea dos semanas, el niño mago practicó todos los trucos de magia que se sabía para poder sorprender a su amigo el búho en cuanto regresara. Además durante esos días de espera leyó muchas veces la carta aquella tan bonita que le había dejado Gufo y cada vez que la leía aprendía algo nuevo que luego podía compartir con Pablo, su mejor amigo de todo el mundo y por

supuesto con Mateo, su hermanito menor.

Una vez más al compartir su carta Luca volvía a aprender aquello de que “cuando comparto no alcanza, pero cuando comparto, sobra”.

Poco a poco Luca se estaba convirtiendo en un magazo extraordinario y en un niño casi igual de sabio que su maestro Gufo. Igualito le había pasado a Nicolás.

El cumpleaños siete y medio

Los días seguían pasando y la medicina parecía ir perdiendo el partido de fútbol que estaba jugando contra la enfermedad esa que tenía Luca, que se llamaba leucemia.

Como ya sabíamos la medicina entra a ese partido de fútbol como cualquier equipo. A veces gana, a veces empata y a veces pierde. Ni modo. Así es el fútbol y la verdad es que Luca que cada día aprendía cosas y trucos de magia, ya también sabía que así era la vida. A veces uno parece ir ganando, otras empatado y otras más, perdiendo. Lo importante es siempre aprender de nuestras experiencias, de nuestros éxitos y de nuestros fracasos, porque no siempre todo sale como uno quisiera.

En los últimos días Luca no se había sentido nada bien y se daba cuenta de que su papá, su mamá, los doctores y enfermeras estaban un poco preocupados por eso que nosotros ya sabíamos. Eso de que a veces la medicina pierde los partidos de fútbol. ¡Bueno pues sí hasta los mejores equipos del mundo a veces pierden!

Luca se acordaba todos los días de la montaña rusa aquella que le había aparecido su querido amigo Gufo a principios del mes, y claro, también se acordaba rete bien de esa promesa que le había hecho el búho mágico en la carta tan bonita, amarilla y azul, que había aparecido ese mismo día junto a su almohada. Luca estaba ya casi listo para aprender el truco de magia más maravilloso de todos y que él tendría que enseñarle luego a su mamá, a su papá, a Mateo, a Pablo y a

Ximena su primaza mas consentida de todo el mundo mundial.

Ximena venía a visitar al mago Luca un sábado sí y otro no. Eso era porque ella vivía en otra ciudad que aunque estaba bastante cerquita de donde estaba el hospital en el que se encontraba la montaña de Luca, pues no era siempre fácil transportarse.

Además Ximena estudiaba en una universidad y la mayoría del tiempo estaba muy ocupada. A Luca le daba una alegría enorme cada vez que la veía porque su prima consentida era súper divertida y súper graciosa, pero lo que más le gustaba a Luca de estar con Ximena era que a ella no le daba nadita de miedo el silencio. Luca y su prima podían estar a veces todo el sábado completito en absoluto y total silencio.

A veces jugaban un juego divertidísimo que se llama “serios” y que es muy gracioso porque simplemente uno se le queda viendo fijamente a los ojos al otro y pierde el primero que se ría, precisamente por eso el juego se llama “serios” porque gana el que logra estar más serio.

Es súper divertido y Ximena era buenísima para el juego de serios. Luca siempre perdía porque acababa riendo a carcajadas por la cara de seria que ponía su prima consentida.

Luca estaba feliz porque al día siguiente sería un sábado súper especial, por un lado era el sábado que le tocaba recibir la inigualable visita de Ximena y por otro, era también el día que regresaría Gufo de sus vacaciones. Qué increíble y que suerte tan buena que las dos cosas coincidieran. Sería un sábado excepcional.

El pequeño mago ni se imaginaba cuán extraordinario sería el día siguiente.

— Mañana viene Xime, –gritó feliz pero muy débil Luca desde dentro de su montaña.

— ¡Yupi y recontra yupi! –Añadió Mateo a quien también le daba muchísimo gusto saber que su prima venía al hospital.

Mateo a veces también jugaba “serios” con Ximena y con Luca. La verdad es que era el mejor de los tres. Él podía poner la mejor cara de serio de todo el mundo y siempre hacía que su prima y su hermanito acabaran por reírse a carcajadas de la cara del enano.

— Esa no es cara de serio, –reclamaba Luca.

— Parece que estás enojado, –añadía Ximena.

Pero Mateo no dejaba su cara de entre enojado y serio y acababa ganando siempre los torneos de “serios” que se organizaban un sábado sí y uno no, es decir los días que Ximena venía a visitar a sus primos.

Justo mientras Luca pensaba en su prima más consentida, sonó el teléfono del cuarto.

— ¿Bueno? –Preguntó Ana–. ¡Hola Xime! –Añadió con alegría–, justo estábamos todos por aquí hablando de ti.

Se hizo un pequeño silencio lleno de emoción.

— Claro que hablábamos todos muy bien de ti, –dijo Ana–. Mira te paso primero a Luca para que te salude ¿está bien?

— ¿Bueno? –Dijo el pequeño mago súper contento por hablar con su prima consentida y por la gran casualidad que se había dado justo en el momento en el que hablaban de Ximena.

— Hola mi niño dijo –sin ninguna pena Ximena del otro lado del teléfono–. ¿Adivina qué?, –añadió:

— ¿Qué? –Preguntó Luca emocionado aunque muy débil por que la enfermedad estaba ganando el partido de fútbol que estaba jugando contra las medicinas.

— ¡Pues que mañana te tengo una sorpresa!

— ¿Una sorpresa? –preguntó Luca emocionadísimo–, dime

qué sorpresa.

Mateo que ni sabía bien de que estaban hablando su hermano mayor y su prima, se puso a gritar como un loquito.

— ¡Una sorpresa, una sorpresa! Yo quiero que me digan qué sorpresa es esa.

— ¡Mateo! –Gritó Miguel desde la mesita del fondo del cuarto de Luca–, por favor deja hablar en paz a tu hermano.

— ¡Sshhh! –Dijeron casi al mismo tiempo Ana y Luca tapando la bocina del teléfono.

Mateo se quedó triste por la regañada que le habían dado todos y mejor se metió debajo de la cama, digo de la montaña de Luca. Ahí, Mateo tenía su cueva, porque claro debajo de cada montaña siempre hay una buena cueva y a él le gustaba mucho jugar ahí dentro.

A veces, Luca bajaba desde su montaña y jugaba un poco con su hermanito dentro de la cueva. Claro eso era cuando Lucrecia la enfermera más buena gente pero con el nombre más feo y más raro de por ahí no los veía, porque si se enteraba que Luca había bajado a la cueva, santa regañiza que les ponía a ambos.

— Pero ¿qué no ves que la cueva de tu hermano está llena de polvo? –reclamaba Lucrecia cuando encontraba ahí al pequeño mago–. Tanto trabajo que nos da mantenerte limpio para que en un dos por tres, te llenes de polvo en la cueva de Mateo.

Luca que era un niño muy sensato y muy obediente, de inmediato se regresaba a su montaña y a Mateo que era un poco mas travieso solo le daba mucha risa que regañaran a su hermano por haber bajado a la cueva.

— Pásame ya a Ximena, –gritó nuevamente Mateo desde su cueva–. ¡Pásamela!– gritó como un loquito de los que a veces

son un poquito insoportables.

— Bueno, bueno, ya te la paso. Qué gritos ¿eh Mateo?

Luca le pasó el teléfono a Mateo quien regresó de inmediato a su cueva y se puso a platicar algunas loqueras con su prima Ximena.

— ¿Oíste mamá? –le preguntó Luca a Ana.

— Sí mijo. Pude escuchar que Ximena te tiene una sorpresa para mañana. Qué gusto.

Justo en ese momento, pasó una de las cosas que ya Gufo había escrito en su magnífica carta mágica. Ana, la mamá de Luca sin más ni más, se puso súper triste y se alejó un poquito de la cama, digo de la montaña para llorar un poco.

Miguel se acercó y también Luca.

— No te preocupes hijo, –empezó a decirle Miguel a Luca.

— No tienes que decirme nada Pá, interrumpió el magazo Luca. No me tienes que decir nada.

En ese momento Luca abrazó al mismo tiempo a su papá y a su mamá que se habían puesto tristes de repente, y se dio cuenta cómo ese abrazo en silencio, sin explicaciones ni consejos era más útil que nada.

Ah que sabio es mi amigo Gufo, pensó el pequeño mago.

Al poco rato, el abrazo mágico como luego le llamarían a ese momento en la familia de Luca dio el resultado esperado. Todos dejaron de llorar y reanudaron la plática de antes pero la verdad, ya sintiéndose un poco mejor.

Para eso sirve la tristeza, o el enojo, o el miedo, o la alegría o el amor. Para que nos sintamos bien, fuertes y útiles. Ni siquiera importa si estamos enfermos o no, porque nos podemos sentir un poco mejor siempre que expresamos lo que sentimos.

La tarde transcurrió con una animada y divertida conversación en broma sobre cómo todos en la familia pensaban que Mateo estaba medio loquito. Las carcajadas de la familia de Luca se oían hasta la estación de las enfermeras. Lo bueno es que Lucrecia, la enfermera súper estricta que era muy buena gente pero que tenía el nombre más raro y feo de por ahí, estaba descansando en otro piso. Todos sabíamos ya que Lucrecia regañaba mucho a quien pusiera el desorden en el piso.

Las carcajadas seguían y seguían y hasta el mismo Mateo se reía mucho porque la verdad es que tenía un sentido del humor muy bueno. Ese era el mejor regalo que el hermanito de Luca podía darle a su hermano mayor, porque el buen humor siempre es útil para darnos cuenta de que aunque a veces el mundo se ve triste y gris, siempre existe espacio para ponerle un poco de color. Aunque sólo sea a veces, un poco.

Tanta risa hizo que pronto todos se sintieran muy cansados. Especialmente Luca que como ya hemos dicho estaba batallando duro con su enfermedad, con la ayuda de unas medicinas que aunque eran buenísimas pues parecía que estaban perdiendo aquel partido de fútbol tan importante que estaban jugando.

Luca se despidió de todos y se dispuso a entrar en su montaña para dormir.

— Mañana será un día buenísimo, –pensó el pequeño mago. Llegarán Ximena y Gufo. Ya tengo muchas ganas de verlos.

Todos se despidieron de Luca, y como Mateo se había portado tan bien y había tenido tan buen humor, sus papás lo dejaron dormir esa noche en la montaña de Luca. Ya Ana y Miguel sabían también que el siguiente día sería muy especial.

Luca y Mateo se quedaron dormidos muy rápido porque estaban muy cansados. Los dos cerraron los ojos y aunque ya estaban en el mundo de los sueños, ambos tenían una buena

sonrisa pintada en la cara. Sería acaso que se habían divertido mucho ese día, o a lo mejor porque sabían que les esperaba un día genial.

— Buenas noches, –alcanzaron a escuchar a Miguel desde fuera de la montaña–. Que sueñen con los angelitos, –dijo Ana con cariño.

Esa noche, Mateo y Luca durmieron muy bien.

La noche transcurrió sin ningún contratiempo y después de unas horas por fin salió el sol de ese sábado tan genial.

Justo a las 8 y media de la mañana, Ximena que había llegado muy temprano al hospital, se acercó de puntitas a la montaña de Luca y tratando de no hacer ningún ruido tomo enterito a Mateo y lo sacó de la cama, digo de la montaña. Mateo no entendía nada pero cuando se dio cuenta de que era Ximena la que lo estaba sacando de la montaña se dispuso a dar uno de sus gritos de loquito. Ella al ver aquello le tapó la boca con mucho cariño y le dijo muy quedito al oído que no gritara porque tenían una sorpresa increíble para Luca.

Mateo le cerró un ojo haciéndole saber a su prima consentida que había entendido muy bien y que ya no era necesario que le tapara la boca.

Unos minutos más tarde, la sorpresa estaba ya lista. Luca seguía plácidamente dormido sin imaginarse todo lo que estaba pasando alrededor de su montaña, dentro del cuarto del hospital.

Globos, espanta suegras, gorritos, velitas, un enorme pastel en forma de balón de fútbol de vainilla y chocolate, serpentinas, confeti y un montón de regalos todos envueltos en papel brillante y de colores.

— A la una, a las dos y a las… –dijo de pronto en voz alta Ximena.

— ¡Tres! –gritaron Mateo y Pablo.

El grito aquel logró despertar a Luca quien no entendía nada de lo que ahí ocurría y que por tanto sueño no pudo abrir los ojos cuales platos de sopa, como aquella ocasión lo ameritaba. Unos segundos después el mago escuchaba una canción que le resultaba muy familiar, pero que habían cambiado de manera muy extraña.

— *Estas son las Mañanitas que cantaba el Rey David, hoy por ser tu MEDIO cumpleaños te las cantamos así…* –creyó escuchar el mago Luca desde su cama, digo desde dentro de su montaña.

— ¿Qué pasa? –preguntaba todo dormido– ¿por qué cantan? ¿quién cumple años? ¿qué es eso de un medio cumpleaños? –preguntaba Luca todo atarugado por el sueño.

— *Despierta mi bien despierta, mira que ya amaneció, ya los pajaritos cantan, la luna ya se metió*, –seguían cantando Ximena, Ana, Miguel, Mateo, Pablo papá, Pablo chico, Lucrecia, Javier y un señor que se había metido de colado cuando vio aquel pastel tan sensacional.

— Bravo, bravo –gritaban todos mientras aplaudían y le sonreían a Luca.

Ximena se escurrió por una ladera de la montaña de Luca con una caja mediana como del tamaño de un cuaderno, envuelta en un papel amarillo muy chillón. A Luca le dio muchísima emoción ver a su primaza consentida y de inmediato le lanzó los brazos para darse un abrazo muy fuerte.

— Hola cara de moco, –le dijo con mucho cariño Ximena a Luca porque ese saludo siempre hacía reír mucho al pequeño mago.

— Hola cara de rana, –le contestó Luca a su prima.

Ambos rieron mucho.

— No entiendo nada prima, –le dijo–. ¿Por qué hay fiesta si

hoy no es mi cumpleaños?

— Y ¿quién dice que no es tu cumpleaños? –preguntó Ximena haciendo cara de seria, como en el juego.

— Pues no, –respondió con toda autoridad Luca–. Pues si mi cumpleaños es hasta Agosto. Todavía faltan seis meses larguísimos.

— ¿Ah sí? –preguntó Ximena todavía con cara de rana–. ¿Así que faltan aún seis mesezooooooootes? –añadió haciéndose la graciosa.

— Seis mesezooooooootes –dijo Luca para completar la broma.

— Pues por eso, –gritó desde su cueva el pequeño Mateo–. Por eso hay fiesta hermano.

— ¿Cómo? –preguntó Luca que todavía no entendía nada.

— Claro,– dijo de pronto Pablo, el mejor amigo de Luca de todo el mundo–. Es una idea genial, –añadió.

— Pero ¿qué idea? No entiendo nada, –dijo Luca ya un poco enfadado porque de verdad no comprendía nada.

— Pues ¿que no escuchaste cómo cantamos todos esta vez *Las Mañanitas*? –preguntó Ximena–. Este no es tu cumpleaños número ocho, es tu cumpleaños siete y medio.

Ahora sí, Luca abrió los ojos del tamaño de platos de sopa. La idea era genial. Festejar el cumpleaños en febrero, pero no el cumpleaños oficial sino el medio cumpleaños, por eso la canción había sonado rara.

El pequeño Luca se emocionó mucho. Tanto que no pudo evitar ponerse a llorar un poco. Es que a veces con el cansancio de la enfermedad y con tanta medicina, uno se confunde mucho y cuando los demás creen que vas a ponerte a reír a carcajadas, pues como que se antoja llorar un poco.

Ximena se contagió de inmediato de las lágrimas de Luca.

También Ana quien de plano se alejó de la montaña como era su costumbre. Miguel hizo su cara esa de que “aquí no pasa nada” y se acercó a la mesita donde ponía su computadora. Pabló papá, también se contagió un poco y le dio un abrazo fuerte a Pablo chico. Mateo no entendía nada.

Todos se quedaron en silencio un ratito hasta que finalmente Ximena que era seguramente la prima más sensata y querida de Luca recordó que tenía en la mano un regalo para su primo.

— Mira cara de moco. Te compré esto. ¿Lo quieres abrir?

— Claro Xime cara de rana, muchas gracias respondió Luca.

— ¿Qué es? –gritó como un loquito Mateo desde su cueva sin siquiera asomarse a ver qué le habían dado a su hermano–. ¿Qué es? –Insistió.

Luca luchaba contra la envoltura del regalo, porque a veces es súper difícil abrir un regalo, sobre todo porque ya uno quiere ver que hay debajo del papel chillón y brillante que lo envuelve.

Finalmente el pequeño mago logró abrir el regalo. Era un cuaderno increíble, perfecto para un mago porque tenía la forma de un sombrero de copa. Luca nunca había visto nada igual. De verdad que Ximena le había dado un regalo sencillo pero sensacional, de esos que a uno le son mucho más útiles que otras cosas que luego nos regalan que sólo nos emocionan un ratito y luego ya no. Además el regalo era perfecto porque Luca sabía ya dentro de su corazón que era tiempo de empezar a escribir muchas notas de agradecimiento a toda la gente que durante tanto tiempo lo había acompañado alrededor de su montaña.

Era súper importante escribir notas de agradecimiento para la gente y no había nadie mejor que Luca para hacer eso.

— ¿Te gusta? –Preguntó Ximena intrigada.

— ¿Que si me gusta? me encanta Xime, muchas gracias. Es

un regalo muy útil y es perfecto para que yo me ponga a escribir muchas notas de agradecimiento.

Ana se acercó a la cama de Luca y le dio un abrazo muy fuerte y con mucho cariño.

— ¿Tienes que escribir muchas notas hijo? –preguntó Ana.

— Sí Ma, respondió el mago. Mira toda la gente que hay aquí festejando mi cumpleaños siete y medio. Yo tengo que agradecerles a todos ¿no crees?

— Sí mi niño, claro que sí, –le respondió Ana dándole a su hijo otro abrazo y tratando de que Luca no viera que otra vez le habían dado muchas ganas de llorar.

Luca, que se daba cuenta perfectamente que su mamá se había puesto un poquito triste otra vez simplemente recurrió al abrazo mágico que le había enseñado Gufo y con alegría vio que funcionaba nuevamente a la perfección.

Después de un breve silencio, Lucrecia se acercó a la mesita del fondo para re organizar la fiesta y que por fin se pudiera partir aquel estupendo pastel con forma de balón de fútbol. Sobre el pastel se habían colocado siete velitas completas y una partida a la mitad, todas encendidas. Se veía muy chistoso.

— Pide un deseo, hermano, –gritaba Mateo quien ya se había subido a la montaña y estaba sentado ya con un plato vacío esperando un pedazo de aquel suculento pastel.

— A ver déjenme pensar en algo. A ver… ¡ya sé! –gritó de repente Luca que ya sabía lo que pediría de deseo.

Luca infló los cachetes como si fueran globos de esos que transportan personas y con un soplido que más bien parecía un huracán de lo fuerte que lo hizo, apagó las siete velitas completas y de pilón, hasta la que estaba partida por la mitad.

Todos aplaudieron con mucho entusiasmo para felicitar al gran

mago por su “medio cumpleaños” y sobre todo porque había podido apagar de un solo soplido todas las velitas del pastel. Lucrecia se acercó con un buen cuchillo y empezó a partir unas grandísimas rebanadas de pastel y a colocarlas sobre unos platos de cartón que había traído Ximena, luego Javier se puso a servir refrescos. La fiesta se ponía cada vez más buena y sin embargo Ana, la mamá de Luca no podía parar de llorar.

Entonces pasó algo totalmente increíble y que aquellos niños no olvidarán jamás… ¡Gufo salió de la montaña y aterrizó justo a un lado de Luca en la ladera principal de la montaña!

Sí, sí como lo oyes. El búho mágico voló desde dentro de la montaña, dio una vuelta completa casi junto al techo del cuarto de Luca y se posó suavemente junto a la almohada que había a un lado de la cabeza de Luca. Venía vestido de gala, con sombrero de copa, un traje negro rete chistoso con una corbata de moño y una gran capa de mago, negra por fuera y roja por dentro.

Los tres niños de inmediato se voltearon a ver con los ojos del tamaño de platos de sopa, primero entre ellos y luego giraron para ver la cara de todos los grandes que estaban dentro del cuarto.

Aquello era increíble, parecía que ninguno de los grandes podía ver al búho. Pero ¿cómo era eso posible? Gufo era enorme, casi del tamaño de Luca. Los grandes seguían platicando entre ellos, todos concentrados en ayudar a Ana a no sentirse tan emocionada por la fiesta y tratando de acompañarla un poco para que dejara de llorar.

Justo en ese momento, el emplumado e inesperado visitante sacó de su sombrero de copa una varita mágica nuevecita, tomó de una esquina su capa mágica y sin pensarlo un momento dijo unas nuevas palabras mágicas:

— ¡Chi – huala – paranika!

Esas eran las palabras mágicas más raras que Luca había escuchado en toda su trayectoria de mago, pero su efecto sin duda fue impresionante. En un segundo y por arte de magia, es decir como debe de ser cuando un mago tan genial sacude su capa de esa manera, el tiempo de los grandes se detuvo. Sí, como lo oyes, todos los grandes se quedaron como estatuas mientras que todos los chicos y el búho podían moverse sin problema. Aquello era absolutamente increíble. De verdad que Gufo era un mago excepcional.

— Muy bien, muy bien niños, acérquense, acérquense que tengo algo muy importante que decirle a Luca y quiero que todos estén bien atentos. Venga acérquense que este hechizo sólo dura unos minutos.

Los niños no podían creer lo que veían. Estaban pasmados pero de inmediato hicieron caso a las indicaciones del búho mágico y se instalaron en la montaña a un lado de Luca.

El búho se quitó el sombrero, se sentó también ahí junto a Luca y se dirigió a él con mucho cariño.

— Antes que nada, feliz *medio cumpleaños* mi querido amigo.

— Gracias Gufo, –respondió Luca quien estaba aún asombrado por la presencia de su amigo fuera de la montaña y sobre todo por aquél truco de magia tan increíble mediante el cual había logrado que el tiempo de los grandes se detuviera.

— Como te lo prometí algún día, hoy te enseñaré el truco de magia más maravilloso que jamás se ha inventado, –dijo de pronto el búho.

Los tres niños se emocionaron mucho y como ya no era posible abrir los ojos más grandes, pues los dejaron del tamaño de platos de sopa.

— Te prometí, continuó el búho, que en tu próximo cumpleaños yo te enseñaría el truco, y sonriendo añadió, no

importa que éste sea tu *medio cumpleaños*. Cuenta igual. Lo único que tendrás que hacer es demostrarme que ya estás listo y para eso tendrás que pasar una pequeña prueba.

— ¿Una prueba? –preguntó un poco temeroso Luca, porque aunque era el mejor del mundo para dibujar y escribir notas de agradecimiento la verdad es que no era muy bueno para el colegio, y desde luego no era muy bueno para las pruebas–. Pero ¿será una prueba fácil no? –añadió.

— Pues todo depende mi querido Luca, –respondió el búho.

— ¿De qué? –preguntó intrigado el niño–, ¿de qué depende? –insistió.

— Pues depende de cuánto hayas aprendido en este viaje, –contestó Gufo.

— ¿Viaje? ¿cuál viaje? –preguntó nuevamente el niño mago.

— El viaje que inició el día que me conociste y que terminará el día en que sepas utilizar a la perfección este truco que hoy te enseñaré.

Luca estaba totalmente emocionado y contento. Mateo y Pablo se habían quedado casi sin respirar y estaban muy atentos a todo lo que estaba pasando en la montaña. Ese era un día que ninguno de los tres podría olvidar. Era el sábado en que Ximena había organizado una fiesta de “medio cumpleaños” y el búho Gufo había salido de la montaña para paralizar el tiempo de los grandes. Pero sobre todo, era el sábado en que Luca se convertiría en un Maestro Mago, y eso no era cualquier cosa.

— ¿Estás listo? –preguntó entonces Gufo.

Luca hizo una pequeña pausa. Respiró muy profundo, como hacía siempre que lo llevaban en el cohete a la estación espacial para tomar valor, y respondió:

— Listo Gufo. Estoy listo, –reiteró.

— Muy bien, dijo el búho. Esta prueba consta de una sola pregunta.

Luca estaba súper nervioso. Las pruebas de una sola pregunta son las más difíciles de todas porque si está bien tu respuesta pues te sacas diez, pero si está mal, pues te sacas cero. Era muy importante responder correctamente.

— Venga Gufo,– gritó de repente Mateo que ya no aguantaba más los nervios–. Venga que ya no puedo.

El grito de Mateo y su imprudencia sirvieron muchísimo para matar los nervios porque Pablo, Luca y hasta Gufo se echaron a reír a carcajadas. No podían de la risa al ver la cara de angustia y al escuchar los gritos de loquito del pequeño Mateo. Era genial. No hay nada mejor que el buen humor cuando uno está tan nervioso. Qué suerte tenía Luca de tener un hermanito menor tan chistoso y travieso.

Luca respiró profundo nuevamente dándose cuenta de que las carcajadas le habían servido para ya no estar tan nervioso y dijo:

— Muy bien. Estoy, ahora sí, totalmente listo.

— Dime Luca, ¿de qué color es tu enfermedad?

Mateo se llevó ambas manos a la cabeza.

Pablo se quedó totalmente inmóvil.

Aquella era una pregunta dificilísima. Ni el hermanito menor de Luca, ni su mejor amigo de todo el mundo tenían la menor idea de cuál podría ser la respuesta. ¿De qué color es una enfermedad? ¿Será verde? ¿Será roja? ¿Será anaranjada? ¡Qué difícil! Tanto Mateo como Pablo estaban seguros que nadie podría responder a aquella pregunta tan increíblemente difícil y lo peor de todo era que ésta había sido una prueba de diez o de cero. Aquello era una barbaridad. Qué difícil la había puesto el mago Gufo. Qué difícil.

Luca se quedó pensativo y en silencio. Cerró los ojos y repitió dentro de su cabeza aquella pregunta inesperada. ¿De qué color es mi enfermedad? ¿De qué color es la leucemia?

Se hizo un silencio profundo y de algún modo maravilloso. Mateo y Pablo seguían inmóviles a un lado de Luca. Estaban muy nerviosos y tristes pues era seguro que Luca no sabría la respuesta a esa pregunta tan increíblemente difícil.

— No es de ningún color, –dijo de repente Luca abriendo los ojos y dirigiendo la mirada seria hacia su amigo el búho–. No es de ningún color –repitió. Es de todos los colores –añadió.

Mateo y Pablo se tomaron de la mano y se miraron con incredulidad. Una gota de sudor caía de la frente del pequeño Mateo de lo nervioso que estaba. ¿Podrá aquella respuesta tan extraña ser correcta? El ambiente en esa montaña era indescriptible. De la emoción y los nervios los pequeños se habían olvidado por completo de todos los grandes que seguían paralizados como estatuas de marfil.

— Mi enfermedad es de todos los colores, –continuó Luca–, porque mi enfermedad es como mi vida y como la tuya –añadió el sabio niño–. A veces mi día es gris y amerita llorar un poquito, porque el gris nos entristece. Pero luego algo pasa, algo como por ejemplo las locuras de mi hermanito Mateo a quien quiero tanto, y del gris saltamos al azul o al amarillo y nos alegramos y reímos, y hasta se nos olvida por un ratito que el día se había pintado de gris antes. Luego, es posible que a media tarde la cosa se ponga negra y nos enojemos mucho, a veces sin saber bien por qué, pero también pasa que en nuestro camino encontramos una almohada para darle unos golpes o gritarles y el negro se desvanece, dando paso al verde clarito de la tranquilidad.

Gufo estaba totalmente atento a la respuesta de Luca. Se frotaba la barbilla con un ala y se acomodaba los lentes con la

otra.

— Continúa, –le dijo el búho al mago.

— Hay días, siguió Luca, que todo se ve de un solo color, días como cuando tengo mucho dolor o me siento muy cansado, y sin embargo, esos días también pueden cambiar de color, porque los colores no sólo surgen de dentro de mí, a veces vienen de fuera. Cuando yo estoy gris o muy descolorido siempre recibo algún color de fuera. Mi Má, me trae siempre un abrazo que es rosa clarito o de plano, rosa mexicano. Mi Pá me trae siempre un consejo que yo pintaría de amarillo como el color del sol. Mateo me trae siempre travesuras o locuras rojas que me divierten tanto. Ximena me trae siempre el silencio que es blanco. Pablo me trae un lenguaje que se habla con la mirada y es de color verde. A veces gana el gris, pero a veces no. A veces yo pinto de colores el gris de alguien más, cuando mi mami está triste la curo con el silencio blanco que me enseña Xime, o cuando mis papás se enojan los invito a pintar de rosa su día con un abrazo mágico. Cuando regañan muy fuerte a Mateo le llevo pinceles amarillos con buenos consejos, así puedo yo también pintar en la vida de los demás como ellos pintan en la mía.

Luca hizo una pausa y concluyó:

— Por eso mi enfermedad es como mi vida. No es de un solo color sino de muchos.

El búho alargó ambas alas y le dio un abrazo tan grande a Luca, que lo cubrió completito. Mateo y Pablo seguían tomados de la mano nerviosísimos. Todavía no sabían si aquella respuesta tan bonita era correcta y miraban intrigados aquel abrazo tan grande que le daba el búho a Luca. En cuanto terminó el abrazó, ambos niños supieron la respuesta.

El búho había hecho una nueva magia, y había vestido a Luca con una gran túnica negra y un sombrero alto y puntiagudo.

Era exactamente la manera en la que se vestían los magos más geniales y más importante de todo el mundo mundial.

Luca había acertado.

Se había sacado un enorme diez y estaba ya listo para aprender el truco más maravilloso y genial de toda la historia. Mateo y Pablo, por fin podían respirar.

— Bien, muy bien –gritaba Mateo.

— Felicidades amigo, –decía Pablo al tiempo de abrazar a su mejor amigo de todo el mundo, que era ya casi, casi como su hermano.

— Gracias, –decía una y otra vez Luca–. Gracias. Qué bueno que estaban aquí porque yo estaba nerviosísimo, –añadía el pequeño mago.

— Ahora enséñale ya el truco Gufo, –ordenó Mateo que como ya sabemos a veces era muy imprudente pero no lo hacía por mal educado sino porque era muy pequeño y muy travieso, y aunque ya había aprendido muchas cosas a través de su hermano el mago, pues a veces todavía le ganaba la imprudencia.

— Ja, ja, –río Gufo–. Claro Mateo, claro que le enseñaré a tu hermano ese truco maravilloso pero antes… ¡Chihuala – para – nika! –dijo de repente al tiempo que también congelaba a Pablo y a Mateo igual que había hecho con los grandes que seguían como estatuas, pero que se veían tranquilos.

— ¡Guau! –dijo Luca–. Ya los congelaste a todos, eres un gran mago Gufo, –añadió.

— Es que es necesario que te enseñe el truco sólo a ti, porque luego, tú podrás usarlo con todas estas personas que ves aquí congeladas alrededor de tu montaña.

Ahí estaban en efecto congeladas, todas las personas que Luca más quería de todo el mundo mundial y a las que tendría

que escribirles ya muy pronto una nota de agradecimiento, pues a cada una de ellas tenía algo especial e importante que agradecerles.

— ¿Estás listo para el truco? –preguntó Gufo.

— Listo, –respondió el niño quien estaba a punto de convertirse en un Mago Maestro y eso, no era cualquier cosa.

— Toma esta varita mágica. Es mi regalo de *medio cumpleaños* para ti.

— Gracias Gufo, está muy bonita.

— Ah, pero no sólo es bonita, es una varita capaz de ayudarte a hacer el mejor truco de todos. Pon atención.

Gufo sacó de su sombrero una varita igualita a la que le había regalado a Luca, la giró unas ocho veces alrededor de la cara de Luca y repitió las siguientes palabras mágicas una y otra vez:

— Amo-kineke, amo-kineke, amo-kineke.

Luca pudo ver una pequeña nubecita que desapareció a la misma velocidad a la que había aparecido frente a su cara.

— Ya está dijo el búho. Hemos terminado.

Luca no entendía nada.

— ¿Ya está? –preguntó– ¿cómo que ya está? ¿cómo está eso de que ya terminamos? –siguió preguntando–, pues si no pasó nada, sólo vi una nubecita que apareció y desapareció de repente.

— Ah, dijo Gufo, pero vamos a ver, ¿que no confías en mí?

— Claro que confío –dijo con toda seguridad Luca–. Pues si eres mi maestro, amigo y vecino. Claro que confío en ti, –reiteró.

— Pues entonces venga. Inténtalo tú.

Sin perder un segundo, Luca tomó la nuevísima varita mágica que acababa de recibir de su maestro y la colocó frente a la cara de Gufo.

— No, no, –interrumpió el búho–, inténtalo mejor con Mateo.

Obediente, aunque sin entender muy bien, Luca tomó la varita nuevamente y la giró ocho veces frente a la cara de su hermanito, al tiempo que decía muy concentrado las palabras mágicas que también acababa de aprender.

— Amo-kineke, amo-kineke, amo-kine…

De pronto, algo maravilloso sucedió. Luca tenía los ojos cerrados pero podía ver a Mateo jugando en una alberca llena de algodones de dulce. Ahí estaban Ximena, Pablo y Andrés el mejor amigo de todo el mundo de Mateo, y lo más chistoso de todo era que ahí también estaba el mismísimo Luca. Todos se estaban divirtiendo mucho, platicaban y reían.

Luca abrió los ojos incrédulo porque estaba muy impresionado y de inmediato regresó a su montaña con Gufo.

— ¿Qué pasó? –preguntó intrigado–. Fue increíble, pero no sé qué pasó.

El búho mágico sonreía sin responderle a Luca.

— Ahora inténtalo con Pablo, venga. Inténtalo –le dijo Gufo a Luca.

Luca repitió la magia. Tomó la varita, y la movió en círculos ocho veces frente a la cara de Pablo, mientras decía:

— Amo-kineke, amo-kineke, amo-kine…

Con los ojos cerrados, Luca se transportó de inmediato a un coche de carreras que estaba corriendo como un bólido a más de cien kilómetros por hora. Luca era el copiloto y Pablo era el piloto. Estaban ganando aquella carrera. Era genial.

Luca abrió nuevamente los ojos cada vez más sorprendido y

de inmediato regresó a su montaña.

— Pero ¿qué pasa Gufo? ¿qué pasa cuando hago este truco tan genial? por favor dímelo, ¿qué pasa?– insistía Luca.

— Pasa mi querido amigo, que con este truco te transportas al mundo de los sueños.

— ¿Al mundo de los sueños? –preguntó Luca emocionadísimo.

— Sí, sí, como lo oyes. Cuando tú haces el truco con alguna de las personas que más quieres, como ahora lo hiciste con Mateo o con Pablo, el truco te transporta al interior de sus sueños.

— Qué genial, qué maravilla, qué truco tan increíble. Pero eso significa que todos ellos, Mateo y Pablo y todos los grandes, no están congelados sino ¿dormidos? –preguntó Luca.

— Qué listo eres, respondió Gufo. Efectivamente mi hechizo de hace un rato los puso a dormir, y aunque estén de pie o sentados todos están profundamente dormidos. Lo hice así para que tú pudieras aprender el truco más maravilloso y genial de todos.

— Qué bien. Gracias Gufo, muchas gracias por compartir conmigo este truco tan bueno, –dijo con toda sinceridad Luca mientras le daba un abrazo casi de oso a su amigo el búho.

— Pero ahora, mi querido Luca, viene la parte más importante de todas.

— ¿Todavía hay más? –preguntó Luca que de plano ya no podía con tantas emociones en un solo día.

— Sí. Ahora, tendrás que hacer el truco conmigo.

Sin pensarlo mucho, Luca tomó nuevamente la varita mágica y repitió aquel ritual.

— Amo-kineke, amo-kineke, amo-kine…

Con los ojos bien cerrados, Luca y Gufo se transportaron a la tierra más bonita que el pequeño mago había visto jamás. Era una playa maravillosa con arena blanca y fina, con un mar espectacular cálido, azul, turquesa, verde. Se podía escuchar una música increíble. Del otro lado de la playa, como por arte de magia aparecía un bosque con árboles verdes, cafés, amarillos, un río y una enorme cascada. Era la tierra más linda de todas.

De pronto, desde detrás de un cocotero en la playa, Luca pudo ver a un pequeño niño de la misma edad que él.

— ¡Es Nicolás! –gritaba emocionado Luca–, ¡es Nico! –repetía.

Nicolás se acercó lentamente hasta donde estaban Luca y Gufo.

— Bienvenido Gufo, bienvenido Luca. Bienvenidos.

— Gracias dijo Luca.

— Gracias añadió Gufo. Me da mucho gusto volver a verte, aunque claro, nos vimos ayer en aquél submarino tan bonito ¿recuerdas?

— Claro que me acuerdo Gufo. Qué bien lo pasamos.

— ¿Un submarino? –preguntó Luca súper asombrado.

— Sí Luca, en este mundo de los sueños, siempre es posible construir aventuras espectaculares y ahora que tú también ya conoces el truco podrás construir bonitas historias con la gente que más quieres.

— ¿De verdad? ¿podré seguir haciendo el truco siempre? –preguntó Luca con mucha emoción.

— Cada vez que tú quieras, –respondió Nico.

— Sobre todo ahora, que el viaje está por terminar –dijo Gufo.

Luca abrió los ojos en ese momento.

Todos los grandes seguían su conversación como si nada

hubiera pasado. Mateo y Pablo seguían sobre la cama, digo la montaña de Luca con los ojos abiertos del tamaño de platos de sopa. No entendían nada. Los grandes no recordaban que hasta hace sólo unos segundos todos ellos estaban profundamente dormidos. Mateo y Pablo tampoco.

Gufo ya no estaba. Había vuelto a la montaña, o quizá se había quedado en la tierra más linda de todas. No importaba. Luca ya sabía cómo ir a visitarlo, si quería.

El cansancio venció a Luca, a Pablo y a Mateo.

Aquél había sido el mejor sábado de la vida.

Había venido Ximena.

Se celebró la fiesta de siete años y medio de Luca.

Comieron un pastel buenísimo de chocolate y vainilla con la forma de un balón de fútbol.

Luca había pasado la prueba y al hacerlo, había aprendido que su enfermedad y la vida eran de colores y que uno podía, a veces, decidir qué color le iba mejor a cada momento.

Pero lo más genial de todo: Luca podía terminar ya su viaje, podía dejar a un lado el cansancio, el malestar que ocasionaban las medicinas y la enfermedad, y sobre todo podía olvidarse ya de tanto dolor. Podía concluir el viaje que había iniciado con la llegada de Gufo a su montaña y que terminaría si las medicinas perdían el partido de fútbol que estaban jugando contra la enfermedad.

Esa misma noche, la noche del sábado más genial de todos, Luca, en silencio y rodeado de todas las personas que lo querían y a las que él quería, terminó por fin su viaje.

A partir de esa noche, Luca podría visitarlos en sus sueños. Podía inventar un mundo distinto con todos los colores que quisiera y podría ver a su Ma, a su Pa, a Mateo, a Xime, a Pablo, a Gufo, a Nicolás y a todos los demás cuando y donde

él quisiera.

Ser mago era genial.

Instrucciones para saber escribir una nota de agradecimiento

Mateo estaba muy enojado. Llevaba ya días debajo de su cama. Solo salía para bañarse, para comer y para ir al baño. No entendía por qué se había terminado el viaje de Luca. No entendía por qué las medicinas esas, habían perdido el partido de fútbol contra la enfermedad.

Sólo se ponía contento cuando era la hora de dormir. En cuanto Ana gritaba que ya era hora, Mateo salía apresurado desde debajo de la cama y con un solo brinco llegaba casi hasta su almohada. Como seguía siendo un poco imprudente, a veces de la emoción y del brinco se daba unos cocos tremendos en la cabeza, pero nada de eso le importaba, lo único que él quería era dormir para poder ver a Luca en sus sueños.

A veces en los sueños se organizaban fiestas increíbles. Asistían todos: Ana, Miguel, Ximena, Pablo, Andrés, Javier, Lucrecia y por supuesto los invitados especiales era Gufo y desde luego Luca. Sobre todo Luca. Había música, juegos, globos, regalos. Los regalos más bonitos siempre eran para Mateo… claro, pues era su sueño y así debía de ser.

Los dos sobres que Luca le había dejado a su hermano seguían cerrados a un lado de la lamparita en forma de castillo que alumbraba la mesita junto a la cama de Mateo. El castillito era bonito y a Mateo le recordaba mucho el fantástico nido de Gufo. El que había construido con ramitas y lodo en la cima de la montaña de su hermano.

Cuando era la hora de dormir, Ana llegaba siempre a tiempo para arropar a Mateo y para rezar junto con él.

— *Niñito Jesús, dulce amor mío dame tu corazón y toma el mío. Dulce Madre no te alejes tu vista de mí no apartes, ven conmigo a todas partes y solo nunca me dejes. Madre mía, María, yo te doy mi corazón llénalo de tu amor y dame tu Bendición,* rezaban juntos Ana y Mateo.

Luego Ana le daba la Bendición a Mateo y siempre que se podía llegaba también Miguel a darle otra Bendición a su hijo y un buen beso tronador en la frente.

— ¿Cuándo vas a abrir las cartas que te dejó tu hermano? preguntaba siempre Miguel al ver que aquellos sobres tan bonitos seguían ahí, cerrados, junto a la lámpara.

— Luego, respondía Mateo, quien no estaba aún listo para leer las cartas ni las notas de Luca. Luego, insistía.

Como Miguel y Ana eran tan listos, sabían que era importante tener paciencia y darle a Mateo el tiempo que necesitara. Ya llegaría el momento en que él solito, decidiera que ya debía leer la carta que le había dejado Luca su hermano mayor.

Mateo ya había regresado al colegio en donde encontró a Andrés, su mejor amigo de todo el mundo. En el mismo colegio estaba también Pablo que aunque era mayor que Mateo se había convertido en su segundo mejor amigo de todo el mundo mundial. Ambos se divertían mucho temprano en la mañana porque se contaban con todo detalle los sueños que habían tenido la noche anterior y en los que habían participado Luca y muchas veces también Gufo. Era muy divertido.

Poco a poco, Mateo se volvía más sensato y su mamá y su papá decían que estaban muy orgullosos de él.

Finalmente un jueves por la tarde y después de terminar la tarea que le habían dejado en el colegio, Mateo decidió que

era ya tiempo de abrir esos sobres tan bonitos y leer la carta y las notas que su hermano mayor le había dejado.

Llovía y hacía un poquito de frío. El día estaba oscuro pero Mateo sabía ya que él podía, si quería, pintar de algún color diferente aquella tarde. Decidió pintarla de azul y con ese ánimo renovado tomó los sobres, se dirigió hasta la sala donde estaban su papá Miguel y su mamá Ana y en silencio sin decir nadita le entregó los sobres a Miguel.

Su papá que era súper inteligente de inmediato entendió que Mateo se sentía ya listo para leer aquellas cartas. El primer sobre era gordo y cuadrado y fue el primero que abrió Miguel pues había un letrero clarísimo y con letra enorme que decía “Para Mateo. Abrir este sobre primero”.

Mateo se sentía muy emocionado y alegre pero por alguna razón le dieron muchísimas ganas de llorar. Ana se dio cuenta y rápidamente se acercó para darle un abrazo cariñoso a su hijo. En ese momento también ella se sintió con ganas de llorar y hasta Miguel lloró un montón.

Mateo ya sabía qué hacer en esos momentos, lo había aprendido de su hermano mayor.

Rápidamente se colocó en la posición correcta y le dio a su mamá y a su papá al mismo tiempo un gran abrazo mágico. Se quedó en silencio y vio como poco a poco el abrazo ese genial cumplía con su propósito.

Unos minutos después todos pudieron calmarse un poquito aunque no dejaron de sentirse súper emocionados.

Miguel sacó del primer sobre muchísimos papelitos pequeños. Eran un montón de notas de agradecimiento que Luca había escrito para Mateo. Aquello era genial. Todas ellas estaban escritas en unos papelitos pequeños y amarillos. A Mateo le dio tristeza darse cuenta que Luca no había tenido ya tiempo

de escribir ninguna nota en el cuadernito ese con forma de sombrero de copa que le había regalado Ximena el día de su medio cumpleaños. Mateo guardaría toda su vida con muchísimo cariño ese cuadernito con forma de sombrero de mago.

Miguel empezó a leer una a una las maravillosas notas de agradecimiento que Luca le había escrito a lo largo de tantos meses a su hermanito menor. Era genial porque con cada una de ellas, Mateo podía recordar momentos que había compartido con su hermano mayor. Algunas veces ni Miguel ni Ana podían entender las notas pero Mateo sí, porque los hermanos cuando se quieren tanto como Luca y él, se conocen muy bien.

El pequeño Mateo, cerró los ojos para escuchar a su padre leyendo las notas y en su cabeza pudo ver la montaña, los ríos de plástico, el fabuloso coche súper rápido, el cohete, el lago que colgaba desde la parte más alta de la montaña. Pudo recordar con claridad el castillo de Gufo, los viajes en avioneta y las varitas mágicas. Era como estar ahí nuevamente. Mateo estaba contento.

Sin duda alguna Luca había sido buenísimo para escribir notas de agradecimiento. A lo mejor no era el más aplicado en el colegio, ni se sacaba las mejores calificaciones, pero a escribir notas no le ganaba nadie.

Mateo estaba ya mucho más tranquilo y se sentía muy feliz de que su hermano mayor le hubiera escrito tantas notas de agradecimiento tan bonitas. Se sintió muy orgulloso y se dio cuenta solito de que a pesar de ser pequeño y de que a veces no era muy sensato, había hecho un montón de cosas buenas para su hermano. Eso le hacía sentirse muy bien.

Ana y Miguel no paraban de llorar al leer aquellas notas, pero ya Mateo sabía que llorar no era malo. Que era el mejor modo

de limpiar el corazón, así que en silencio los dejó llorar y con paciencia esperó hasta que su papá tuvo la fuerza para abrir el sobre más grande.

Aquel sobre tenía una pinta un poco rara, pues además de tener una leyendo grande que decía “Para Mateo: Abrir y leer en segundo lugar”, era de un color poco visto en sobres convencionales que uno puede encontrar en las papelerías. Era súper bonito y raro. Mateo lo observaba detenidamente. Miguel lo tomó con ambas manos y trató de abrirlo sin mucho éxito.

— Qué raro. No lo puedo abrir, –dijo Miguel extrañado de no poder abrir un simple sobre de papel.

— A ver, dejame verlo –dijo Ana, al tiempo que trató de abrirlo ella también.

Tampoco pudo.

– ¿Sabrás cómo abrirlo Mateo? Preguntó extrañado Miguel.

– Pues si quieren lo intento, –añadió Mateo quien sabía exactamente cómo se abriría aquel sobre mágico.

– Pues trata hijo, –dijo Ana mientras veía cómo Miguel le entregaba aquél sobre tan especial.

Mateo extendió la palma de la mano derecha, que es la del brazo en el que uno no se pone el reloj y con mirada muy atenta, dijo casi en total silencio aquellas palabras mágicas que tanto lo gustaban.

— Si vidi, ñi, ñí.

En ese preciso momento, como debe suceder cuando el hermanito menor de un magazo tan impresionante como Luca dice unas palabras mágicas, aquél sobre extraordinario comenzó a bailar sobre la palma de la mano de Mateo, quien empezó a reír abiertamente y con la otra mano tapó como pudo aquél sobre bailarín.

Ana y Miguel notaron algo extraño, pero no alcanzaron a ver el baile del sobre pues Mateo que estaba convirtiéndose en un niño muy cuidadoso pudo tapar a tiempo el sobre mágico y su bailarín secreto, que sólo los niños podían entender.

Poniendo cara de “yo no fui”, como acostumbraba Mateo esperó con paciencia hasta que dejó de sentir el cosquilleo que el sobre aquél le provocaba en las manos mientras bailaba y cuando se aseguró de que ya no danzaba más, retiró la mano izquierda que había colocado sobre el sobre y este mágicamente se abrió solo.

Ana y Miguel no entendían cómo había pasado aquello y quedaron súper sorprendidos al ver que casi por obra de magia (ellos no sabían que sí era magia) Mateo les entregaba una carta escrita en un papel muy bonito.

— Gracias hijo. ¿Cómo has hecho? –Preguntó Miguel asombrado por lo talentoso que era Mateo para abrir sobres tan difíciles y particulares como aquél.

— Son cosas de niños dijo con toda autoridad Mateo para sorpresa de sus padres. Anda, léeme la carta de Luca, léela por favor, añadió.

Miguel respiró muy hondo pues se había emocionado nuevamente al ver la letra de su hijo Luca y se dispuso a leer aquella carta dirigida a Mateo. Ana se recostó sobre un sillón y le hizo una seña a su hijo para que este la acompañara.

— Así, con toda la familia reunida y en silencio, Miguel se dispuso a leer.

> Querido hermano Mateo.
>
> Hoy ha sido un día muy especial porque fue tu cumpleaños. Como recordarás lo celebramos en mi cuarto del hospital, que no es muy bonito, porque yo no podía salir al parque a festejar contigo. Yo sé que tú hubieras preferido ir al parque

y que estabas un poquito enojado de no poder hacer tu fiesta ahí, pero también sé que me quieres mucho y que entendiste perfectamente que por mi enfermedad yo no pude salir hoy.

Los hermanos mayores somos muy importantes porque sabemos muchas más cosas que los menores. Yo como yo soy tu hermano mayor pues es lógico que sepa más cosas que tú. Una de las cosas que yo sé y que tú todavía no, es escribir notas de agradecimiento.

Como sabes no pude salir a la tienda para escogerte un regalo y ambos sabemos que el gorro de pato tan feo que te dio la tía Concepción y que te dijo que yo había comprado no era mío. Era feísimo ¿no? Por eso es que te quiero dejar aquí escritas unas instrucciones para que tu también sepas escribir notas de agradecimiento. Verás que son muy útiles porque siempre encontrarás en la vida un montón de personas a las que agradecerles cosas. Ese será mi regalo de cumpleaños.

Yo me sorprendo siempre porque por todos lados hay gente que merece que uno le escriba una nota de estas. A veces son cosas súper sencillas como una sonrisa o un dulce, y a veces son cosas bien difíciles de hacer como el día ese que me regalaste tu cochecito negro ¿te acuerdas? Eso sí que fue difícil. Yo lo se, pues soy tu hermano mayor y yo sé esas cosas.

Lo que es más importante de todo es que cuando uno tiene muchas notas que escribir es porque mucha gente a tu alrededor te quiere, y como ya te dije, no tienen que ser cosas muy grandes las que hacen por ti, a veces hay que escribir notas por las cosas pequeñas.

Aquí van las instrucciones.

1. Ten los ojos siempre bien abiertos para que veas con mucha claridad a toda la gente que a tu alrededor busca hacer cosas buenas para ti. Tus maestros, los policías, los bomberos, los doctores, el veterinario de nuestro perro, tus amigos y amigas, nuestros papás y familiares, y sobre todo Dios.

2. Disfruta las cosas buenas que te pasen. Ponte bien atento para no perder ningún detalle cuando alguien haga algo bueno por ti. Por ejemplo el día ese que Gufo me paseó por la montaña rusa ¿te acuerdas? Yo me la pasé súper bien porque estuve muy pendiente de todo lo que pasaba ahí y me olvidé de todo lo demás y sólo me dediqué a disfrutar muchísimo de ese regalo que me dio mi amigo y maestro el búho mágico.

3. Antes de escribir la nota, trata de comentar con tus amigos lo que te pasó ya verás que cuando compartes las cosas buenas que te pasan en la vida siempre la gente a tu alrededor se sentirá muy feliz. Además cuando cuentas lo bueno que te pasó y les dices a tus amigos que planeas escribir una nota de agradecimiento, es muy posible que a ellos se les ocurran ideas buenísimas que a ti te servirán para escribir una nota mejor.

4. Escríbela con mucho amor. Esto es lo más importante.

5. Entrégala sin esperar146/32 nada a cambio. Normalmente la gente se pone muy feliz cuando leen las notas y por eso a mí me gusta entregarlas en sobres cerrados para que la gente las lea cuando yo ya no estoy. Así es más bonito porque me puedo imaginar luego lo felices que se pusieron al leer mi nota y no te quedas ahí con cara de bobo esperando que digan algo.

Yo por ejemplo ahora me alegro mucho imaginando la cara de felicidad que tienes por todas las notas de

agradecimiento que te escribí.

Y es que cuando la gente se quiere tanto como nosotros, querido hermano, el recordar los momentos que hemos pasado juntos nos hará siempre sentirnos felices, tranquilos y en paz.

Te quiero mucho. Feliz cumpleaños.

Tu hermano mayor, Luca.

Al terminar de leer la carta de Luca, Miguel se recostó también junto a Ana y Mateo sobre aquel sillón tan cómodo. Estaban tranquilos. Con los ojos cerrados y en silencio, los tres viajaron al mundo de los sueños, donde una vez más, como cada noche pudieron abrazarse con Luca en un abrazo mágico, de esos que curan y que salvan.

Era genial tener un mago en la familia.

Morir en sábado
¿Tiene sentido la muerte de un niño?
2ª edición

Carlo Clerico Medina

ISBN: 978-84-330-2236-3

Morir en sábado significa mucho más que morir el sexto día de la semana. Significa morir acompañado, ligero y consciente. Significa morir despierto, atento y generoso. Este libro reseña las experiencias personales y comunitarias de un tanatólogo y cinco niños que murieron en sábado. Cada uno de estos pequeños construyó con su vida y su agonía un regalo extraordinario que permitió, a quienes tuvieron el privilegio de rondar sus camas durante esas últimas semanas, transformar y releer sus propias vidas. Estos niños sabios, santos, revolucionarios y genios, construyeron regalos sencillos pero poderosos, entrañables, inolvidables, útiles.

Son cinco experiencias de vida que permiten encontrar sentido y sensatez frente al devastador evento de la muerte de un niño pero, sobre todo, son cinco vidas que nos ayudan a todos a descubrir cimientos desde los cuales construir sentido para nuestras pequeñas pérdidas cotidianas y para las grandes manifestaciones, inevitables, del dolor en la vida humana.

Ojalá podamos todos, un día, morir en sábado.

Porque te quiero
Educar con amor y mucho más
Pilar Guembe
Carlos Goñi

ISBN: 978-84-330-2456-5

Todos los padres quieren a sus hijos, pero no todos saben quererlos. Hay que saber administrar el amor: amar con cabeza, que no significa quererlos menos, sino al contrario, supone un plus afectivo por nuestra parte. En esta tarea no se puede ir con tiento sino que hay que derrochar cariño por los cuatro costados, pero sin malgastarlo, o lo que es lo mismo, sin gastarlo mal.

Malgastar el amor que damos a nuestros hijos significa no invertirlo adecuadamente, canjearlo por un activo atractivo pero ineficaz. Quererlos es fácil, lo hacemos de forma natural, pero lo que ellos necesitan es que se les quiera bien, que se invierta ese capital inmenso en una cuenta a largo plazo que reporte los intereses no en los padres sino en los hijos.

El libro de Pilar y Carlos da muchas pistas para afrontar los pequeños retos cotidianos tan decisivos en la educación de los

hijos. Estructurado en cuatro partes *(Porque quiero que seas independiente, Porque quiero que seas capaz, Porque quiero que seas tú, Porque quiero que seas feliz),* aporta ideas muy prácticas para que los padres no caigamos en errores tan inconscientes como habituales.

222 preguntas al pediatra
Gloria Cabazuelo
Pedro Frontera

ISBN: 978-84-330-2446-6

Las 222 preguntas al pediatra incluidas en este libro son las más frecuentes que padres y madres les han planteado a los autores sobre la salud de sus hijos, sobre los cuidados necesarios para conservarla, su alimentación, su crecimiento, el desarrollo de sus funciones psicomotoras o bien sobre las primeras medidas a tomar cuando tienen algún problema. Son las cuestiones que más les han interesado, y a veces incluso preocupado de manera ansiosa, en especial a los padres más jóvenes o primerizos. Se ha intentado exponer las respuestas de la manera más clara y sencilla posible, evitando las palabras técnicas pero siguiendo las normas científicas más actualizadas y las recomendaciones de organismos como la Academia Americana de Pediatría y la Asociación Española de Pediatría.

En conjunto, el libro es una recopilación de todas las medidas necesarias para el cuidado del niño, desde el periodo de recién nacido hasta la adolescencia. No pretende sustituir el consejo ni la orientación específica del pediatra sino complementar su tarea y por esta razón no se han incluido problemas y trastornos poco frecuentes, que deben ser motivo de consulta especializada. Cada niño es diferente y debe tratarse de manera individualizada, pero los padres deben conocer los aspectos generales de su cuidado para poder ayudar a su hijo de la manera más efectiva posible.

EmocionArte con los niños
El arte de acompañar a los niños en su emoción
Macarena Chías
José Zurita

ISBN: 978-84-330-2330-8

Queremos acompañarte a un maravilloso viaje, a una estupenda aventura. Acompañar a otro en su emoción resulta apasionante y será tu mejor inversión en la relación con los niños.

Si convives con niños, ya sean tus hijos, alumnos o pacientes, será maravilloso para ti, para ellos y para vuestra relación el

aprendizaje sobre el mundo emocional que te proponemos.

Pretendemos que la lectura de este libro sea fácil, amena y sobre todo útil, que te sirva para tener en cuenta las emociones de los niños, para acompañarles en su sentir y facilitar su expresión de forma sana y adecuada. Solo así podrán en el futuro disfrutar plenamente de su vida.

¿Qué podemos hacer cuando nuestro hijo está enfadado y no nos habla? ¿Qué es lo mejor cuando siente tristeza? ¿Si mi hija tiene miedo, cómo puedo ayudarla? ¿Cómo actuamos con los niños ante la muerte de un abuelo? Intentaremos contestar a esas dudas que todos los padres, educadores y terapeutas infantiles tienen y que dificultan sus relaciones con los niños.

En nuestra opinión, la diferencia entre sobrevivir y VIVIR radica en las emociones, en sentir y expresar adecuadamente las emociones en cada momento, no guardarse nada, dejarse fluir. Por esto es tan importante el aprendizaje del mundo emocional de los niños. No te arrepentirás.

AMAE

Directora: LORETTA CORNEJO PAROLINI

Adolescencia: la revuelta filosófica, por Ani Bustamante

El síndrome de Salomón. El niño partido en dos, por María Barbero de Granda y María Bilbao Maté

La adopción: Un viaje de ida y vuelta, por Alfonso Colodrón Gómez-Roxas

Esto, eso, aquello... también pueden ser malos tratos, por Ángela Tormo Abad

La adolescencia adelantada. El drama de la niñez perdida, por Fernando Maestre Pagaza (2ª ed.)

Riqueza aprendida. Aprender a aprender de la A a la Z, por Roz Townsend

Los padres, primero. Cómo padres e hijos aprenden juntos, por Garry Burnett y Kay Jarvis

PNL para profesores. Cómo ser un profesor altamente eficaz, por Richard Churches y Roger Terry

EmocionArte con los niños. El arte de acompañar a los niños en su emoción, por Macarena Chías y José Zurita (2ª ed.)

Muñecos, metáforas y soluciones. Constelaciones Familiares en sesión individual y otros usos terapéuticos, por María Colodrón

Madre separada. Cómo superan las mujeres con hijos la separación, por Katharina Martin y Barbara Schervier-Legewie

Rebelión en el aula. Claves para manejar a los alumnos conflictivos, por Sue Cowley

¿Hay algún hombre en casa? Tratado para el hombre ausente, por Aquilino Polaino

Cyber Bullying. El acoso escolar en la era digital, por Robin Kowalski, Susan Limber y Patricia Agatston

222 preguntas al pediatra, por Gloria Cabezuelo y Pedro Frontera

Borrando la "J" de Jaula. Cómo mejorar el funcionamiento del aula. La educación desde una perspectiva humanista, por Isabel Cazenave Cantón y Rosa Mª Barbero Jiménez

Porque te quiero. Educar con amor... y mucho más, por Pilar Guembe y Carlos Goñi

Focusing con niños. El arte de comunicarse con los niños y los adolescentes en el colegio y en casa, por Marta Stapert y Eric Verliefde

Los cuentos de Luca. Un modelo de acompañamiento para niñas y niños en cuidados paliativos, por Carlo Clerico Medina